

Saturno devorado por el padre tiempo



César Cuello

SATURNO DEVORADO POR EL PADRE TIEMPO

César Cuello

**SATURNO DEVORADO
POR EL PADRE TIEMPO**



Cuello, César

Saturno devorado por el padre tiempo / César Cuello.— Santo Domingo : Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2008

266 p.

1. Novela dominicana I. Título

RD863.44

C965s

CEP/INTEC

© 2008 INTEC

ISBN: 978-99934-25-74-8

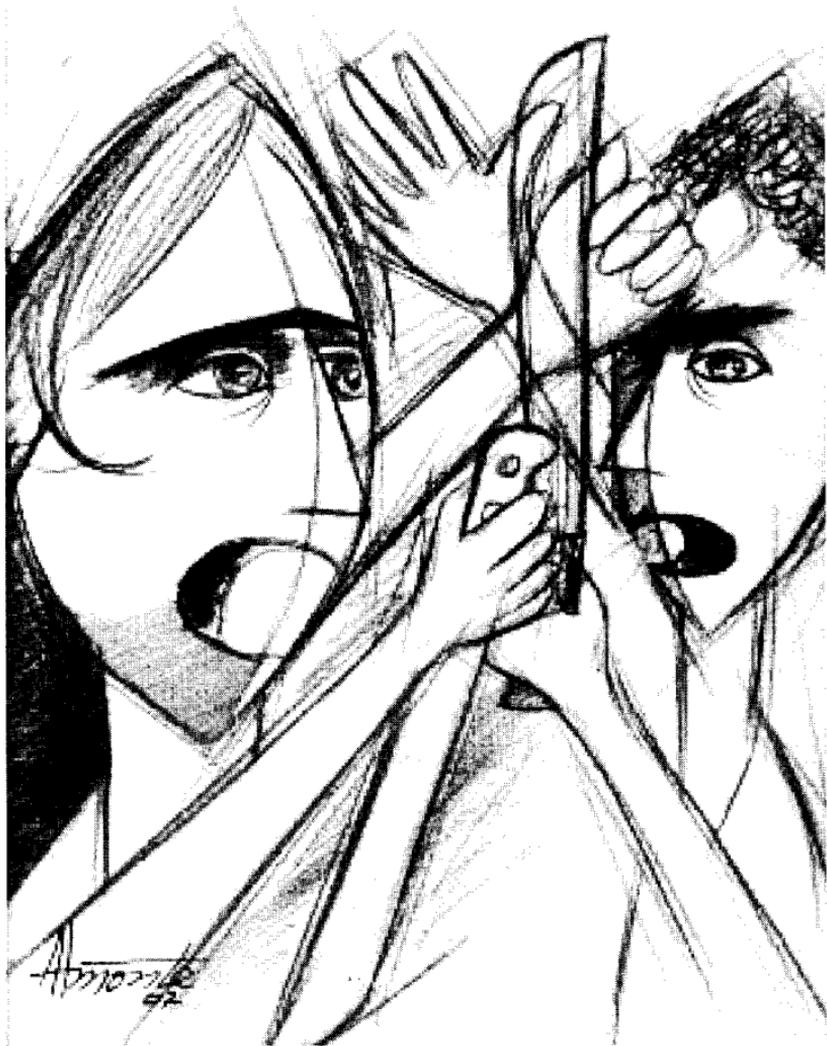
Diagramación : Janet Rodríguez
Ilustraciones : Manuel Almonte
Diseño de portada : Manuel Almonte
Impresión : Editorial Publiguías

Impreso en República Dominicana

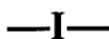
Índice

Primera Parte: Camilo Guerrero	1
Segunda Parte: La expulsión de la víbora	75
Tercera Parte: Escape a la oscuridad	85
Cuarta Parte: La última esperanza arrebatada	175
Quinta Parte: La factura del tiempo	193

PRIMERA PARTE



CAMILO GUERRERO



EL machete afilado de Olegario Ramírez cortó como un rayo de fuego el aire denso de la tarde y se incrustó mortífero en la frente morena de Camilo Guerrero que se tambaleó como si estuviera ebrio haciendo un círculo perfecto sobre sí mismo antes de caer boca arriba con los ojos clavados en las pálidas luces del atardecer.

Eran exactamente las cinco de la tarde, se sabía porque era la hora en que despachaban a los niños de la escuela que quedaba como a doscientos metros del lugar de la pelea y desde donde se escucharon los gritos estruendosos de los pequeños cuando el maestro hizo sonar el pito que indicaba el fin de la jornada del

día. El júbilo bullicioso de los infantes se tragó como ballena golosa todo el eco de la tarde y con ello también el grito de horror de las dos mujeres que por casualidad pasaban por allí al momento de iniciarse el combate de los dos hombres.

Las gallinas del vecindario desfilaban despreocupadas al uvero centenario que le servía de dormitorio durante la noche. Lechuzas y murciélagos salían hambrientos de sus escondites diurnos en busca de algún eslabón flojo de la cadena vital que sustentaba su existencia. Una vieja rata sarnosa que de igual modo había salido de su madriguera en busca de alimento acabó también abruptamente sus días aquel anochecer. Una lechuza de pecho giro que desde hacía un rato vigilaba en lo alto de una palmera, se lanzó en picada y la atrapó voraz, clavando despiadadamente en el mugriento cuerpo del roedor sus garras mortíferas, mientras la cercenaba con su pico carnicero como navaja asesina en manos de un guerrero urbano de la madrugada.

El mar, en marea baja, gemía silencioso al deslizar sus empequeñecidas olas contra los verdes pies de los acantilados centinelas que lo mantenían a raya cual prisionero impotente al borde de las rejas de acero de su prisión perpetua.

Del estero casi sin agua, emanaba un vaho nauseabundo a peces muertos y a fango azufroso que se mezcló, en enigmática esencia, con el olor a sangre y a sudor que brotaba de los cuerpos mútilos de aquellos dos titanes en guerra de destrucción insólita.

A esa hora de la tarde había muy pocos hombres en el caserío que pudieran intervenir para detener aquel duelo letal. Con los gritos desesperados de las dos mujeres que vieron el inicio de la pelea, comenzaron a acercarse al lugar otras mujeres y algunos hombres de edad avanzada que ya no iban a las pesadas labores del campo. Pero lo cierto es, que fueron los niños que salían de la escuela como flechas liberadas al viento, los primeros en llegar al escenario de los hechos. En sus uniformes escolares de caqui y con sus libros y cuadernos apretujados entre sus manitas azoradas embadurnadas de polvo de tiza y del gris metálico del grafito de sus lápices traviosos, los pequeños comenzaron a arremolinarse alrededor de los dos combatientes como un enjambre de mosquitos golosos en torno a un codiciado manjar, hasta que una anciana octogenaria los corrió de allí blandiendo a sus espaldas una destartalada chancleta negra al tiempo que refunfuñaba:

“Condenados mocosos, siempre están de primero donde no los llaman, sin importar el peligro. ¡Ahora mismo se me desparpajan todos y se van a sus casas si no quieren que les desfleque esta chancleta en sus lampiños traseritos!”.

Los niños se alejaron en medio de protestas y gritos de temor por lo que acontecía, dejando tras ellos una leve estela de polvo escarlata que el viento tibio de la tarde fue desvaneciendo inexorablemente.

Camilo Guerrero sintió que algo caliente y viscoso inundaba todos los orificios de su cara, deslizándose



luego por su cuello y su pecho como cascada impetuosa en busca de un tranquilo remanso en donde apaciguar sus aguas alborotadas. Sintió que se tragaba a grandes sorbos su propia sangre y quiso escupirla, pero no pudo, su cuerpo daba violentos estertores pero no respondía a los mandatos de su mente que se apagaba. La sangre le dio náusea y quiso vomitar pero tampoco pudo hacerlo. Entonces, una tos involuntaria lo hizo exhalar por boca y nariz parte de la sangre que ya bajaba como cascada por su esófago y laringe, aliviándole un poco la angustiada sensación de asfixia que lo embargaba.

“¡Qué extraño!”, se decía intrigado, “no siento dolor en absoluto”.

Sabía que estaba herido de muerte y que su cuerpo se desangraba segundo a segundo, pero no experimen-

taba dolor alguno. Sólo le molestaba aquella desagradable sensación que le provocaba su propia sangre penetrándole por todas partes, inundándolo como torrente súbito, del mismo modo que el río crecido inundaba los campos roturados, las reseca praderas y las ciénagas moribundas de profundas estrías después de una larga y tormentosa sequía.

Su mente se detuvo por un instante en aquel impresionante espectáculo que había visto desde niño sucederse año tras año con la llegada de las primeras lluvias de mayo. Al contemplar el río crecido deslizarse por las praderas, se le ocurría que el agua era la sangre de la tierra que circulaba en sus entrañas dándole vida y que debido a la sequía se escapaba por aquellas estrías que se abrían en el suelo como grandes y dolorosas heridas que la lluvia caída venía a cicatrizar inyectándole a la tierra moribunda nueva vida. Cuando observaba aquel maravilloso milagro natural de revitalización, nunca pensó que algún día lo relacionaría consigo mismo, pero era igual, pensaba ahora al sentir escaparse de su cuerpo por aquellas enormes heridas la sangre que lo irrigaba. Al igual que sucedía con la tierra, sentía que su cuerpo se iba resecaando y haciéndose inflexible y árido, sólo que en su caso, no habría nada ni nadie que le devolviera su líquido vital y sanara las mortales estrías de su cuerpo cercenado. Sabía que para él no caerían lluvias de mayo en aquel febrero seco y caluroso como desierto desolado en llamas apocalípticas.

De niño siempre se había preguntado cómo sería morir, cómo se sentiría dejar de sentir.

“Probablemente dejar de sentir debe ser terriblemente doloroso”, elucubraba. “Pero, no, no, ¡qué estoy diciendo!, ¡eso no puede ser!, ¿cómo voy a sentir dolor si estoy dejando de sentir? La verdad, no lo entiendo”, se corregía casi de inmediato, confundido e intrigado.

Una vez le preguntó a Alfredo, su único hermano, varios años mayor que él y por quien sentía una profunda admiración:

—Dime, Alfredo, ¿qué se siente cuando uno se está muriendo?

Alfredo se echó a reír y le respondió:

—No lo sé todavía, porque nunca me he muerto, te respondo cuando me esté muriendo y lo averigüe.

Aquellas palabras de su hermano le parecieron una burla cruel y desconsiderada, y visiblemente enojado le contestó:

—¡Lo que pasa es que tú crees que nunca te vas a morir y por eso no tienes miedo ni te preocupas!

—Te equivocas, hermanito tonto, todo lo contrario —le respondió Alfredo—, porque estoy seguro de que algún día me tengo que morir y de que eso no lo puedo remediar es que no tiene caso que me preocupe y que viva atemorizado todo el tiempo por ello.

Luego, acarició suavemente la cabeza de Camilo y le dijo, en tono paternal y con más seriedad:

—¡Madura hermano, madura!, que como dice el abuelo Andrés, lo más doloroso de madurar, de hacerte adulto, de ser consciente, es tener que reconciliarte con lo inevitable.

Esas palabras de su hermano lo desconcertaron profundamente, primero, porque no le resolvían el problema de su asombro y su miedo ante la muerte y, segundo, porque le parecía que su hermano, a quien admiraba tanto, no era tan valiente como él creía, porque esa actitud suya frente a la muerte le lucía una total evasión, una inaceptable cobardía ante una situación que él entendía había que enfrentar y no rehuir. Salió corriendo en busca del abuelo Andrés para que le aclarara lo que le había dicho su hermano, pero siguió pensando en cómo sería morirse, en cómo es que el alma se desprende del cuerpo.

“Probablemente se muere en medio de dolores espantosos que le obligan a uno a echar gritos desgarradores y horripilantes”, meditaba.

Muchas veces había oído decir a algunos mayores, que al momento de morirse una persona, el alma se escapaba del cuerpo y que esto causaba un dolor insupportable, era como si el alma se encontrara encarnada en algún órgano del cuerpo y que al desprenderse lo desgarraba provocando ese inmenso dolor.

En una ocasión vio morir en una casa vecina a un anciano que gritaba y se quejaba en forma espantosa mientras agonizaba. Salió corriendo de allí y fue directo a buscar al abuelo Andrés.

—¡Abuelo, abuelo!, dicen que don Lelo se está muriendo, pero grita y parece desesperado, a veces intenta levantarse de la cama como para salir corriendo, pareciera que algo le duele mucho o que tiene un miedo terrible a morir. Dime abuelo, ¿es que morir se duele tanto, es que es tan doloroso? Porque si es así, entonces, yo no me quiero morir.

—Mira hijo —le respondió don Andrés—, morir se o no morir se no es algo que nosotros podamos decidir, ¡apréndetelo bien! Todos tenemos que morir algún día, es así y es inevitable y hay que aprender a convivir con ello. Para que haya vida tiene que haber muerte y para que haya muerte tiene que haber vida, ambas son, por así decirlo, las dos caras de una misma moneda, la existencia. En cuanto a si la muerte es dolorosa o provoca dolor, te diré que, en algunos casos, la persona padece alguna enfermedad que le ocasiona mucho sufrimiento, y el hecho de que grite y se queje no significa necesariamente que tenga miedo a la muerte o que la muerte en sí misma cause dolor, muy por el contrario, en ocasiones, la muerte es el alivio definitivo al dolor físico y espiritual. En otros casos, sin embargo, la persona sí siente miedo a la muerte, sobre todo, cuando se ha pasado la vida haciendo daño a los demás y entonces se teme tener que dar cuenta por las maldades cometidas, particularmente, si se cree que ello le puede valer una condena eterna en las llamas devoradoras del infierno. Pero también, continuó explicando el abuelo, es natural que la gente sienta mie-

do, es parte de nuestro deseo de vivir, porque sabemos, que aunque la muerte es necesaria para que la vida pueda seguir siendo posible, ella sin embargo nos arrebatara el mundo de nuestros afectos e identidades, nos priva de las cosas conocidas y nos coloca de golpe frente a lo desconocido, y lo desconocido, hijo, si bien alimenta nuestra curiosidad y deseo de saber, es siempre una de las principales fuentes de temor entre los humanos.

El abuelo era un hombre muy instruido, hablaba cosas muy complicadas y profundas, a veces lo entendía y a veces no. En ocasiones, salía de una duda pero lo que éste le decía lo ponía a pensar en otras cosas y le despertaba nuevas preguntas y nuevas inquietudes. Por ejemplo, le seguía inquietando eso de que las personas tuvieran dos partes, un alma y un cuerpo, y de que cuando alguien se moría el alma seguía viva mientras que el cuerpo no. Pero si era así, entonces, ¿por qué necesitaba la gente tener esas dos partes?, ¿por qué no sólo una?, ¿por qué el alma nunca se dejaba ver mientras que el cuerpo sí?, ¿de qué estaba hecha el alma que no era posible verla?, ¿en qué parte del cuerpo se alojaba el alma mientras vivía dentro de éste?, ¿qué sucedía si la persona sufría una herida mortal en el corazón, o en la cabeza, o en cualquier otra parte y era precisamente allí donde se alojaba el alma, era posible que el alma cayera también herida de muerte?, ¿era posible en algunos casos matar también el alma? Y si no era así, ¿por qué no moría el alma?, ¿podía pasar, que el alma se

fuera del cuerpo y que éste siguiera viviendo?, ¿era posible vivir sin alma? ¡Era terrible todo eso!, se sentía verdaderamente abrumado por aquel pesado fardo de preguntas sin respuestas convincentes en torno a las cuales giraba el mundo en el que le había tocado vivir.

“¡No es justo!”, se decía Camilo una y otra vez. “¡No es justo vivir con tantas interrogantes!”

“Tal vez”, pensaba, “si hubiese podido elegir, hubiera preferido un mundo en donde no existieran esas preocupaciones; en donde morir se no fuera un problema; en donde, una de dos, o se vive para siempre o se muere uno de una vez sin darse cuenta y se acabó”.

Pero él no entendía todas esas cosas que hablaban los adultos sobre el alma, la muerte, el cielo, el infierno, el purgatorio, la salvación, el pecado. ¡No las entendía! Y si no las entendía, entonces, ¿por qué tenía él que aceptarlas así porque sí?

—Yo no lo entiendo—, le reclamó un día al abuelo. Y si no lo entiendo, ¿cómo puedo saber si eso es verdad o es mentira? Y si no sé si es verdad o es mentira, ¿cómo puedo creerlo y mucho menos aceptarlo?

—Hijo—, le respondió don Andrés, aceptarlo o no aceptarlo no tiene nada que ver con entenderlo o no entenderlo, estas cosas hay que creerlas y aceptarlas por medio de la fe. Pero yo sé que en tu caso, será muy difícil que aceptes algo sólo por la fe”.

—Y qué es la fe, abuelo —le preguntó de inmediato Camilo.

—La fe, hijo, es cuando aceptas que algo es verdad sin cuestionarlo ni comprobarlo; cuando confías en que hay un poder sobre ti que puede hacer cosas que tú no eres capaz de hacer ni controlar.

Camilo se quedó contemplando al abuelo como esperando algo más a continuación, pero al encontrar solo silencio volvió a preguntar.

—Pero abuelo, tú mismo dices que somos humanos precisamente porque preguntamos, porque no nos conformamos con las cosas dadas, entonces, ¿cómo esperas que yo crea algo sin saber en qué estoy creyendo, sin comprenderlo? ¿Es que acaso tú tienes fe? ¿Crees tú en cosas que no entiendes?

—Esto es complicado, hijo, pero te puedo decir que hay que distinguir entre la fe que anula nuestra propia capacidad de cuestionar y de entender, de la fe que nos permite tener confianza tanto en nosotros mismos como en los demás. Mi fe es esta última, porque nos hace responsables de nuestros actos y nos dignifica como humanos, la otra es para mi inaceptable, porque nos hace dependientes e irresponsables y, en consecuencia, nos reduce en nuestra condición humana. O sea, para que lo entiendas mejor, nos aleja de lo que buscamos y aspiramos como seres pensantes y decisores.

Camilo bajó la cabeza sin agregar nada más, cerró los ojos como si tratara de concentrarse para entender y encontrarle sentido a lo que el abuelo le acababa de decir.

Don Andrés lo contempló enternecido, y sintió una profunda pena por él. Se le acercó, levantó con su mano derecha la barbilla del niño y le dijo:

—Hijo, no pienses en eso, dedícate a vivir feliz tu niñez; juega, canta, baila, corre libre sobre la arena blanca de esa inmensa playa que tienes ante ti y por los verdes campos que adornan tus mañanas y tus atardeceres. Hay tanta belleza a tu alrededor, disfrútala y deja de torturarte tan prematuramente con tantas preguntas sobre cosas tan difíciles de entender.

Él se quedó pensando y después de un rato le respondió:

—Yo quisiera abuelo, yo quisiera correr despreocupado por ahí con el resto de los niños como me pides, pero no puedo, tengo que saber más, necesito entender más.

Entonces, el abuelo lo abrazó y acarició suavemente su inquieta cabecita de cabellos enroscados al tiempo que le dijo quedamente:

—Te comprendo, hijo, te comprendo, yo también fui como tú, un pequeño aprendiz de sabio que a todo preguntaba por qué, por eso leí mucho, por eso me metí al sacerdocio y por eso también lo abandoné. Pero mira, por si te sirve de consuelo, te diré que las preguntas que te estás haciendo se las han hecho los hombres una y otra vez desde el mismo momento en que adquirieron conciencia de su diferencia con respecto al resto de las cosas y aún nadie les ha encontrado respuestas, al menos las respuestas que complazcan a todos. Así es, así será, así somos.

—Pero, ¿por qué, abuelo?, ¿por qué tiene que ser así? —replicaba Camilo con obcecada insistencia.

—Yo no lo sé a ciencia cierta, tal vez tenga que ver precisamente con que somos conscientes de que existimos, tenemos conciencia de nuestro comienzo y nuestro final, y por ello, de que algún día vamos a dejar de existir. Y la conciencia, hijo mío, es nuestro rasgo distintivo más humano, es lo que nos permite discernir y elegir entre lo justo y lo injusto, entre lo correcto y lo incorrecto, en una palabra, entre el bien y el mal. Pero a veces, esta misma conciencia puede ser también nuestra más cruel tortura, nuestra condena eterna, nuestra perdición.

—Pero entonces, abuelo, si ser conscientes nos complica tanto la vida, ¿no sería mejor no tener conciencia?

—Si no tuviéramos conciencia, mi pequeño, no podríamos valorar las cosas, no tendríamos noción ni del tiempo ni del espacio, ni del prójimo ni de nosotros mismos, ni de la vida ni de la muerte; no podríamos trascender nuestro ser inmediato, seríamos como los animales, que presienten la muerte sólo en el instante de peligro, en el momento en que perciben el asedio de una amenaza exterior, pero su miedo no trasciende la inmediatez para convertirse en visión de la existencia y de la muerte, como sucede con los humanos. Por eso, por más dolorosa y angustiante que sea, la mayoría de las personas prefiere la luz de la conciencia a las tinieblas de la inconsciencia y la ignorancia. Esa fue nuestra elección desde el preciso momento en que decidimos desobedecer al Creador y probar el fruto del árbol

del bien y del mal, que es lo mismo que decir, el árbol de la conciencia, de nuestra capacidad de elección y por tanto, de nuestra libertad y autonomía como especie viviente. Desde entonces, apostamos a la razón y tomamos las riendas de nuestra existencia, nos hicimos responsables de nuestro futuro. Pero el camino de la conciencia suele ser muy tortuoso y solitario, suele estar lleno de vacíos, de preguntas sin respuestas y por ello, puede en ocasiones tornarse árido como un desierto y frío como un témpano de hielo. Por eso, hijo, hay que también escuchar al corazón, hay que oír lo que nos dicen los sentimientos, los afectos; lo que pide nuestro ser inmediato y buscar el necesario equilibrio entre lo que pensamos y lo que sentimos. ¡Esa es la clave de ser humano!

A pesar de que el abuelo le había aclarado muchas dudas y de que siempre estaba dispuesto a responderle cualquier pregunta, Camilo no se sentía todavía del todo satisfecho con lo que éste le había explicado, quería oír más, necesitaba entender más. Le seguían atormentando su cabeza un sinnúmero de preguntas que no le dejaban vivir tranquilo, que hacían que en las noches tuviera pesadillas espantosas, de las cuales, la más recurrente y escalofriante era aquella en la que se veía a sí mismo desnudo y cayendo por un inmenso agujero transparente, en donde todo consistía en caer, caer, caer y seguir cayendo sin llegar nunca al final. Al principio, cuando tenía esas horribles pesadillas, se lanzaba de la cama gritando aterrorizado y se metía en el cuarto de sus padres, donde su madre lo arrullaba con ternura entre sus bra-

zos hasta que volvía a dormirse; después, su padre lo devolvía con cuidado a su cama. Pero un tiempo después murieron sus padres y todo cambió para él. Pasó a vivir con su abuelo Andrés y entonces tuvo que aprender a beberse solitario su miedo; a ocultarlo en lo más profundo de su ser para pretender que era fuerte y valiente como le decían tenían que ser los hombres.



—II—

“¡No lo entiendo!”, pensaba Camilo mientras trataba en vano de darse vuelta. “Se suponía que al enfriarse las heridas comenzaría a sentir dolor, pero no, no siento nada, ni siquiera siento odio ni rencor por el hombre que acaba de malograrme la vida”.

Su mente seguía apagándose como se apagaba vertiginosamente la luz del día que se marchaba. ¡Qué extraña coincidencia!, pensó, nacer en febrero y morir-se en febrero. Pero no cualquier día de febrero, sino el mismo día de su cumpleaños. Hasta ese momento recordó lo que de niño había oído de su abuelo Andrés, como respuesta a su pregunta de que si al nacer ya cada persona tenía asignado el día en que iba a morir.

—Hijo —le dijo en aquella ocasión el abuelo— no sé por qué te preocupas tan temprano por estas cosas, lo mejor sería que te dedicaras a vivir, como te he dicho en otras ocasiones, porque de eso se trata la vida, de vivir; luego, cuando te llegue el momento de morir, te dedicas a morir, porque de eso se trata la muerte, de morir. Pero te diré algo, aunque mucha gente lo acepta así, yo no creo que nadie traiga asignado el día de su muerte desde su nacimiento, ni tampoco la forma particular en que va a morir. Muchas veces, la muerte puede evitarse, siempre y cuando la vida siga siendo posible, y de hecho lo hacemos frecuentemente, consciente o inconscientemente nos libramos de morir por diferentes medios, razones y circunstancias aunque no llegue-

mos nunca a comprobarlo porque seguimos vivos y esto nos hace pensar que no nos tocaba ese día, solo que llega un momento en que ya la muerte no se puede evadir, se hace inevitable, porque sencillamente la vida ya no es posible. Ahora bien, algunas personas tienen la suerte de dejar el mundo de los vivos en la misma fecha de su llegada, y esta feliz coincidencia significa que la persona no deja deudas pendientes de ningún tipo, que vivió de acuerdo a sus propias convicciones y que muere en paz con su conciencia, que significa morir en paz con Dios.

Evocar estas palabras de su abuelo lo llevaba a una única conclusión, que para él vivir ya no era posible y que tampoco debía ser ya un problema, por tanto, no había que preocuparse por la vida, ahora se trataba de morir, de dedicarse a morir de la manera más digna posible. Pensó, que lo mejor que podía hacer en ese momento era seguir el consejo que le había dado en su lejana niñez su hermano Alfredo y terminar de reconciliarse con lo inevitable. Si después de todo, se daba cuenta ahora, se había pasado toda la vida conciliando y reconciliándose con lo inevitable, o al menos, con lo que él creía inevitable, quizás, en un imperceptible e interminable ensayo para la gran reconciliación con lo más inevitable de todos los inevitables, su propia muerte.

La verdad, no sabía si el abuelo Andrés tenía o no razón cuando afirmaba que morir el mismo día en que se nace quiere decir que la persona parte en paz con su conciencia.

“Creo que esta vez el abuelo se equivocó”, pensaba, “porque aunque sé que he vivido mi vida de acuerdo a lo que he creído, en estos momentos siento un gran peso en mi conciencia por dejar desamparados a mi mujer y a mi hijo y esto, no me deja morir en paz”.

Y aunque comprendía que no tenía caso resistirse a morir, no podía evitar pensar en la vida de los que dejaba atrás. Entonces, una sórdida angustia lo asaltó confundiendo su mente quebrantada.

“Yo no debo morir, yo no puedo morir, aún no es mi tiempo”, se decía con rencor. No era correcto morir cuando se tenía encima la responsabilidad de mantener una esposa y criar y educar a un hijo todavía tan pequeño, no era justo morir tan joven, sin haber cumplido su ciclo natural, como solía decir el abuelo. ¿Por qué carajo él no pensó en ésto cuando las cosas con Olegario Ramírez aún se podían arreglar amigablemente? ¿Por qué permitió que se llegara al punto crucial en donde lo evitable se convierte inexorablemente en inevitable? ¿Por qué no valoró todo lo que estaba en juego en este conflicto y tomó la vía del diálogo y la conciliación? ¡Diablos!, como bien se lo había enrostrado su mujer esa mañana mientras discutían, no había aprendido ni aplicado nada de la sabiduría del abuelo Andrés.

Ahora volvían a sus oídos desde el baúl de su memoria las palabras del anciano cuando aquella mañana salió a buscarlo desconsolado para que le explicara aque-

llo que le había dicho su hermano Alfredo de que madurar significaba reconciliarse con lo inevitable.

Esa vez, el abuelo le explicó que lo inevitable era aquello que se salía de nuestro control, que no importaba qué hiciéramos o dijésemos no podíamos impedir que sucediera.

“Sus causas”, le dijo, “están totalmente fuera de nuestro alcance y posibilidades, por eso, no tenemos mas remedio que resignarnos y aceptarlo como los límites de nuestra capacidad y libertad como personas”.

En esa ocasión, el abuelo también le dijo que creía que todo individuo tiene derecho a cumplir su ciclo natural de vida sobre la tierra y tiene también la obligación y la responsabilidad de procurar que así sea, para que al tener que enfrentar la muerte, no tenga que lamentarse por las cosas inconclusas, para que no haya cargos de conciencia ni remordimientos por los errores que no se tuvo tiempo de enmendar o por las cosas deseadas que no se alcanzó a disfrutar.

“En todo caso, hijo mío”, concluyó en esa oportunidad el abuelo, mientras colocaba su mano derecha sobre el hombro de su nieto, “recuerda que los límites entre lo evitable y lo inevitable los ponen muchas veces la cordura, el respeto, la humildad y el amor; si le pasas por encima a estos límites que son el soporte mismo de lo humano, será muy fácil convertir una situación manejable y evitable en inmanejable y en consecuencia, en inevitable”.

Al evocar en su postrer momento de lucidez existencial los consejos y explicaciones del abuelo Andrés, Camilo se convencía más y más de que definitivamente él no había sabido manejar adecuadamente la relación con su adversario, de que había permitido que una situación evitable se tornara en inevitable. Pero, ¿cómo fue que ésto sucedió?, ¿cómo fue que él dejó que las cosas se salieran de su control? Pensaba, trataba de explicárselo aunque ya no hubiera marcha atrás ni tuviera ningún sentido averiguarlo.

Estos pensamientos lo llevaron inexorablemente hasta Rosario, su mujer, ella se lo había advertido durante aquella acalorada discusión la mañana de ese mismo día. Ella, tan intuitiva y racional a la vez, trató por todos los medios de que él entrara en razón, de que no atravesara los límites de aquel río de violencia incontenible que estaba inundando su existencia y la de su familia.

“Rosario, Rosario, mi amor, ¡cuánto daño y sufrimiento te he causado!, si tan solo algún día pudieras perdonarme”, se dijo mentalmente mientras sus ojos se humedecían inconteniblemente por el dolor lacerante que le causaba el sufrimiento de su compañera.

—III—

Esa noche, Camilo se la había pasado casi sin dormir, sus ojos claros y transparentes como gotitas cristalinas de rocío atravesadas por los rayos de un sol de amanecer le ardían hasta el martirio. Al sentirlo dar

vueltas en la cama, Rosario se despertó y le preguntó preocupada qué le sucedía.

—No puedo dormir —le respondió Camilo.

Ella se abrazó a él y comenzó a acariciarle tiernamente la cabellera crespa llena de canas prematuras que brillaban como finos hilos de plata con la luz de un rayito de luna que se colaba furtivo por una rendija de la pared de tablas de palma de la casa.

Él se fue calmando lentamente con las caricias suaves de su mujer, mientras, la cercanía de su cuerpo tibio semidesnudo y aquella respiración entrecortada junto a sus oídos con la que ella solía hacerle saber que lo deseaba, terminaron seduciéndolo y haciéndole olvidar temporalmente su honda preocupación.

Como un borracho autómatas que no puede valerse por sí mismo, se abandonó en los brazos embriagadores de su fiel compañera y se dejó guiar por los sublimes rincones de su piel de chocolate en ebullición y por las escarpadas colinas de su cuerpo de volcán en el umbral de una cataclísmica erupción.

Se amaron como nunca, como si presintieran que era aquella su última vez, como si quisieran en aquel éxtasis enloquecedor fundir sus cuerpos sudorosos en uno solo para quedar así unidos para siempre, pasara lo que pasara, sin que nada ni nadie pudiera separarlos por los siglos de los siglos.

Finalmente, los cuerpos exhaustos gotearon casi exánimes a ambos lados de la cama como se desplo-

man suicidas las frutas maduras desde lo alto de las ramas después del estremecimiento repentino de un vendaval otoñal.

Luego de un rato de silencio en el que sólo se escuchaba la respiración declinante de los dos, él le preguntó:

—¿Estás dormida?

—No —le contestó ella.

—Sabes qué —agregó él—, ese pendejo de Olegario no se va a salir con la suya, mañana tempranito me voy al pueblo a poner la denuncia del robo ante las autoridades, y que se libre de que yo me lo encuentre antes de que las autoridades lo hagan preso, porque hasta ese día tendrá cabeza para ponerse su ridículo sombrero de paja.

Rosario se sentó en la cama como impulsada por un resorte, estaba pálida como lámina de nube transparente y las manos le temblaban visiblemente.

—¿Te das cuenta pedazo de bruto de lo que vas a hacer? —le gritó. ¿Te das cuenta de que ya sea que él te mate a ti o que lo mates tú a él estás de todos modos destruyendo nuestras vidas, tu vida, mi vida, la vida de tu hijo?

—¿Y que quieres que haga, coño? —le respondió él también en un grito. ¿Quieres que deje que ese miserable aparecido se burle impunemente de mí después de irse con mi dinero y de robarme mis cerdos y mi arroz ya ensacado que tanto me ha costado producir?

—¡Shhhh, silencio, baja la voz, que vas a despertar a Andresito! —le dijo ella en forma imperativa. Luego agregó muy quedamente:

—Tú no tienes ninguna prueba para decir que él haya sido el autor del robo porque nadie lo vio hacerlo. Pero además, el propio don Andrés te contó que vio a dos hombres que no pudo identificar merodeando cerca del conuco en la mañana del mismo día del robo, lo que indica que pudieron ser otros y no él. Y en lo que respecta al dinero que le adelantaste para la tala del terreno del otro lado del río, ya sabes que él suele desaparecerse después de recibir dinero y nadie sabe dónde se mete, pero luego reaparece y cumple con su trabajo, eso ya te lo ha hecho un par de veces, por ello no es nada raro que hoy o mañana aparezca por el caserío como si nada hubiera sucedido.

—Es verdad —rezongó Camilo—, pero esta vez no sólo desapareció con mi dinero, sino que sospecho que me robó, y aunque si bien es cierto que no tengo ninguna prueba para acusarlo, es mucha coincidencia que las cosas se desaparecieran del conuco el mismo día que él se fue y eso no lo voy a dejar así, él tiene que responder por lo que hizo.

—Mira —continuó Rosario en tono persuasivo—, si quieres poner la denuncia hazlo, pero deja que sean las autoridades quienes se encarguen de establecer si fue él o no el autor del robo y si lo ves, por favor, hazlo por mí y por nuestro hijo, no te pelees con él, trata de

que te cumpla con el trabajo pendiente y no vuelvas a hacer más negocio con él.

—Me extraña que seas tú la que ahora me estés diciendo todo eso, después que hace sólo cinco meses desconfiabas de él y me decías que podía ser un ladrón, espía, un gavillero, un comunista, y no recuerdo qué diablo más!

—Precisamente — respondió Rosario ahora entre sollozos—, eso era lo que yo no quería, introducir en nuestras vidas a una persona sobre la cual no sabíamos absolutamente nada, para que no tuviéramos luego que lamentarnos al descubrir quién era o para no tener que acusarlo, tal vez injustamente por no saber quién es, eso se hubiera podido evitar si tan solo hubieras esperado a conocerlo un poco más, antes de hacer negocio con él.

Camilo no volvió a hablar más, pero ella se dio cuenta de que permaneció despierto el resto de la noche, mirando fijamente el rayito de luz de luna que se colaba travieso en el cuarto por una rendija de la pared. Poco antes de amanecer se levantó sigiloso y fue a la cocina a encender el fogón.

Al sentirlo, ella también se levantó y fue a prepararle el café y algo para desayunar.

El se tomó a grandes sorbos la aromática mixtura negra, pero no quiso comer nada, aduciendo que era muy temprano y que aun no sentía nada de hambre, luego se aseó, se vistió y preparó su caballo para marcharse.

Antes de salir, ella lo abordó y bloqueándole del paso le dijo con voz cariñosa y conciliadora:

—No te vayas así, mi cielo, hablemos aunque sólo sea por un momento, mira que se trata de nuestro futuro como familia y tal vez del futuro de nuestras propias vidas. Además, mi amor —continuó ella—, hoy es tu cumpleaños años y quiero que vengas temprano porque te prepararé una cena exquisita y después de la cena te daré el mejor regalo que una mujer enamorada puede darle a su hombre, no lo olvides.

El se quedó mudo, mirando fijamente el suelo. Al cabo de unos minutos de silencio mutuo, ella desató en cólera y le dijo:

—¡Camilo Guerrero, eres el ser más terco y egoísta que jamás he conocido y esa terquedad nos va a llevar a todos a la ruina! No escuchas a nadie, te crees que siempre tienes la razón, eres intolerante, soberbio y todo lo quieres resolver por medio de la fuerza bruta. ¡Qué diferente eres a tu abuelo!, a pesar de haberte criado no sacaste ni has asimilado nada de él. ¡Qué bien te hubieran caído unos años de estudio para sacerdote como lo hizo él, tal vez eso te hubiera dado un poco de su sabiduría y a lo mejor te hubiese ayudado a pulirte alquito! Eres más bien como una mula testaruda, una copia idéntica de tu abuela, que en paz descansa, ella te hizo así, ella te malcrió, te consintió y te hizo creer que eras el amo del mundo.

Enfurecido por esas palabras que él sentía que lo desnudaban y lo dejaban helado, sin argumentos, Ca-

milo la apartó de su camino con brusquedad, al tiempo que le gritaba:

—¡Mira mujer del diablo, deja en paz a mis abuelos, que ellos no tienen nada que ver con ésto, ya sabes que no me gusta para nada que te metas con ellos ni que los involucres en nuestras vidas. Además, yo por qué carajo tengo que ser como mi abuelo, yo soy como soy, así nací y así me muero! ¡Y déjame en paz, que ya no quiero seguir hablando del asunto!

Antes de que se marchara ella alcanzó a gritarle:

—¡Ah sí!, ahora te sumerges en tu armazón de jicotea resentida y no quieres hablar, pero a mí no me engañas ni con tu silencio, sé lo que vas a hacer, porque eres más predecible cuando callas que cuando hablas, Camilo Guerrero; ¡tú y sólo tú serás el culpable de todo lo que pase!

Él se montó en su caballo y se marchó en silencio por el camino envuelto aún en las penumbras del amanecer, mientras ella, bañado en lágrimas su hermoso rostro cobrizo de doncella aborigen, lo vio perderse en la primera curva del camino. Sus ojos verdes como la primavera siguieron escudriñando la distancia como si quisieran divisarlo y acompañarlo más allá de lo visible y servirle de guía ante la evidente ceguera de su mente confundida. Luego de un rato se volvió y se sentó en el quicio de la puerta abierta de par en par por donde momentos antes había visto salir sin mirarla y sin siquiera despedirse al hombre amado. ¡Qué grosero y qué tierno a la vez podía ser este hombre! ¡Cuánto lo

amaba cuando la trataba con dulzura, cuando la mimaba, cuando la consideraba y la tomaba en cuenta y cuánto lo despreciaba y le resentía cuando se comportaba de esa manera tan cruel y despiadada! Cerró los ojos y lloró desconsoladamente. En aquel instante tenía ganas de desaparecer, deseaba nunca haber nacido, anhelaba poner su mente en blanco y envuelta en una nube de plumas blancas motorizada por el viento volar entre las palmeras y los almendros y confundirse en las alturas con las cotorras parlanchinas y con las ciguas chillonas y juguetonas que inauguraban jubilosas aquella tibia mañana de febrero como si celebraran algún acontecimiento memorable.

Un medio sol se dejó ver triunfal en lontananza, en el punto exacto donde la distancia devora implacable la mirada. Con sólo contemplarlo, Rosario supo que sería un día radiante y caluroso, aunque en su alma devastada llovieran cántaros de tristeza y helados témpanos de desolación.

¡Qué agotada y desdichada se sentía! ¡Cómo deseaba en ese instante tener una madre a la cual acudir y arrojarse a llorar desconsolada entre sus brazos, o por lo menos, tener un padre que la escuchara y la comprendiera! Si su madre estuviera viva, de seguro que le daría las fuerzas y el apoyo que necesitaba para seguir adelante, pero no estaba su madre y qué le podía hacer, de ella sólo le quedaba un recuerdo vago, lejano, diluido en el tiempo y en el vacío tormentoso de sus sueños de niña.

Tenía tan solo cuatro años cuando ella se fue de este mundo en medio de un temporal que inundó los caminos y desbordó el estero juntando sus aguas con el mar y haciendo imposible sacarla a la ciudad, con una criatura de nueve meses atravesada en su vientre, que a pesar de su gran pericia, la comadrona del lugar no había podido ayudarle a alumbrar como lo había hecho en sus dos partos anteriores, el de ella y el de su hermano, varios años mayor que ella.

Por la espesa niebla de su mente apesadumbrada desfilaron las imágenes casi diluidas de aquella simple mujer campesina que la dormía tiernamente entre sus brazos cuando ella se despertaba llorando en las madrugadas porque había un fantasma parado frente a su cama haciéndole morisquetas. A su padre, a pesar de ser un hombre impositivo, arrogante y soberbio, lo había querido mucho y sentía, que él también la había querido si bien a su manera, o más bien, la quiso hasta aquella enemistad irreconciliable surgida a raíz de su amorío con Camilo.

Aún retumbaban en sus oídos las palabras implacables de su padre el día en que le dijo que estaba decidida a casarse con Camilo pasara lo que pasara y que le importaba un comino lo que él pensara o hiciese. Entonces, él le dijo muy tranquilamente:

—Si te casas con ese muerto de hambre ignorante, olvídate de que tienes un padre, que yo por mi parte me haré de cuentas que nunca tuve una hija llamada Rosario.

—No me importa lo que tú hagas ni tu miserable dinero y propiedades, no voy a permitir que arruines mi vida tal como has arruinado la vida de mis dos hermanos; los has ido destruyendo uno por uno. El primero es un guñapo humano, un pobre demente perdido en el delirio de una existencia vacía de cariño y calor humano, y tú tienes la culpa por tu empecinamiento y crueldad, por proponerte manejar su vida como si fuera un títere entre los hilos de tu arbitrariedad. El otro, con solo veinte años ya es un parrandero empedernido, un vicioso y mujeriego desorientado, un parásito bien vestido, que gasta a manos llenas el dinero que te roba mientras tú te haces de la vista gorda esperando que un día cambiará porque tú fuiste igual y aquí te tienen, exitoso y triunfador, dueño de medio mundo. Tú lo has destruido, porque nunca te ocupaste de él, de orientarlo y hacerlo un hombre responsable, porque crees que todo el mundo debe seguir tu ejemplo y trayectoria, eso que repites con jactancia hasta el cansancio de que todo hombre debe pasar de bohemio y vagabundo en su juventud, a trabajador, ambicioso, hogareño y devoto en su madurez y vejez. En tu miopía, piensas que igual que tú, él también llegará en su momento a sentar cabeza, pero eso no pasará, Papá, porque tú no entiendes una simple verdad, que las personas no somos iguales ni registramos en nuestra conciencia de la misma forma lo que pasa en nuestro alrededor. ¡Tu esquema simplista funcionó en ti en tus circunstancias, pero no quiere decir que funcione en los demás!

Después de ese terrible altercado, nunca más volvieron a cruzar ni una palabra, ni mucho menos, volvió ella a visitar su casa una vez se hubo fugado con Camilo para casarse con él dos días después.

Pocas veces había tenido duda o se había arrepentido de su decisión de unir su vida a la de Camilo Guerrero, pero en ese momento no pudo evitar que su mente se nublara y que la inundara un mar de interrogantes para las cuales sabía muy bien que no encontraría las respuestas. ¿Por qué tuvo que casarse tan joven y no se dio más tiempo para madurar un poco más? ¿Por qué no le hizo caso a su padre cuando quería que en lugar de casarse se fuera a estudiar magisterio a la Escuela Normal? ¿Por qué no se casó con Luís Manuel, aquel muchacho rico, hijo de un amigo de su padre que vivía en Santiago y que se moría por ella, a pesar de que a ella no le gustaba mucho porque tenía alma de ciudad y ella decía que un alma de ciudad no podría nunca comprender a un alma rural como la suya? Pero aquello fue sólo un instante de confusión, de duda, de turbación, un lamentable extravío mental del cual salió inmediatamente, avergonzada y arrepentida.

“¡Oh, Dios mío, qué estoy pensando! Esto es una locura, el pasado hay que dejarlo enterrado en el pasado, porque no hay manera de cambiarlo ni de resucitarlo y lamentarnos por las decisiones que tomamos o por las que dejamos de tomar, sólo nos puede hacer sufrir. Pero además, estoy segura de que superaremos este mal momento, todo volverá a ser como antes, Ca-

milo es un buen hombre, solo está confundido”, se decía a sí misma sin mucha convicción.

Salió a patio y caminó hasta llegar a la orilla del mar tranquilo como el amanecer. Sin proponérselo y por tratar de salir de aquellos pensamientos dubitativos que la aterrorizaban y le hacían perder seguridad, llegó a su mente como dardo envenenado del infierno el recuerdo de Olegario Ramírez.

“¡Maldición!”, se dijo enfurecida consigo misma, “no quiero pensar en él, no en este momento”.

La estremecía el recuerdo de aquel hombre enigmático que de un momento a otro se había convertido en el centro de su vida y la de su familia. Trataba inútilmente de expulsar de su mente aquella imagen de rostro huidizo y sombrero ceñido casi hasta los ojos que buscaba ocultarse todo lo posible y que nunca miraba de frente cuando hablaba con alguien, sino que agachaba la cabeza para que el sombrero no dejara ver el movimiento de sus labios ni el brillo intermitente de sus ojos verdes de bosque tropical adolescente.

Nadie lo conocía, ni lo habían visto antes de que apareciera por el caserío una mañana de domingo buscando trabajo, hacía exactamente cinco meses. Después de dejar la hacienda de don Fulgencio Romero, que fue el sitio donde primero se dirigió, se había encaminado cabizbajo al caserío donde tocó varias puertas antes de llegar a la casa de Rosario y Camilo que quedaba justo en medio de la aldea. Siempre llevaba un machete afilado dentro de una baqueta de cuero ma-

rón colgada al cinto. A Rosario no le agradaba para nada el aspecto de Olegario Ramírez, y desde que lo vio por primera vez conversando en cuchillas con su marido, la cabeza hundida entre las piernas y su sombrero de paja ceñido hasta los ojos, tuvo un terrible presentimiento.

Tan pronto se hubo marchado, le dijo a Camilo lo que su intuición femenina le decía del recién llegado. Pero Camilo, que a pesar de su testarudez era un hombre confiado como un niño inocente, se negó a darle ningún crédito a lo que ella le decía. Con una palmada suave en el hombro trató de tranquilizarla, al tiempo que le decía con aire decidido:

—No seas tan desconfiada mujer, no ves que se trata tan solo de un pobre buscavida que anda por ganarse unos pesos para poder sobrevivir. Pero además —prosiguió Camilo—, qué derecho tenemos de prejuizar a las personas y condenarlas solo porque no las conocemos. La gente merece la oportunidad de que se le pruebe. Acuérdate de lo que dijo el de arriba en uno de sus tantos mensajes de amor a los mortales...

—Sí, ya sé lo que vas a decir —lo interrumpió ella con visible impaciencia—, “por sus hechos lo conoceréis”.

—Exactamente —exclamó él, sonriendo.

—Pero no te das cuenta cariño de que ese hombre puede ser cualquier cosa, puede ser un ladrón, un fugitivo de la ley, un gavillero, un espía, un asesino, un comunista, qué sé yo.

—Podrá resultar lo que sea, pero tú me conoces y ya sabes que si me engaña, si no me cumple el compromiso que haga con él se las tendrá que ver conmigo de hombre a hombre o tiene que desapatarse del lugar —le respondió con toda calma Camilo.

—Escúchame bien, mi noble bruto ---dijo ella en tono cariñoso pero firme, mientras acariciaba suavemente su espalda—, ¿por qué en lugar de dejar entrar sin discriminación a todo el mundo al reino de tu vida para luego querer matarlo si te falla, mejor no escoges con más cuidado a las personas con las cuales vas a tratar? ¡lázme caso Camilo y no te arrepentirás, el hombre no es de fiar!, —volvió a insistir ella.

—Bueno, cerremos aquí el asunto, no quiero continuar con esta inútil discusión—, dijo Camilo en tono enfático y concluyente.

—¡No te ofusques hombre, por Dios! —continuó la mujer, ahora un poco molesta—, la honradez es abierta y transparente, un hombre honrado no necesita ocultar sus ojos y sus labios cuando habla con alguien, sentenció Rosario dispuesta a no insistir más por el momento.

Camilo la miró y se sonrió con aquella sonrisa que ella conocía como la palma de sus manos y que quería decirle: “oye, querida, tú piensa lo que quieras, que yo voy a hacer como yo creo”.

Cuando esto sucedía, ella sabía que tenía que dejarlo tranquilo hacer lo que él quería, aunque a la larga, estaba segura que éste terminaría dándole la razón.

Así estaba, ensimismada, rememorando como ausente y en contra de su voluntad el momento en que Olegario Ramírez había aparecido sin permiso en su vida, cuando se acordó de alguien a quién sin proponérselo estaba olvidando por completo y que sin embargo era una joya en su existir, un oasis de alegría en la aridez de aquel desierto alucinante en el que había anclado su vida estremecida al filo del naufragio.

“¡Andresito!, ¡Dios mío, lo había olvidado totalmente!”, exclamó, culpándose angustiada y recordando que tenía que prepararlo para la escuela y ya se hacía demasiado tarde. Pero lo que más le preocupaba mientras entraba a la casa de un par de zancadas era cómo se sentiría el niño en el caso de haberse despertado y escuchado las acaloradas discusiones que venía sosteniendo con su marido desde la noche anterior.

Con la esperanza de que estuviera durmiendo todavía abrió la puerta del cuarto de Andresito sigilosa, buscando hacer el menor ruido posible.

Se extrañó de no escuchar el sonido característico de su sueño placentero y de que sin embargo no se volviera al sentirla entrar como era su costumbre siempre que estaba despierto.

Lo llamó:

“Andresito, mi amor, ¡levántate que se hace tarde para irte a la escuela!”.

Él no se movió y entonces ella se acercó hasta el borde de la cama para observarlo mejor.

El niño estaba boca abajo con el rostro hundido entre sus manos apretadas. A duras penas logró que se volteara y entonces pudo ver terriblemente hinchados sus ojitos de conejo asustado después de un escape milagroso de entre las fauces de voraces perros asesinos y bañada en lágrimas su tierna carita angelical.

Sobraban las preguntas. Lo tomó entre sus brazos y sollozando se limitó decir:

—Perdóname hijo mío, perdóname y perdona también a tu padre, pero estas cosas pasan, sin que a menudo podamos evitarlas, mas, quiero que sepas que pase lo que pase tanto tu papá como yo te queremos mucho y siempre te vamos a querer.

El se secó con una punta de la sábana dos gruesas lágrimas que le rodaban en ese momento por sus mejillas, miró a su madre y le dijo en tono enfático e implorante:

—Pero es que yo no quiero que le pase nada ni a mi papá ni a ti, yo no quiero criarme sin madre como tú y sin padre igual que mi papá, yo no quiero que me críe ni un padrastro, ni una madrastra, ni mi abuelo, ni mi bisabuelo, ni mi tío Alfredo, yo quiero vivir siempre con ustedes.

Aquella confesión de su hijo terminó por desgarrarle aun más el corazón.

Aturdida y sin mucha convicción se limitó a decirle:

—No te preocupes, mi hijo, nada nos va a pasar a ninguno de los dos y siempre vamos a estar a tu lado,

para cuidarte y quererte. Ahora vamos, levántate, que tienes que irte para la escuela.

—IV—

Todos los días, luego de preparar el almuerzo y darle de comer a Andresito, Rosario se iba con él al conuco a llevarle la comida a Camilo y a recoger los víveres y frutas necesarios para el día siguiente. Esa tarde, se fue como de costumbre a los sembradíos, pero con la decisión de regresar más temprano, pues quería estar ya en la casa para cuando Camilo regresara del pueblo. Recorrió los cultivos para cerciorarse de que todo estaba en orden, le dio de comer y de beber a la puerca recién parida y a sus siete cerditos y comenzó a recoger las cosas que llevaría a la casa. En poco tiempo tenía un saco de cabuya completamente lleno, le amarró la boca con un bejuco, lo levantó con dificultad, se lo colocó en la cabeza sobre el babonuco de hojas de plátano que había improvisado minutos antes y se puso en camino, seguida muy de cerca por Andresito que no se atrevía a interrumpir su prolongado silencio.

El sol declinaba rápidamente, la vida nocturna comenzaba a asomar vertiginosamente, mientras la vida diurna se iba esfumando como por arte de magia; los grillos traviesos de la noche comenzaron a entonar su canto nocturnal anunciando con ello el ocaso de la tarde; una bulliciosa bandada de cotorras en ruta hacia otros confines revoloteaba graciosamente en lo alto de

un gigantesco árbol de mango, como explorando la posibilidad de buscar allí refugio durante la noche; las vacas bramaban a lo lejos mientras caminaban despacio de regreso de su corral; un burro rebuznó en lo alto de una colina, esparciendo el eco de su rebuzno a lo largo y ancho de la geografía del lugar, como para que nadie se quedara sin oír su enfático mensaje anunciando el tránsito del atardecer al anochecer.

Rosario caminaba ligera a pesar de la pesada carga, estaba inquieta y tensa, atenta a todos los ruidos del camino. Andresito no decía nada, pero percibía perfectamente la tensión de su madre, ella lo acicateaba diciéndole que debían apurarse porque su padre llegaría del pueblo en cualquier momento con muchas cosas buenas para él.

Mientras avanzaba a pasos ligeros por aquel sendero reseco con profundas huellas de caballos impregnadas en el barro como silentes esculturas rupestres sobre rocas dormidas del ayer, Rosario recordaba que a pesar de los momentos difíciles, había sido dulcemente feliz al lado de Camilo. Lo recordaba extendiéndole una mano para ayudarlo a bajar a aquel fresco remanso del río cristalino donde solían pasar horas muertas los viernes al atardecer, nadando y jugando como dos chiquillos hasta caer exhaustos en la orilla, felices de estar juntos, felices de quererse con aquel amor natural, sin condiciones, sin manchas ni arrepentimientos. Lo recordaba desnudando la tierra y hundiendo en su seno la simiente de esperanza, la simiente de vida, de fe en el



porvenir. El nunca se lamentaba de nada de lo que hacía, porque decía, que aun las decisiones y los hechos más adversos nos pueden servir para entender la vida y para entendernos a nosotros mismos, que el que no se equivoca no crece ni se supera. Cuando lo oía

decir esas palabras llenas de sabiduría, ella se echaba a reír y le decía que estaba tratando de competir con su abuelo Andrés. Él la miraba fijamente y entonces le decía en tono muy serio:

“De mi abuelo creo que he aprendido mucho, pero no lo suficiente. Sin embargo, creo que he aprendido más observando y viviendo la vida, mi propia vida; he aprendido de los caminos andados y los desandados, sobre todo, he aprendido mucho de mis propios errores. Y creo que eso ha sido en el fondo lo que él ha querido y lo que ha tratado de transmitirme todo el tiempo. Aunque el abuelo dice que si bien no se debe tener temor a los errores, hay errores capitales que no se deben cometer, porque de esos no se aprende, esos nos matan y con la muerte termina todo aprendizaje. Todavía estoy tratando de que me explique cuáles son esos errores capitales que nos quitan la vida, pero él dice que no hay una lista ni un recetario de tales errores, que cada quien debe aprender a descubrirlos por sí mismo, debe saber cuándo está al borde de cometerlos y reconocerlo a tiempo, que la vida no es vida realmente si tenemos frente a nosotros a alguien diciéndonos siempre cuándo nos vamos a equivocar y cuándo no. Sin embargo, es curioso, pienso ahora, cuando era niño, recuerdo que el abuelo siempre me explicaba cosas, me daba consejos y me respondía todas las preguntas que le hacía. Luego, cuando me hice adulto, de repente dejó de aconsejarme, siempre que le pido un consejo da un gran rodeo y termina dejándome en el mismo punto, solo frente a la decisión que tengo que tomar.

Una vez me dijo: ‘hijo, ser adulto significa tomar tus propias decisiones y responder por sus consecuencias favorables o adversas’.

Al evocar estas conversaciones con Camilo, Rosario pensaba que tal vez había sido demasiado dura e injusta con él cuando le dijo esa mañana que no había aprendido nada de su abuelo. Era obvio que eso no era cierto, que Camilo sí había asimilado mucho de la sabiduría de su abuelo, solo que, como le había oído decir muchas veces al abuelo Andrés: “la sabiduría ajena no se reproduce idéntica en nuestras cabezas, sino que al tomarla la recreamos y la convertimos en experiencia propia y esto la hace distinta de la que la inspira”.

Iba absorta en sus pensamientos, triste, abatida, desolada. ¡De repente!, un profundo olor a sangre fresca y a claveles de muerto inundó todo el sendero, venía de todas partes en ráfagas veloces y penetrantes, la mujer se detuvo como petrificada, escudriñó por algunos segundos todo a su alrededor, y entonces pudo verlo, allí estaba, era él, Camilo, como a veinticinco metros de distancia de ella al borde del camino, su figura transparente estaba cubierta por un halo de luz brillante y flotaba como a un metro del suelo destilando partículas blancas y rutilantes a raudales, como si estuviera derriéndose. En gestos desesperados con manos y boca, él trataba inútilmente de decirle algo que no alcanzaba a pronunciar. De momento, ella se llenó de pánico ante aquella aparición espectral en tránsito fugaz de la existencia hacia la nada, pero era una mujer de mucho

temple y rápidamente recobró su dominio, sabía ya lo que había sucedido, él mismo había venido a avisárselo, no tenía que oír sus palabras para entenderlo, estaba muriendo y desandaba, de eso no le cabía la menor duda.

“¡Oh, Dios mío, Dios mío, me lo mataron, se está muriendo y vino a avisármelo!”, exclamó en un gemido desgarrador.

El saco repleto de víveres rodó por el suelo desparamando por doquier su contenido de viandas frescas, mientras ella agarraba a Andresito de la mano y echaba a correr.

—¿Qué sucede, mamá, qué sucede? —gritaba el niño, horrorizado. Estaba aterrado, en un terrible shock; no había visto nada, pero lo presintió todo a través del estado y las palabras angustiadas de su madre.

Ella se limitó a decir:

—¡Corre hijo, corre, que algo terrible le acaba de pasar a tu padre!

Mientras corría como flecha motorizada en pos del caserío, Rosario pensaba en el trágico y triste desenlace de su corta existencia. Sentía que sin Camilo, la vida para ella ya no tenía sentido, si él estaba muerto ella ya no quería seguir viviendo. No lo había pensado así hasta ese momento, no era algo que había premeditado, porque siempre se resistió a la idea de que él pudiera desaparecer de esta manera y antes que ella. Pero ahora que acababa de ver su imagen fantasmal, no le

quedaba duda en absoluto de que su destino estaba indisolublemente ligado al de él, de que su muerte era también la muerte de ella, si no hubiera sido así, ella jamás lo hubiera visto en esa fugaz aparición espectral, que estaba convencida, sólo era posible en los casos de almas realmente gemelas y que se aprestaban a fundirse en una y abandonar unidas este mundo.

—V—

En medio de su lecho de sangre semicuagulada, Camilo seguía pensando en la suerte futura de Rosario:

“¡Qué irá a ser de ella ahora que yo no estaré, sin recursos suficientes y con un niño que tendrá que seguir criando sola!”

¡Cómo hubiera querido verla y abrazarla por última vez y exhalar entre sus brazos su postrer suspiro! Se alegró sin embargo de que ella no estuviera allí en ese momento, en medio de aquel duelo de muerte sin sentido, expuesta también a que la mataran, porque conociéndola como la conocía, no tenía la menor duda de que se enfrascaría también en la pelea hasta acabar con el que había asesinado a su marido o hasta que él acabase también con ella. Pensó luego en Andresito, su pequeño diablillo, vivaracho, inquieto y preguntón tal y como había sido él mismo también a sus siete añitos. ¿Qué sería de él si su madre también desapareciera de este mundo? Probablemente vaya a parar a casa de su abue-

lo, el padre de Rosario, y eso era lo último que él deseaba para su hijo, prefería que lo criara el abuelo Andrés, aunque el pobre hombre estaba ya tan viejo y acabado que era imposible que fuera a durar mucho. Le aliviaba pensar que todavía le quedaba su hermano Alfredo, quien le tenía mucho cariño a Andresito y el niño por su parte también sentía por su tío gran aprecio.

“¡Oh Dios mío!, no dejes que suceda, llévame a mí solo, déjala vivir a ella, el niño la necesita”, imploraba mentalmente mientras sentía que sus fuerzas lo iban abandonando inexorablemente.

Su corazón, cuyos latidos se extinguían segundo a segundo, se aceleró de súbito en un último aliento redentor, agitado con la sola idea de que Rosario pudiera aparecer de un momento a otro y entrar en el pleito con su matador.

“Si por lo menos este pendejo se marchara antes de que ella se aparezca”, se decía mientras hacía esfuerzos sobrehumanos por hablar, por decirle que se fuera ya, por gritarle: “Idiota, qué haces ahí parado como un idiota, ya me mataste, ahora aléjate de aquí”. Pero sólo conseguía echar arcadas de sangre por boca y nariz que la gente interpretaba como sus últimas boqueadas.

“¡Está agonizando, se está muriendo!” , murmuraron compungidos algunos de los curiosos.

“¡Hagan algo por Dios Santísimo!, que no ven que ese pobre hombre se está desangrando”, imploró una anciana dirigiéndose a algunos hombres ya mayores que con-

templaban la escena del crimen sin atreverse a intervenir, pues el matador continuaba aún al lado del moribundo y temían ser también agredidos si se acercaban.

Fue entonces cuando Olegario Ramírez pareció despertarse de su largo trance, se limpió con la manga izquierda de su camisa azul la sangre que le brotaba a raudales de una profunda herida en su pómulo derecho. Dio unos pasos inciertos hacia la barra de curiosos y como un borracho a la intemperie que se despier-ta atolondrado en medio de la madrugada, se abrió paso rumbo al camino que conducía al pueblo aún con el colín ensangrentado empuñado firme en su mano derecha.

“¡Ya volvió, ya volvió en sí!, todavía está vivo”, gritó alguien del gentío.

Camilo había abierto los ojos y había tratado de moverse, entonces se dio cuenta que sin dudas había perdido el sentido, aunque debió ser por una fracción de minuto porque aun pudo ver con la rabiza del ojo derecho la silueta de Olegario Ramírez que se alejaba.

Durante el corto tiempo de su inconsciencia había visto a Rosario y a Andresito que venían en camino, fue como en una pesadilla, él flotaba en el aire como a un metro del suelo chorreando sangre como una vela derritiéndose, trataba de hablarle y contarle que lo habían matado, que no se acercara al caserío, pero sus palabras, en lugar de salir de su boca se devolvían hacia adentro arrastradas por el torrente de sangre que inun-

daba su traquea y esófago, era como si hablara al revés, de afuera para adentro.

“¡Carajo!, estuve desandando, ¡conque así es que se muere la gente!, lástima que no estaré para explicárselo a mi hijo y a mis nietos cuando me hagan la pregunta de cómo es que la gente se muere”, se dijo, recordando con ironía aquella vieja preocupación que había ocupado por mucho tiempo su convulsionado universo infantil. Pero aunque no pudo hablarle, estaba seguro de que ella lo había visto, pues observó que lo miraba paralizada y aterrada como si estuviera viendo a un fantasma, mientras rodaba por el suelo el pesado saco de cabuya repleto de víveres que llevaba en su cabeza. Por la forma en que miraba a su madre y por las preguntas que le hacía a ésta se dio cuenta también de que Andresito no lo había visto y esto lo tranquilizó.

“¡Pobre criatura, a tan tierna edad y tener que pasar por esta tragedia tan horrenda y devastadora!”, pensó. Pero de repente cayó en cuenta de que lo que había hecho sin querer era precipitar la llegada de Rosario al lugar, cuando lo que quería era retardar su llegada. Él la vio tirar todo y echar a correr por el angosto camino rumbo al caserío, lo que quería decir que en cualquier momento estaría allí enfrentándose al enemigo.

“Oh Dios mío, qué he hecho, qué tonto he sido, como si yo no la conociera, mostrármelo así, en lugar de detenerla debí saber que iba a precipitar su llegada”, se decía desesperado.

—VI—

Mientras se alejaba del cuerpo moribundo de Camilo, Olegario Ramírez miró aterrorizado el machete ensangrentado que apretaba aún en su mano derecha. Por un instante pensó tirar aquella arma homicida entre los jericoses que bordeaban el camino y echarse a correr para escapar cuanto antes de aquel lugar que olía a muerte y desolación. Pero se arrepintió, de repente se dio cuenta que albergaba sentimientos encontrados hacia aquel artefacto que lo había acompañado por más de cinco años, que le había servido para ganarse el sustento de cada día, que le había salvado la vida, pero que a la vez le acababa de desgraciar probablemente el resto de su existencia. ¿Qué podía hacer? Conservarlo sería seguir recreando aquel horrible episodio que lo mejor era comenzar de inmediato a olvidar, pero tirarlo era groseramente desagradecido. ¡Qué extraño sensación!, pensaba, cuando compró aquel machete nunca se le ocurrió que algún día lo emplearía para pelear o matar a alguien; un machete es un instrumento para trabajar, para edificar la vida, ¿qué hace entonces que de repente se convierta en un arma que mata y destruye, que aniquila la propia vida? No tuvo tiempo de continuar con aquella divagación fugaz que le provocaba preguntas que él no estaba en capacidad de responder. Una voz del gentío lo hizo voltearse y ponerse en guardia, tensos de nuevo los músculos recién relajados y atentos todos los sentidos, como felino al acecho de una presa ya prevenida del peligro.

“¡Santo Dios, ahí viene Rosario! ¡Hay que detenerla o ese hombre la va a matar a ella también!”, dijo una de las varias mujeres presentes en el lugar.

“¡Ay carajo!, se complicó la vaina”, dijo otro de los curiosos, “yo conozco a esa mujercita, es una verdadera fiera, no le teme a nada ni a nadie, o ese hombre la mata, o ella lo mata a él, de eso estoy seguro”.

Entonces, en un hecho que todo el mundo consideró insólito y misterioso, el sol, que ya había desaparecido por entero, regresó y volvió a brillar de nuevo, se estacionó firme casi a un cuarto de cielo como si fueran las tres de la tarde y permaneció inmóvil como por media hora más y sólo se ocultó definitivamente cuando ya todo había terminado. Pero antes de ocultarse por completo, una inmensa nube escarlata revoloteó a baja altura amenazando lluvia repentina para desvanecerse luego súbitamente ante la mirada atónita de los lugareños que comenzaron a tejer mil conjeturas acerca del fenómeno, que según algunos, presagiaba todo tipo de calamidades para los habitantes de Estero Viejo.

Confundidas, las gallinas se lanzaron soñolientas de sus palos a donde habían subido solo momentos antes y deambularon como sonámbulas por los alrededores sin saber qué hacer hasta volver en disciplinada caravana a trepar a ellos una vez el sol se hubo ocultado nuevamente.

La mujer, ligera y veloz como una pluma impulsada por una ráfaga de viento huracanado, corría hacia el lugar cual gacela perseguida por feroces lobos asesi-

nos. Al llegar al borde del círculo humano que rodeaba el escenario de la tragedia, se detuvo por unos segundos como para tomar aire y coger nuevo impulso, luego, de un solo salto se voló varios cuerpos de curiosos y cayó de pié machete en mano, justo al lado del cuerpo agonizante de su marido. Una sola mirada le bastó para confirmar lo sucedido y darse cuenta de que ya no había salvación para Camilo. Ni siquiera se inclinó para examinar el cuerpo de su amado, miró a su alrededor y vio al asesino de su esposo como a cincuenta metros del lugar, parado impávido al borde del camino, firme el colín en su mano derecha y tensos los músculos de su rostro ensangrentado y sudoroso.

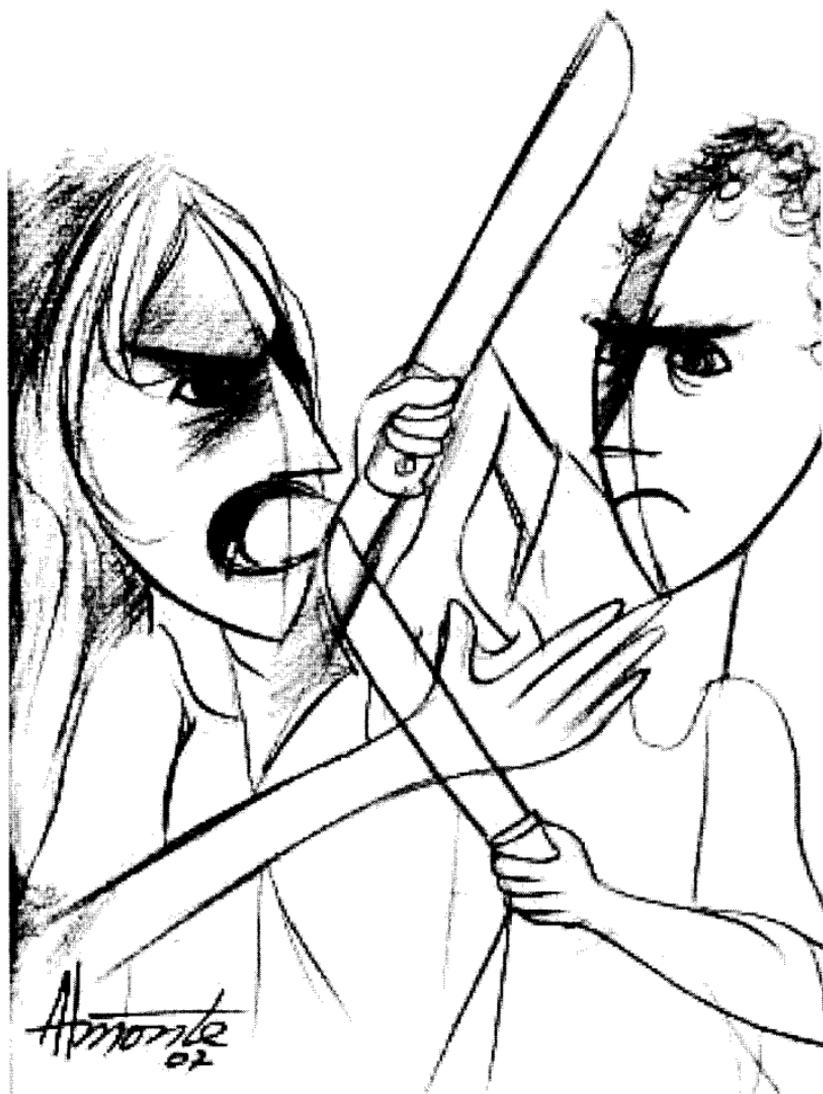
—¡Espérate ahí asesino, no huyas! —le gritó—, que me vas a tener que matar a mí también. Y como un destello fugitivo escapado de la cárcel del tiempo, en cuestión de segundos, ya estaba frente a frente al enemigo.

Rosario dirigió su machete directamente a la cabeza de Olegario Ramírez, quien esquivó el golpe moviendo ágilmente la cabeza hacia un lado y dando un salto de felino hacia atrás que lo dejó parapetado contra los jericoses. Ella volvió a atacar sin darle tiempo de reaccionar para contraatacar. Al levantar el brazo izquierdo para esquivar el golpe, su mano fue impactada por el machete de Rosario que le trozó tres dedos, dejándole sólo el índice y el pulgar.

Olegario, que al principio tuvo la esperanza de que algo pasara, no sabía qué, tal vez algún milagro que la

detuviera, que alguien del gentío la agarrara para él no tener que matarla, comprendió que si no reaccionaba rápidamente la mujer sin piedad lo acabaría.

Ella atacaba y tiraba a matar, pero más que todo, lo estaba obligando a que la matara.



—¡Anda, pelea!, si eres tan hombre mátame a mí también, vamos cobarde, para qué tienes ese colín tan afilado, úsalo pendejo y mátame —le gritaba ella desconcertándolo por completo.

Él esquivó un tercer golpe que sólo alcanzó a rasgarle el párpado derecho y aprovechó para lanzar un machetazo certero al costado izquierdo de la mujer, hiriéndola gravemente.

Ella dio dos trastabillazos pero no cayó, atacó nuevamente y logró causar otra herida de consideración en el vientre de Olegario Ramírez.

Aunque no era profunda, la herida del párpado derecho le sangraba profusamente impidiéndole ver por completo de ese ojo. Sangraba también por otra herida detrás de su oído izquierdo que le había ocasionado Camilo momentos atrás.

Rosario intentó atacar de nuevo, pero Olegario la esperó con su machete en alto mutilándole el brazo derecho, la mano que apretaba el arma se quebró y el machete ensangrentado de Rosario rodó por el suelo.

Olegario no reparó siquiera en que ya ella estaba desarmada y vencida, levantó de nuevo su afilado machete y le dio el golpe de gracia sobre el lado izquierdo del cuello derribándola.

Murió en el acto, sin un suspiro, sin un lamento, con los ojos abiertos en dirección al sol poniente.

Olegario la vio caer aliviado, miró su mano izquierda cercenada, se arrancó una manga de su camisa y se

la envolvió para estancar la sangre que salía a raudales del tronco de los dedos extirpados. Se limpió con la mano derecha la sangre que le caía sobre el ojo izquierdo para tratar de ver mejor a su alrededor, se palpó el vientre y sólo entonces descubrió la ancha herida que le había rasgado la carne a la altura del ombligo, al parecer, sin perforarle los intestinos.



Como sonámbulo sin brújula en las tinieblas de la inconsciencia, intentó echar a andar en dirección a Nueva Matanzas, pero Olegario no contaba con un nuevo contratiempo.

Andresito, que le había implorado a toda garganta momentos antes que no matara a su mamá cuando ya ésta yacía mal herida y desarmada, estaba ahora frente a él con el machete de su madre entre sus manitas vírgenes de sangre y de muerte lanzándole machetazos a la altura del ombligo que Olegario lograba a duras penas esquivar.

Varios hombres intervinieron y detuvieron al niño que derramaba lágrimas copiosamente sin decir palabra.

—VII—

Había caminado menos de dos kilómetros cuando se encontró de frente con Fulgencio Romero que venía del pueblo en su brioso caballo negro. Olegario sintió que era el final, pues sabía que ya no le quedaban fuerzas para otra pelea. Se orilló un poco y esperó con la cabeza baja como era su costumbre a que Fulgencio lo fulminara con su revólver calibre treinta y ocho que llevaba siempre al cinto.

Atrás, en el campo de batalla, había quedado ensangrentado su fiel sombrero de paja, cómplice mudo de su silencio y de sus recónditos secretos.

Fulgencio lo examinó por algunos segundos y luego le preguntó con su acostumbrada voz de mando:

—¿Qué pasó Olegario? ¡Contéstame carajo, pen-dejo, que te estoy hablando!, ¿Quién te hirió así?

Olegario no contestó, siguió esperando con la cabeza baja.

Fulgencio desenfundó su revólver y le apuntó a la cabeza.

—¡Me vas a decir ahora mismo, pedazo de infeliz, qué fue lo que pasó o te vuelo los sesos!

Olegario no respondió y continuó con la cabeza baja a la orilla del camino. Allí esperó por eternos segundos a que las balas del arma de Fulgencio lo fulminaran. Suspiró profundamente cuando oyó los pasos del caballo de Fulgencio que se alejaba a todo galope.

Era obvio que, aunque probablemente sospechaba algo, el hombre no sabía aun nada de lo acontecido.

Fulgencio llegó al lugar del crimen y no necesitó que le explicaran nada para comprender enseguida todo lo sucedido. Lo primero que vio fue a Rosario inerte tendida en el suelo en un charco de sangre. Como veinticinco metros más allá yacía Camilo boca arriba, agonizante, contemplando los últimos rayos del sol que se ocultaba presuroso. Ni siquiera se bajó del caballo, dio marcha atrás a toda prisa, en busca de Olegario. Llegó al lugar donde lo había dejado parado pero no lo encontró, siguió adelante creyendo que se había echado a correr para escapar adivinando que este se devolvería

para matarlo, sin embargo, no lo vio por ninguna parte. Lo buscó por los alrededores sin ningún éxito. Resignado, suspendió la búsqueda y regresó al lugar donde yacían los cuerpos de Rosario y Camilo.

Se bajó del caballo, puso su mano derecha sobre su pecho ensangrentado para cerciorarse de que ya no latía su corazón, luego, tomó entre sus brazos fuertes el cuerpo frágil literalmente picoteado de la mujer y lo apretó contra su ancho pecho, como solía hacerlo cuando de niña, ella se lanzaba sobre sus brazos abiertos al bajarse del caballo que lo traía del pueblo diciéndole:

“Papi, papito, ¿por qué llegaste tan tarde?”.

Entonces, él le contestaba mientras la alzaba ligera como una pluma sobre su cabeza:

—Es que se me cansó el caballo, tesoro, por eso llegué tarde.

Tan pronto la bajaba, ella se dirigía al caballo diciéndole:

—¡Caballito tonto, te voy a alimentar bien para que mañana no te canses y me traigas de vuelta tempranito a mi papá! Corría hacia unos matorrales cercanos y regresaba con un diminuto manojo de hierba fresca y se lo daba al caballo que lo comía de buena gana.

“Y como entonces, hija mía, mi pequeño sol apagado”, se dijo despedazado el corazón, “esta vez también se me cansó el caballo y llegué demasiado tarde”.

Una mujer de una casa cercana llegó corriendo con una sábana blanca y se la entregó a Fulgencio, quien la

tomó sin decir palabra, luego, envolvió en ella el cuerpo exánime de la hija malograda como si envolviera un frágil y delicado cristal. Levantó cuidadosamente la preciada carga y la atravesó suavemente sobre el caballo que se quedó inmóvil como si entendiera a la perfección el estado de aflicción de su amo. Después, agarró las bridas del caballo y echó a andar rumbo a su hacienda, tan lento como si llegar o no llegar diera todo igual.

Habían pasado ya ocho años después de aquella tarde en que él la desheredó luego de que ella le gritara a la cara que se iba a casar con Camilo por encima de su cabeza. Era la primera vez después de entonces que la veía tan de cerca, era la primera vez después de que cumpliera los quince años que abrazaba a su niña bonita, a su niña mimada, alegre, risueña. Aún estaba vivo en su recuerdo y en su piel aquel último abrazo que le diera en la fiesta de sus quince años, aún la recordaba en aquel hermoso vestido rozado rebosante de alegría, repartiendo sonrisas y besos a todos los presentes en su fiesta. Pero a diferencia de aquella vez, hoy sus brazos abrazaron no a su niña adorada, sino a su propio corazón roto en mil pedazos, a su orgullo de ayer convertido en vergüenza y en dolor.

¡Y él que había pensado que la tragedia que envolvió la demencia de Francisco lo había llevado hasta el límite del sufrimiento!

En medio de aquella infortunada discusión previo a su huida con Camilo, ella se lo escupió a la cara con

palabras afiladas que se clavaban como puñales de fuego en su acorazado corazón.

—Un día te quedarás solo Papá, de eso no tengo la menor duda, nos perderás a todos, ese es tu destino, porque no tienes capacidad para retener a tu lado a nadie que te quiera y esa es la semilla de la soledad.

En aquel momento tuvo la intención de abofetearla y hacerle tragar aquellas palabras hirientes e infames, pero se contuvo, sabía que de hacerlo, sólo conseguiría empeorar aun más las cosas.

Ella leyó en su rostro la intención agresiva reprimida y la impotente ira que lo devoraba por dentro como lava volcánica que no encuentra salida hacia la superficie, pero no se amilanó, continuó enrostrándolo, como si estuviera estirando una cuerda elástica que quería deliberadamente que llegara a su punto máximo de elasticidad y saltara hecha trizas.

—Nos perderás, Fulgencio Romero, perderás uno a uno a todos tus hijos. Además, porque en tu escala de valores lo primero que cuenta son tus vacas, tus tierras, tus caballos, tus propiedades, tu dinero; nosotros, tus hijos, si acaso contamos, es sólo al final, cuando ya has tomado en cuenta todo lo que cuenta. Siempre has creído que con que tengamos comida, ropa y casa está todo resuelto, nunca me preguntaste cómo me sentía, nunca te percastaste si era feliz, si lloraba o si reía, para ti, esa dimensión simplemente no existía.

Así llegó sin darse cuenta hasta el portón de madera de su lujosa mansión, evocando deliberadamente los

recuerdos de la última conversación con su hija, como si quisiera con ello martirizarse hasta el filo de la inconsciencia. Dos peones lo divisaron y corrieron a su encuentro. Entre los dos bajaron del caballo el cuerpo sin vida de Rosario, mientras Fulgencio abría ceremoniosamente el cuarto que había clausurado personalmente la misma noche en que ella se había fugado de la casa con el hombre que amaba.

Dos mujeres del servicio se encargaron de bañarla y él pidió que le pusieran aquel hermoso vestido rosado que ella había lucido en la fiesta de sus quince años.

Rosario no había cambiado mucho a pesar de haber pasado ya ocho años, el vestido se ajustó a su cuerpo todavía esbelto, como si fuera aún una quinceañera.

Contemplando el contraste de la palidez de su rostro sin maquillar con el rozado del vestido le pareció como si su niña en lugar de muerta estuviera dormida y que en cualquier momento se bajaría de un salto de la cama para salir corriendo alegre por toda la casa.

Ordenó que salieran las mujeres de la habitación y se quedó allí, solo, admirando sus hermosas facciones inertes como si quisiera devolverle la luz a sus encantadores ojos verdes marchitos para siempre, como si buscara transmitirle su aliento y traerla de vuelta a la vida.

Sentado allí, frente al pálido despojo de la hija tendido yerto en su antigua cama, Fulgencio no dejaba de pensar en las celadas burlonas de la vida. La misma ráfaga de preguntas fulminantes que había invadido su cabeza aquel día lejano, cuando bebía a grandes sorbos

el aire salado del atardecer mientras esperaba el telegrama que le aclararía el misterio del enloquecimiento repentino de su hijo Francisco en aquel burdel de Nueva York, le torturaba nuevamente la razón perdiéndolo en un tormentoso laberinto de desconcertantes confusiones.

¡Qué impotente se sentía en este momento! ¡Qué carajo le pasaba que últimamente ya las cosas no le salían como las planeaba!, se descontrolaban y se les escapaban de las manos como se escapa un pez huidizo de entre las redes de un pescador impaciente que se apresura a sacarlo de la red antes de salir del agua.

No se movió ni un momento de su lado en toda la noche, de vez en cuando llegaba alguien con un jarro de café humeante que él bebía como autómeta. Durante esas largas horas repasó y examinó palmo a palmo su vida y con ello, la de sus hijos. ¿Qué le había pasado con sus hijos? ¿Por qué tuvo que ser todo tan complicado, tan tortuoso?, se cuestionaba a sabiendas de que no obtendría de nadie respuesta alguna. Estaba solo, completamente solo en la vida, tal y como ella se lo había vaticinado ocho años atrás. Sus hijos se habían ido uno tras otro, ella estaba muerta, Francisco demente y Enrique desaparecido, se había esfumado desde aquella mañana en que le dijo que se fuera y no apareciera nunca más ante su vista. La última vez que le hablaron de él le dijeron que se había marchado del país, pero sin precisarle exactamente dónde había ido. A Lucrecia, su mujer, y las dos hijas que tenía con ésta, ni siquiera las incluyó en su atribulado inventario senti-

mental. Era obvio que no formaban parte del mundo de sus afectos.

¡Qué inexplicable ironía!, pensaba, tan ingenua como descabellada, la trama que urdió enviando a aquellos hombres a robarle a Camilo para arruinarlo y forzar a su hija a volver de nuevo hacia él había dado resultado, ¡pero qué resultado! Efectivamente, la trajo de vuelta hasta él, pero de qué manera. Se quedó observando la perfilada rigidez de su rostro de ángel de cera y sus ojos se inundaron de sal ardiente y amarga.

De muy joven solía decir con arrogancia al referirse a sus decisiones:

“Ni le cobro ni le pago deudas al pasado”. “Lo hecho, hecho está y lo que se desprenda de ello lo asumo y lo resuelvo de inmediato a mi manera y se acabó, pero no me dejó aniquilar por lo que ya pasó”.

¡Cuánta estupidez!, ¡cuánta insensatez! comete el hombre cuando está embriagado de grandeza, cuando se cree tocado por el cielo; pensaba ahora que veía ante sus ojos el implacable desencadenamiento de sus actos de ayer.

“Ay Fulgencio, qué ingenuo y qué ignorante eres. No te das cuenta de que con cada decisión que tomamos en el presente comprometemos de golpe no sólo nuestro pasado y futuro, sino también, el presente, pasado y futuro de muchos que no tienen nada que ver con tales decisiones. ¡Vive un poco más, Fulgencio, y verás cómo el pasado, factura en mano, regresará a cobrarte a su manera las deudas pendientes!”

Eso le había dicho Andrés Guerrero, su otrora entrañable amigo, cuando lo oyó por primera vez pronunciar con gran jactancia aquella impúdica sentencia.

“¡Ni le cobro ni le pago deudas al pasado!”, repitió Andrés en tono irónico. “¡Qué tremendo dislate!, mi arrogante amigo. ¡Pero si el presente no es otra cosa que una factura del pasado!”.

—Mira Fulgencio —continuó diciendo en esa oportunidad Andrés Guerrero—, todos somos hijos del Tiempo. Él nos crea y él nos destruye. En él nacemos y en él nos desvanecemos. ¡Nadie puede escapar a sus designios! Por ser sus descendientes, todos, dioses y demonios, hombres y animales, hemos heredado de nuestro padre Tiempo esa extraña afición por crear y destruir. Pero el padre Tiempo destruye y crea dentro de una lógica estricta de equilibrio, de extinción y continuidad. Algunos hijos del Tiempo, en cambio, no actúan de la misma manera, sino que son más destructores que creadores. El Dios Saturno, devoraba sin compasión a sus hijos al nacer, con lo cual pretendía evitar que se cumpliera el designio implacable del Tiempo: ser suplantado como padre por sus propios hijos. Como Saturno, muchos padres destruyen a sus hijos, a veces sin saberlo, a veces sin quererlo, pero en ocasiones también conscientemente. Nuestro gran reto como humanos consiste en cultivar nuestra conciencia y nuestro entendimiento, pero siempre, en función de la inexorable racionalidad del padre Tiempo.

—VIII—

Como media hora después de que Fulgencio se llevara el cuerpo sin vida de Rosario, apareció en el case-río Andrés Guerrero, el abuelo de Camilo, quien regre-saba caminando parsimoniosamente de una dura jornada tierra adentro, encontrándose de sopetón con aquella desgracia. El anciano abrazó a Andresito a quien habían retirado a la fuerza del lado del cuerpo todavía moribundo de su padre.

Camilo ya no se movía, pero aún respiraba levemente.

Don Andrés se acercó a él y con solo mirarlo se dio cuenta de que estaba en agonía, pero no era la agonía física del cuerpo mutilado, sino la agonía de quien no acaba de hacer las paces con su propia conciencia. Y sintió una profunda pena por su pobre muchacho, y pensó, que tal vez esta lucha con su conciencia lo po-dría mantener vivo por muchas horas, que lo mejor se-ría llevarlo a Nueva Matanzas que quedaba a cuatro kilómetros de allí y ver si aun los médicos lo podían salvar.

Improvisaron una litera y cuatro hombres jóvenes y fuertes cargaron con el cuerpo rumbo a Nueva Ma-tanzas. Además de don Andrés, también le acompaña-ron tres mujeres y dos hombres más, quienes ayuda-rían a los cuatro que cargaban la litera cuando alguno de éstos se cansara.

Camilo había regresado de un largo rato de inconsciencia y oyó cuando su abuelo daba las instrucciones de llevarlo al hospital.

“Inútil empeño”, se dijo, “si pudiera les diría que no lo hicieran pues ya yo me estoy muriendo y no creo que logre llegar muy lejos”.

“¡Qué ironía!”, pensaba, “por varios años, cuando niño, tuve tanto temor a la muerte que nunca me imaginé que iba a estar tan tranquilo cuando ésta me llegara para enfrentarla cara a cara”.

No lo sabía con certeza, pero tal vez esa tranquilidad se debía a esa necesaria reconciliación con lo inevitable de la que le había hablado cuando niño su hermano Alfredo.

Por más que trataba de acordarse, no lograba traer a la memoria el momento preciso cuando dejó de preocuparse por la muerte. Solo se acordaba que de repente, ya no le importó mucho ese tema, dejó de ser interesante para él. Un buen día se dijo:

“Bueno, si todo el mundo se tiene que morir y no está en mis capacidades el poderlo evitar, por qué carajo tengo yo que preocuparme tanto por eso”.

Y allí acabó todo, sólo que no se acordaba si fue al cumplir los ocho o los nueve, se le había olvidado totalmente. Pero de lo que sí se acordaba perfectamente, era del día cuando le preguntó al abuelo Andrés qué era la vida. Que él recuerde, fue ésa la última gran pregunta de su infancia.

En esa ocasión, el abuelo lo miró y se sonrió.

El no entendió el por qué de la sonrisa del abuelo, pero a seguidas éste le respondió:

—Hijo, veo que por fin comenzaste a preocuparte por la vida, pero para saber de la vida hay que vivir la vida, y tú te empeñas ahora en conocer la vida sin todavía haber vivido.

Camilo lo miró suplicante, luego le dijo:

—Pero abuelo, tú has vivido mucho, sabes qué es la vida, anda, cuéntame, qué es la vida.

—Hijo —le respondió don Andrés—, tú no puedes conocer la vida a través de lo que yo te diga de mi vida. La vida es única e irrepetible; mi vida, tu vida, cada vida, es una experiencia individual única que no tiene una existencia predefinida, sino que se construye conforme se va viviendo. No hay, pues, una sola y única vida para todo el mundo, cada quien hace su propia vida, cada quien es constructor de sí mismo.

—Vamos, abuelo —insistió Camilo—, si ya tú viste algo, para qué tengo yo que vivirlo también, yo puedo aprender oyéndote contar lo que tú has vivido.

—Hijo, para aprender de la experiencia de otros se necesita no sólo disposición, sino también haber vivido un poco, haber tenido sus propias experiencias. Cuando se es muy joven, no se cree mucho en las vivencias de los demás, se piensa que esto o lo otro no tiene por qué pasarme a mí. Cada uno quiere experimentar lo propio, y esto es normal y también legítimo,

pues la vida de cada persona es en realidad un pequeño experimento particular, en donde posiblemente los resultados son muy parecidos, pero los caminos para llegar a ellos son siempre diferentes. Y esto es lo rico e interesante de vivir. Pero cuando ya se tienen los años que yo tengo y se ha vivido todo lo que yo he vivido, no hay necesidad y tal vez ni siquiera tiempo ni disposición para experimentarlo todo, aprendemos a darle valor a lo que otros han vivido, a lo que otros creen y piensan, pues nos damos cuenta que las huellas de los que van delante nos sirven para seguir más seguros nuestro propio camino, sin necesidad de tener que pisar siempre sobre esas mismas huellas. Y mientras más rápido aprendamos a aprender de los que nos preceden, más sabios nos volvemos y más posibilidades tenemos de cumplir nuestro ciclo natural y de llegar a viejos con la satisfacción de haber vivido a plenitud.

—Si abuelo, creo que entiendo eso, pero, ¿tú no crees que los que van delante podrían estar errados, podrían ir caminando hacia un precipicio? ¿Y qué pasaría entonces con los que van detrás?

—Tienes razón, es totalmente cierto, ¡eres muy inteligente, Camilo!, y esa inteligencia te lleva a veces a ser demasiado desconfiado. Pero no se trata de seguir ciegamente las huellas de los que van delante, sino todo lo contrario, hay que ir atento, alerta siempre para no caer en los mismos charcos y atascaderos en que pudieran caer los que nos anteceden.

—Está bien, abuelo, pero entonces, ¿cómo es que iré conociendo qué es la vida?— volvió a preguntar Camilo.

—Se aprende a golpes, a puros tropezones, cayendo y levantándote una y otra vez sobre tus propias huellas. Pero la vida es un soplo y en un abrir y cerrar de ojos, sin que te des cuenta, ya se terminó. Hay que tener cuidado y muchas veces suerte para que uno de esos golpes no te derribe definitivamente, siendo aún muy joven, porque entonces, ya no tendrás tiempo para aprender de tus propios errores y de los ajenos. Pero la mejor forma de aprender es preguntando.

—Bueno, abuelo, yo siempre pregunto mucho, pero creo que ya me estoy cansando de preguntar, porque a veces me parece que a algunos adultos no les gusta que les pregunten tanto.

—No hijo, no hay que cansarse de preguntar, porque son las expectativas del preguntar las que nos mantienen despiertos ante la vida; las preguntas nos abren las puertas del entendimiento. Si no preguntas nada tampoco podrás responder nada acerca de lo que llevas dentro, de lo que sientes y lo que piensas; te pasarás la vida respondiendo a lo que otros preguntan, pero eso no te permite ampliar tu mundo, romper los límites de tu propio entendimiento.

“¡Mi querido abuelo”, pensó Camilo al terminar su evocación de lo aprendido al lado del abuelo, “¡si supieras, a pesar de mi tozudez, cuánto me enseñaste

de la vida! ¡Lástima que no presté más atención a tus lecciones cuando tuve la oportunidad!”.

Trató de seguir pensando en cosas que el abuelo le había dicho durante su niñez y su juventud, pues sentía que eran un fresco remanso en su largo camino hacia la eternidad.

Recordó aquella noche sin luna junto a una hoguera en el patio de la casa cuando le pidió que le explicara de dónde venía todo.

—¿Cómo, todo? —le preguntó el abuelo.

—Sí, todo, la gente, las plantas, los animales, los dioses, los demonios, los espíritus, todo. ¿Quién los hizo, quién los trajo, quién los puso aquí?—, precisó Camilo.

—¡Ah, la pregunta por el origen!—, murmuró para sí don Andrés.

—Déjame ver cómo te lo explico para que lo entiendas fácilmente —continuó el abuelo.

Se detuvo un instante como buscando las palabras más simples para transmitir tal complejidad a una mente tan tierna. Levantó la vista y miró a lo profundo del firmamento, contempló las estrellas titilando en su apariencia aislada y estática, luego dirigió una mirada a su alrededor como si escudriñara en cada cosa el hilo conductor de lo que quería hacer inteligible a su nieto. De momento, su atención se fijó en el fuego que ardía en la fogata. Observó las miles de chispas incandescentes que se desprendían juguetonas de la hoguera y se es-

parcían traviesas en el espacio oscuro y misterioso de la noche. Dio una profunda bocanada a su pipa y dijo finalmente:

—Mira hijo, la pregunta por el origen, del mismo modo que la pregunta por el final, son las dos interrogantes que más han torturado la mente de los hombres a lo largo de toda su historia. Y es totalmente válido y entendible pensar que si las cosas tienen un final tengan también un comienzo. Las respuestas a la pregunta por el origen han sido diversas y disímiles, como diversos y disímiles son los hombres, los tiempos y las circunstancias. Pero lo importante no es la veracidad o falsedad de cada una de las respuestas y explicaciones que se ofrecen a esa interrogante. Lo importante es que ellas satisfagan la curiosidad por el vínculo de origen y continuidad que nos une con las demás cosas, al resto del universo. Unos han creído que todo: humanos, animales, cosas, ideas y fenómenos, son la obra maestra de un Gran Hacedor, de un ser o fuerza todopoderosa. Y viven y mueren tranquilos con esta explicación. Otros, por el contrario creen, que todos los seres y el resto de las cosas del mundo, incluyendo todo lo que pensamos sobre éste, son partículas desprendidas de un Alma Universal convulsa, de un todo en permanente actividad, como el fuego de esa hoguera que ves ahí. De esa alma universal provienen todas las cosas y a ella retornan más tarde o más temprano. Pero si te fijas bien, en ambas respuestas sigue pendiente la pregunta por el origen: ¿quién hizo

al Hacedor y quién creó al Alma Universal? Unos y otros tienden a concluir que ambos orígenes son causas de sí mismos y por ende, constituyen principio y final de toda la existencia. Yo, en lo particular, no creo que haya nadie que pueda dar una respuesta seria y concluyente a tal interrogante. Pero además, no creo que sea necesaria tal respuesta para ser feliz y vivir a plenitud.

¡De pronto!, Camilo se percató de que no era de sus recuerdos desde donde provenía la voz del abuelo, que no era él quien estaba pensando en lo dicho por su abuelo, sino la propia voz de éste que le acompañaba mientras se alejaba rumbo a su identidad universal. Se dio cuenta porque la voz del anciano se fue haciendo poco a poco menos y menos inteligible, hasta ir extinguiéndose inexorablemente, como cuando de niño, se iba quedando dormido mientras el abuelo le contaba uno de esos cuentos que tanto disfrutaba.

Y volvió a oírlo claramente por última vez cuando le dijo:

“No te preocupes hijo, hiciste lo correcto, trataste de vivir tu propia vida a través de tu propia conciencia y convicciones, y te equivocaste muchas veces, como todos, pero seguiste adelante tratando de aprender de tus propios aciertos y desaciertos, ¡eso es vivir, eso es la vida! Claro que a veces hay desaciertos que provocan la muerte, pero, ¡eso también es vivir!”.

Entonces ya no lo escuchó más, su conciencia se apagó y con ella también se apagó la voz del abuelo. Ahora, el lugar de la conciencia lo había ocupado un

estado de inconciencia total, una especie de sueño profundo del cual no se despertaría ya jamás.

Y fue allí, justo un instante antes de apagarse definitivamente su conciencia cuando apareció ella. Sí, era ella que venía hacia él, Rosario, su adorada Rosario, ¡al fin la encontraba! ¡Qué alegría, qué felicidad y qué suerte poder hacer con ella el viaje eterno de la eternidad! Ella, con su ancha sonrisa y sus grandes ojos verdes rebosantes de júbilo se le acercó diciéndole:

—¿Por qué tardaste tanto, mi amor, mi terco y adorado amor? ¡Me parece que he esperado un siglo tu llegada!

Él le respondió, también con una sonrisa a flor de labios:

—Es que se cansó mi caballo de tiempo, por eso llegué tarde.

Se fundieron en un eterno abrazo y en un solo ser comenzaron a descender por aquel agujero cristalino que él reconoció de inmediato. En efecto, era el mismo precipicio transparente de sus pesadillas de la infancia, en donde caía y caía sin dejar de caer, sin llegar nunca hasta el final. Sólo que esta vez no sentía ningún temor, ni tampoco sentía deseos de escapar. Y ahora, por fin entendía por qué nunca llegaba hasta el final de aquel inmenso vacío inexistencial. Era, porque en realidad no había tal final. Se dio cuenta, que simplemente su ser espectral unido al de su amada se desvanecía en la nada transparente de aquella totalizante e ininteligible oquedad sin espacio ni tiempo.



Luego de haber recorrido más de dos kilómetros llevando la pesada litera por aquel camino polvoriento, don Andrés ordenó detener la marcha diciendo:

—¡Ya no tiene caso que sigamos, Camilo está muerto!

Bajaron la litera, luego, una de las mujeres puso su mano derecha sobre el pecho del herido y exclamó casi de inmediato:

—¡Es cierto, se nos fue, todavía está tibio, parece que acaba de expirar!

Al contemplarlo, don Andrés descubrió una leve sonrisa dibujada en sus labios entreabiertos y se dijo para sí:

“Después de todo, hijo mío, conseguiste al fin reconciliarte con lo inevitable, lograste hacer la paz con tu conciencia, que es lo mismo que hacer la paz con Dios.”

SEGUNDA PARTE

LA EXPULSIÓN DE LA VÍBORA

—IX—

LA indiferencia y el distanciamiento entre Fulgencio y Lucrecia eran cada día más profundos. Ella seguía con sus viajes y sus visitas de señoritos y damas encopetadas de Santiago y la Capital y él se dedicaba por entero a sus tierras, animales, almacenes y otros negocios. Hasta sus oídos habían llegado los rumores sobre los excesos y amoríos de su mujer, pero aunque le disgustaba, lo cierto es que nada de lo que ella hiciera o dejara de hacer a él le tocaba el sentimiento. Sencillamente, la ignoraba y la dejaba que gastara a manos llenas buena parte del dinero que él producía.



Aquella noche, sin embargo, todo habría de cambiar entre Lucrecia y Fulgencio. Él llegó devastado con el cuerpo exánime de su hija atravesado en su caballo. La bajó sin decir palabra del noble animal ayudado por dos de sus peones que le salieron al encuentro al verlo

llegar. Lucrecia estaba en la terraza departiendo con dos amigas de la capital que la visitaban desde hacía tres días y se acercó al oír el movimiento que hacían los hombres al entrar a la casa el cadáver de Rosario. Al ver aquello, la mujer se puso frenética y fuera de sí le gritó a Fulgencio que no quería a esa muerta en su casa, que se la llevara de inmediato de allí, que la velara en una de las casas que tenían en el pueblo o donde fuera, pero que ella no aceptaba un cadáver en su hogar y mucho menos en esos momentos, cuando tenía dos personas queridas de visita. Fulgencio la miró de arriba abajo furibundo, de momento pensó en romperle la cara por aquella vileza, pero se contuvo, pensó mejor en que aquella era una excelente oportunidad para acabar de una vez y para siempre con aquella afrenta. Terminó de colocar a la difunta en la cama intacta del cuarto clausurado que ésta había dejado al marcharse con Camilo ocho años atrás y luego enfrentó a Lucrecia que seguía histérica gritándole que se llevara de allí a la muerta.

—¡Eres el ser más despreciable, desconsiderado e insensible que jamás he conocido! —le dijo con voz firme Fulgencio, y prosiguió—, pero la que se va a ir ahora mismo de esta casa eres tú y tus mequetrefes invitadas.

Dicho ésto, entró al cuarto de la mujer, envolvió como si estuviera armando un gigantesco andullo su ropa y la arrojó al patio. Luego, enganchó a un caballo una vieja carreta y la subió a empujones junto a sus dos amigas capitaleñas. Por orden suya, un trabajador de la

hacienda la llevó esa misma noche a Nueva Matanzas. Antes de que se alejara le gritó:

—¡Si vuelves por acá lo vas a lamentar, mañana te hago llegar el resto de tus cosas, ah, y en un par de días te visitará mi abogado para entregarte los títulos de las propiedades que te corresponden!



Lucrecia tomó tranquilamente su patrimonio y siguió sin inmutarse su acostumbrado modo de vida. Viajes, fiestas, amores y diversiones. ¡Pero, si no se manejan con prudencia, la dicha y la fortuna nunca perduran! Y Lucrecia comenzó muy pronto a ver cómo sus posibilidades de viajes, compras y diversiones se iban reduciendo con cada día que pasaba. Y como solía decirle a veces Fulgencio:

“Para que unos puedan viajar y consumir, otros tienen que quedarse en casa y producir, carajo, que la riqueza no llueve del cielo”.

Ella odiaba cuando él le decía esto, porque entendía, que no era cuestión de necesidad, sino de buen gusto, de refinamiento, de roce social, algo que desde luego, su tosco marido no tenía. Lo perdonaba al fin, decía, porque al menos había tenido un chispazo de buen gusto al fijarse en ella.

Cuando el dinero comenzó a faltarle, no vaciló en empezar a vender las propiedades que tenía. Primero le tocó el turno a las dos casas de Nueva Matanzas que le había traspasado Fulgencio al dividir las propiedades. Después, vendió la finca que le tocó en Estero Viejo, porque decía que total, a ese cochino campo ella ya no tenía nada que ir a buscar. Lo que nunca supo ni tampoco le interesó averiguar fue que quien compró las casas y la finca de su propiedad fue el propio Fulgencio Romero.

Rosalío, el fiel amo de llaves, peluquero, maquillista e intérprete personal de Lucrecia, tuvo que tomar rum-

bo propio y montar tienda aparte, porque ella no podía pagarle el sueldo y los gastos que implicaba tenerlo como empleado. El ya lo tenía pensado y así lo hizo, invirtió todos sus ahorros en un negocio de peluquería que instaló en Nueva Matanzas, a pesar de su rechazo a la aburrida vida pueblerina. Y es que, por alguna cadena causal invisible que nunca percibió, él estaba llamado a ser parte del acto final del drama de Fulgencio Romero y su familia.

Un buen día, Lucrecia se encontró con que lo único que le quedaba eran sus joyas, de las cuales había jurado nunca desprenderse y la hermosa casa de Santiago donde residía. Para poder seguir consumiendo y viajando, decidió vender esa casa, porque total, dijo, yo vivo sola, para qué quiero una casa tan grande. Se compró una casa más pequeña y el resto del dinero sencillamente lo hizo fiesta. Aquel viaje inexorable hacia la indigencia era como un deslizamiento incontenible por una empinada pendiente arcillosa después de la llovizna. Finalmente, un día, cuando ya no tenía propiedad alguna que vender, cerró los ojos y vendió todas sus joyas. Esa vez realizó su último viaje a Miami. Compró todo lo que pudo, vestidos, cosméticos e incluso nuevas joyas y regalos. Regresó al país y pretendió que nada estaba pasando. Pero la gresera realidad se encargó de mostrar su grotesco rostro, recordándole, que cuando unos viajan y consumen, otros tienen que quedarse en casa y producir, pero como ahora nadie hacía esto último, la rueda del ciclo se había detenido. De la casita en ruinas, seis meses después, la sacaron

alcoholizada y con musgo en la piel y en los párpados sus dos hijas que a duras penas lograron reconocerla. Estaba hecha una anciana, en esos seis meses había envejecido 18 años. Al verse sin dinero para comprar



joyas, ropa y maquillaje, su vida se desmoronó. Con la mayor tranquilidad del mundo y sin ningún remordimiento de conciencia, las hijas, que crecieron internas en un colegio católico de Santiago, la dejaron en un asilo de ancianos, en donde la soledad y la nostalgia se encargaron de ajustarle sus últimas cuentas justo el mismo día en que cumplía un año de internamiento en aquel hospicio.

TERCERA PARTE

ESCAPE A LA OSCURIDAD

—X—

LA hacienda de Fulgencio Romero quedaba como un kilómetro después del caserío de Estero Viejo, y fue precisamente ése el primer lugar al que se dirigió Olegario Ramírez en busca de trabajo, atraído por los comentarios que había recogido en el pueblo sobre las posibilidades de emplearse como jornalero en las propiedades del viejo patriarca terrateniente y ganadero. Olegario llegó aquella mañana de domingo hasta la casa de Fulgencio Romero pidiendo hablar con el propietario de la hacienda. Cuando estuvo frente a éste se presentó y le dijo, con su cabeza agachada y el sombrero de paja hundido hasta los ojos, que andaba buscando trabajo, que si lo podría contratar.



Don Fulgencio lo examinó rápidamente de arriba abajo, trató en vano de encontrar sus ojos para descubrir en su brillo el temple del hombre que tenía al frente, luego le dijo sin titubeos:

—Mire amigo, váyase por donde vino, que yo no contrato hombres que agachan la cabeza y no me miran de frente y a la cara cuando me hablan o cuando les

hablo, mi hacienda es muy grande y hay muchas cosas que ver en ella, su mirada en cambio es muy corta, no va más allá del espacio que hay entre sus dos piernas. Yo necesito hombres que vean desde lejos y a lo lejos; hombres que puedan escudriñar rápido los peligros de los desfiladeros, de los pantanos y de las aguas crecidas de los ríos para que ninguna de mis reses o mis caballos pueda caer en ellos y malograrse.

Ni siquiera en ese momento levantó Olegario Ramírez su cabeza, una vez sintió el silencio concluyente de don Fulgencio Romero, dio media vuelta y sin despedirse ni decir media palabra se alejó por el mismo camino polvoriento por el que había llegado.

“Y ahora, ¿qué hago?, en este campo no conozco a nadie y parece que la gente es muy huraña y poco amigable. ¡Qué vaina, tanto que necesito trabajar!”, se decía apesadumbrado Olegario.

Luego de avanzar un poco en dirección al caserío, se desvió hacia la playa y se sentó frente al mar a pensar un rato en su situación y en los pasos a seguir, mientras descansaba de la larga caminata. Allí estaba sentado, pelando un coco seco, dispuesto a merendar, cuando vio a aquel hombre blanco, flaco, barbudo y de pelo largo que le pasó muy cerca, se quitó tranquilamente toda la ropa y se lanzó al mar como Dios lo trajo al mundo. Él lo observó, pero no le dio mayor importancia, hasta que se dio cuenta de que nadaba y nadaba mar adentro, hacia lo profundo, más allá de donde reventaban las gigantescas olas azules, entonces se inquietó.

“¿Quién será ese hombre y por qué se mete tan profundo?, de seguro se va a ahogar si alguien no va a socorrerlo”, se preguntó, ahora sí, visiblemente preocupado.

Esperó un poco más, pero al ver que el hombre apenas si se divisaba se decidió a entrar en acción. Ya se disponía a quitarse la ropa y lanzarse al mar en su auxilio cuando de detrás de él una voz notablemente amanerada lo detuvo diciéndole:

—No te preocupes, amigo, ese hombre es casi un nadador profesional, no hay nadie en toda la región que nade como él, no hay ningún riesgo de que se vaya a ahogar, el único peligro es que encuentre un peje malo y hambriento que le corte una pierna o ya tú sabes qué al muy infeliz, pero por lo demás, ya tú verás como regresa fresquito, vivito y coleando.

—¡Que alivio! —exclamó Olegario mientras respiraba profundo—, por un momento pensé que si alguien no lo auxiliaba se ahogaría.

—Qué va, eso lo hace por lo menos dos veces al día, desde que tiene mucho calor se encuera completamente el muy bribón y nada como lo que es, un loco de remate.

—¿Y quién es ese hombre?, porque por su aspecto no me parece que sea de por aquí —preguntó Olegario.

—No, no, te equivocas de medio a medio, amigo, ese es más de aquí que tú y que yo, es el mayor de los hijos de don Fulgencio Romero, solo que ese mucha-

cho ha vivido mucho tiempo fuera de Estero Viejo, pero se enfermó por allá en Canadá donde se encontraba estudiando, yo no sé exactamente qué pasó, pero se le fundió el coco y lo tuvieron que traer. Dicen algunas malas lenguas que fue de tanto estudiar cosas raras y complicadas, pero otros creen que fue el frío el que lo trastornó, porque dicen que en ese país hace un frío del carajo y que este muchacho no se cuidó, que no se abrigaba bien y algo en su cabeza se enfrió demasiado y se tostó, o sea, se volvió loco, bueno, eso es lo que dicen, aunque hay quienes creen que pudieron ser las dos cosas, que entre ese estudio tan fuerte de cosas complicadísimas y el frío de ese país que en el invierno dicen que congela hasta las palabras lo reventaron, el pobre muchacho no lo aguantó, ¡con lo buen mozo que era!, ¡qué injusticia y qué desperdicio! Pero aquí entre nos, amigo —continuó el hombre—, la verdad, verdad la saben muy pocos en la familia, sólo dos o tres personas a lo sumo, y yo, que me enteré por la confianza que me tiene mi jefa, la madrastra del muchacho.

El hombre tomó un poco de aire y continuó hablando ante la mirada perpleja de Olegario Ramírez.

—Dicen que le salió el Diablo convertido en mujer y que a partir de allí se volvió loco, loco de remate. Olegario abrió los ojos y la boca visiblemente impresionado por lo que oía y preguntó:

—Y eso, ¿cómo saben que le salió el Diablo, alguien lo vio?

—No, nadie vio al Diablo —respondió el hombre—, lo saben porque se lo contó a Don Fulgencio el Sanjuanero, uno de los amigos del muchacho que estaba con él en el burdel cuando pasó todo y que fue quien lo trajo de vuelta al país.

Y prosiguió:

—Él contó, que lo vieron irse con una mujer guapísima que lo hipnotizó desde el momento en que la vio.

—¿Y dónde se fueron? —preguntó Olegario.

—Tú sabes, a eso, a acostarse en uno de los cuartos del burdel aquel, no me hagas reír, muchacho, ¿es que tú eres bruto o es que te haces? Pero dicen que después de un largo rato él salió en *shock* de la habitación, temblando y totalmente fuera de este mundo y que lo único que decía una y otra vez eran dos palabras o un nombre de dos palabras, yo no sé. Por dos semanas completas fue lo único que repitió y repitió, pero esas palabras sólo se las dijeron a don Fulgencio y él no ha querido nunca comunicárselas a nadie más, bueno, a casi nadie más, porque según se supo, se las contó a un viejo amigo suyo de este lugar a quien acudió en busca de consejo. Cuentan, que a partir de esas dos palabras don Fulgencio hizo su propia averiguación, pues los médicos de Canadá que lo atendieron al inicio dijeron que en esas dos palabras podía estar la clave de lo que realmente había pasado. Se cree que a partir de esas dos palabras don Fulgencio llegó a descubrir toda la verdad de lo que pasó, pero él no ha querido divulgar

ese secreto. A la mujer no se le vio salir del cuarto y tampoco supieron de ella hasta que apareció muerta el día después. Lo que la gente cree es que el Demonio en persona la utilizó para seducir al muchacho, que se metió en ella, hizo su maldad y luego la arrojó de un puente para que se matara, la pobre desdichada. Pero todo el mundo está convencido de que eso fue un castigo divino impuesto al muchacho por andar fornicando por ahí, cosa que está terminantemente prohibida por las leyes de Dios y de la Iglesia y más tratándose de un estudiante de sacerdocio, un hombre ya predestinado a servir al Señor. Porque debes saber, que él estaba estudiando para cura en un seminario cuando pasó todo aquello.

El hombre hablaba y hablaba y Olegario lo escuchaba con su cabeza agachada y su sombrero metido casi hasta los ojos, esperando el momento oportuno para preguntar algo, o más bien, esperando que el hombre le diera la oportunidad de decir algo.

—Tú no te imaginas cómo sufrió el papá con la tragedia de ese hijo —continuó, estilizando aun más su voz grave y melosa—, y no es para menos, figúrate que uno de sus más grandes sueños era verlo investido de sacerdote y solo a la mitad de la carrera, rián, al muchacho viene y se le trastorna la cabeza. Cuando le avisaron lo sucedido, don Fulgencio se afectó tanto que volvió a beber, cosa que dicen no hacía desde su juventud, después lo dejó, pero duró más de un mes que venía del pueblo casi todos los días agarrado del pes-

cuezo del caballo para no caerse, borracho como una uva, que no se le entendía lo que hablaba, y podía llegar a la casa solo porque el caballo ya conocía el camino y lo traía, si no, el pobre hombre no hubiera podido nunca regresar solo. En el bar de Nueva Matanzas donde se metía a beber todas las tardes ya no lo aguantaban con la misma cantaleta sobre el hijo, que iniciaba desde que se bajaba los dos primeros tragos y no paraba jamás, decía que su hijo era el más obediente de todos los hijos, que era el hombre más inteligente de toda la tierra, que sabía hasta lo que no se había descubierto todavía y que lo que nadie había pensado ni dicho ya él lo sabía, que era un sacerdote aunque todavía no se había ordenado oficialmente, que ahora estaba medio enfermo pero que se iba a poner bien muy pronto para continuar sus estudios y graduarse y que iba a llegar a ser Párroco, luego Obispo, después Cardenal y finalmente Papa, el primer Papa dominicano, sí señor, que lo supieran todos. En ese estado deplorable lo encaramaban a su caballo como a las ocho de la noche y lo ponían en camino hacia Estero Viejo. La gente le tenía lástima, ese pobre hombre tan rico, multimillonario, que lo tiene todo, bueno, casi todo, a lo que ha llegado, se lamentaban, nadie lo podía creer ni entender.

Olegario aprovechó una pausa que el hombre hizo para tomar aire y pudo preguntar:

—¿Bueno, y tú cómo demonios sabes todo eso, amigo?

El hombre sonrió altaneramente y dijo, extendiéndole suavemente su mano derecha:

—Ay, perdona, ¡qué descortesía!, no me presenté, yo soy Rosalío, trabajo desde hace cinco años con la familia Romero, bueno, la verdad es que trabajo para Doña Lucrecia, la esposa de don Fulgencio, digamos que yo soy su asistente personal, soy su peluquero, maquillista, manicurista, soy su intérprete y acompañante en sus viajes a Santiago, la Capital, Miami, New York, *'wherever'*.

—Bueno —continuó hablando sin tregua Rosalío—, como habrás podido notar por mi hablar y mi vocabulario abundante y *sofisticated*, yo no soy de este lugar, aquí entre nos, estos campesinos cibaños no saben hablar, yo nací en San Pedro de Macorís, pero me crié en la Capital, entre gente muy fina y educada, mis abuelos llegaron de Jamaica y ellos siempre quisieron que yo conservara su lengua materna, por eso me enseñaron el inglés desde muy pequeño, eso fue precisamente lo que deslumbró a doña Lucrecia cuando me conoció, porque yo podía servirle de traductor en sus viajes al extranjero, donde sólo se habla en inglés. Yo trabajaba como estilista en un salón de belleza para señoras ricas en Gazcue, en la Capital, y doña Lucrecia iba allí por lo menos una vez al mes, a acicalarse antes de salir de viaje, en una ocasión me oyó conversando en inglés muy animado con una señora americana que frecuentaba el salón y quedó fascinada, desde ese momento se prendó de mí y no me pierde ni pie ni pisada, me lleva a todas partes, se ha acostumbrado tanto a mí que se vuelve un verdadero tolo cuando yo no estoy a su lado para ayudarla. ¡Ay, muchacho!, yo hablo mucho, espe-

ro que me puedas perdonar, los chicos de la hacienda me dicen por eso el 'Cotorro', pero yo soy así, siempre alegre, parlanchín y amigable con todo el mundo.

—Cuéntame una cosa, Rosalío, o Cotorro, como quiera que te llames —alcanzó a decir Olegario, aprovechando una pequeñísima pausa del hombre—, este don Fulgencio, ¿es siempre tan cascarrabias con todo el mundo o fue que yo le caí mal a primera vista?

—No, no, qué va, muchacho, don Fulgencio es un alma de Dios, él le da trabajo a todo el mundo, eso sí, él es muy estricto y muy directo para decir las cosas y tampoco le gusta que le anden con rodeos. Cuando yo llegué aquí no le caí muy bien, tú sabes, uno es como es y a algunos hombres no les gusta eso, son tan ridículos e inseguros de sí mismos que creen que eso se contagia por la piel, además, decía que yo no era mas que el alcahuete de doña Lucrecia, pero mi jefa lo paró en seco y lo puso en su puesto, le dijo que yo me quedaba porque ella así lo quería y además, que me necesitaba porque le era de gran ayuda para sus viajes, después llegaron a un arreglo para que yo no hiciera mucho asomo cuando él anduviera por la casa, por lo demás, le dijo, haz lo que te dé la gana con el pajarraco ése. A pesar de esa grosería yo no le guardo ningún rencor y ya se ha acostumbrado a mí, cuando está de buen humor hasta me hace alguna broma, como el otro día que se quedó mirándome fijamente y me dijo, “oye, Cotorro, te estás engordando mucho, estás perdiendo las líneas, te vas a tener que poner a hacer dieta y ejercicios, de lo

contrario, no vas a levantar nada con estos muchachos de la hacienda”, y se echó a reír a carcajadas, yo le seguí la corriente y sonreí, pero no comenté nada. Lo que pasó contigo, ¡ah, todavía no me has dicho tu nombre!, ahora eres tú el descortés.

—Olegario, Olegario Ramírez—, dijo el otro.

—¡Olegario!, uy, ¡qué nombre más grotesco!, qué mal gusto tuvieron tus padres, apuesto a que fuiste un hijo no deseado o por lo menos inoportuno y por eso se ensañaron contigo los que te trajeron al mundo poniéndote ese horrible nombre. Si me permites, de ahora en adelante yo te voy a llamar Oleg, como un amigo polaco que conocí en Miami hace un par de años.

Al oír la opinión de Rosalío sobre su nombre Olegario se echó a reír a carcajadas. Rosalío le preguntó intrigado por qué se reía.

—Me río, porque encuentro muy divertido que seas tú, con ese nombre equivocado, quien me diga que el mío es feo. ¿Es que también fuiste un engendro no deseado?

—Nada de eso amigo, todo lo contrario, yo fui una criatura muy deseada por mis padres, lo que pasa es que mi madre ansiaba y esperaba tener una niña, para la cual ya había elegido el nombre de Rosalía, pero como nació yo, entonces decidió ponerme Rosalío.

El hombre hizo una pausa intencional como para ver si Olegario iba a agregar algo más, pero al ver que éste guardó silencio volvió a la carga:

—Pues bien, amigo Oleg, volviendo al tema, lo que pasó contigo, fue que lo agarraste mal confesado, el hombre acababa de tener un pleito de apaga y vamos con su otro hijo, Enrique, el Vagabundo como le dicen todos por acá. ¡Ay, tan buen mozo que es ese chico!—suspiró Rosalío—, porque ese cuando viene es a arrasar, se lleva todo lo que encuentra a su paso, dinero, animales, joyas, obras de arte, todo, y aunque muchas veces don Fulgencio se hace de la vista gorda, dice que ya está cansando, porque este canalla no cambia, figúrate que ya va para veintiocho años y no sienta cabeza, solo aguardiente, mujeres, tabernas, todos los vicios del mundo los tiene encima, con decirte que ya debe tener como quince hijos regados por ahí, y cada rato viene una muchacha diferente con un mocoso a cuesta diciéndole a don Fulgencio que ese es su nieto, hijo de Enrique, pero que él no le da nada para mantenerlo, que la ayude, entonces el señor está hastiado de tanta vagabundería de este hijo y se ha puesto furioso y se le ha plantado, le dijo que no le volviera por acá, que se muriera si quería, o que volviera únicamente cuando estuviera dispuesto a ser un hombre serio, que era tiempo ya de que madurara y pensara en hacer algo útil con su inútil vida y es más, que se librara de verlo otra vez por la hacienda porque le iba a entrar a escopetazos limpios. ¡Pobre don Fulgencio!, y es que han sido golpes tras golpes, primero fue el que perdió el juicio, ese mismo que viste entrar al mar, luego el Vagabundo, ese mujeriego y jugador, que no sabe qué hacer con su vida y que no para de hacerle pasar malos ratos como el de

esta mañana. Por último, la hija, su adoración, la niña mimada de toda su vida, se metió con un campesino que apenas gana para comer, que nunca saldrá de pobre ni llegará a nada porque no tiene ni con qué caerse muerto el pobre diablo, mas que un conuquito donde cosecha apenas lo necesario para no morir de hambre.

Don Fulgencio quería que ella estudiara, que fuera maestra o que por lo menos se casara con alguien de buena familia. Pero no, esa niña tonta y rebelde insistió en que el amor es ciego como una noche sin estrellas, que es natural como el agua fresca de los arroyos y los manantiales, que corre desnudo bajo la Luna, que viaja en nubes de algodón sobre las copas de los árboles confundido con los pajarillos juguetones del atardecer y se alimenta de sueños y poesía. Que no necesitaba ni riqueza ni profesión ni ciencia para realizar su amor y alcanzar la felicidad. Eso le dijo al padre unos días antes de fugarse con su novio a vivir en un pobre ranchito de tablas de palma y techo de pencas de coco que él mismo construyó en un pedacito de terreno que le regaló su abuelo, y entonces, don Fulgencio la desheredó. Por eso fue que doña Lucrecia decidió que sus dos hijas no vivirían con ellos en el campo y desde muy pequeñas las internó en un colegio católico en Santiago. Ella dice que la única forma de evitar que sus hijas terminen metiéndose con un campesino ignorante es no viviendo en el campo, es haciendo que odien el campo, por eso esas chicas, cuando suelen venir acá, porque casi siempre viajan al extranjero o a otra ciudad, sólo permanecen por unos días, después se van a una de las

casas del pueblo donde terminan de pasar las vacaciones y luego regresan a su internado en Santiago.

Olegario se quedó pensando y luego preguntó:

—Pero, esas hijas de doña Lucrecia, ¿son también hijas de don Fulgencio, o no? Y si son sus hijas, ¿cómo es que deja que sea la esposa la que decida a su antojo qué hacer y cómo hacer respecto a ellas?

—Bueno, amigo Oleg, aquí entre nos, porque a mí no me gusta el chisme para nada, lo que parece es que don Fulgencio no siente mucho amor por esas niñas, porque según se dice por ahí ninguna de las dos es realmente hija suya, tú sabes, parece que son, digámoslo así para no ser grosero ni ofender a mi jefa, vástagos inoportunos de algunas pequeñas veleidades clandestinas de doña Lucrecia y esto parece que lo sabe muy bien don Fulgencio.

Olegario volvió a preguntar intrigado:

—Pero yo no entiendo nada, Rosalío, si ese señor sabe que la mujer lo engaña con otros hombres, ¿cómo es que todavía vive con ella, por qué no la echa de su lado y se busca otra o se queda solo?

—Yo tampoco lo entiendo, querido, yo tampoco, puede ser que don Fulgencio sienta miedo de quedarse sólo, en vista de que ya prácticamente no tiene a sus primeros hijos con él, o que tal vez esté esperando que las otras dos niñas crezcan, ¡qué se yo!, sencillamente creo que a veces estas cosas se dan y no necesariamente tienen una explicación entendible, concluyó Rosalío evadiendo hablar más del asunto.

Olegario levantó la cabeza para decir algo y el sombrero se le fue un poco para atrás, dejando al descubierto casi la totalidad de su rostro. Rosalío se llevó la mano derecha a la boca al tiempo que exclamaba:

—¡Oh cielos, qué ojos tan divinos tienes, amigo Oleg!, no entiendo por qué los llevas siempre ocultos tras ese horrible sombrero de paja. Pero, ¡espera un momento!, espera muchacho, esos ojos yo los he visto en otra parte, en otro rostro, sí, sí, claro, ya sé, son los mismos ojos de...

En ese preciso momento se aproximaba uno de los criados de la casa llamándolo a todo pulmón:

—Rosalío, Rosalío, la patrona te necesita aquí de inmediato.

El hombre soltó un grito de espanto y salió corriendo con gran desparpajo rumbo a la casa de don Fulgencio.

“¡Ay Dios santo, hoy me mata la ama Lucrecia! Eso me pasa por andar de parlanchín, cotorreando sobre lo que no me importa. Amigo Oleg, perdona que te deje con la conversación en la boca, gritaba sin mirar siquiera para atrás. No te pierdas, vuelve otro día a hablar con don Fulgencio, tal vez tienes mejor suerte y no lo encuentras de tan malas pulgas como hoy y a lo mejor te da trabajo —dijo por último, cuando ya Olegario casi ni podía escuchar lo que decía.

Olegario respiró profundo, “¡qué alivio!”, se dijo, “qué tipo que habla, con razón le dicen el Cotorro, la

verdad me senté aquí para pensar un poco en mi situación y decidir qué hacer y terminé pensando no en mí sino ese don Fulgencio y su familia, pero, ¿qué coño me deben importar a mí los problemas de ese ricachón insensible?, yo tengo mis propios problemas ¡Qué cosa!, las vainas de la vida, ese tipo tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él y a la vez tantos problemas que el dinero no le puede resolver que hasta da lástima, y yo que sólo ando en busca de un poquito para resolver mi problema y no puedo encontrar dónde ganármelo, pero bien, parece que así es este mundo de complicado y caprichoso, qué le vamos a hacer”, pensaba mientras se levantaba para seguir su camino rumbo al caserío en pos de mejor suerte.

Ya no había rastro alguno del nadador, ni en el mar, ni en la playa, “¿dónde se habrá metido?”, se preguntó Olegario. Miró a su alrededor y no vio su ropa, por lo que concluyó que había salido mientras él conversaba con Rosalío, o más bien, mientras Rosalío lo acribillaba con su retahíla de chismes de Fulgencio Romero y su familia.

—XI—

Fulgencio Romero era uno de los hombres más ricos de toda la región, poseía una inmensa cantidad de tierra y de ganado vacuno, de cerdos, caballos y aves de corral. Tenía grandes plantaciones de arroz, coco y plátano y aunque prefería vivir con su familia en el cam-

po, tenía también en la ciudad varias casas y uno de los almacenes de compra y venta de herramientas y productos agrícolas más grandes de todo el Cibao.

Cuando llegó a Nueva Matanzas, adquirió con el escaso dinero que tenía un pequeño establecimiento para la compra y venta de productos agrícolas. En poco tiempo se enriqueció, descubrió que la operación más rentable era la compra de productos a la flor, que consistía en avanzarle dinero a los campesinos para que estos le pagaran con la cosecha.

Pero lo más ventajoso del negocio no estaba en que el agricultor le pagara con creces la suma prestada al cosechar, sino más bien, en que no pudiera pagarle, porque así, Fulgencio hacía uso de una cláusula final del contrato de venta a la flor que decía que si el deudor no le pagaba en el tiempo convenido, la tierra respondía, lo que significaba que aquel se veía obligado a cederle, dependiendo del monto adeudado, parte o la totalidad de sus terrenos para resarcir la deuda.

De este modo, Fulgencio se fue posesionando de las mejores tierras de Nueva Matanzas, convirtiéndose en uno de los hacendados más poderosos del Nordeste.

Así quedaron también en sus manos las tierras de Andrés Guerrero y su familia.

Andrés llegó hasta la casa de Fulgencio aquella mañana desolada de agosto después del paso del terrible huracán que había devastado todo el litoral norte y nordeste del país y en donde murieron los padres de Camilo, Emilio Guerrero y su esposa Amalia.

Andrés necesitaba dinero urgentemente, en medio de su casa semi—destruida había dos cadáveres a los cuales debía dar cristiana sepultura y además, tenía que reparar de inmediato algunos de los daños más severos de su casa y hacienda, así como preparar de nuevo sus terrenos para volver a cultivar.

Fulgencio lo escuchó tranquilamente y luego, cuando hubo terminado le dijo:

—Tú sabes, Andrés, cómo son las reglas del negocio, yo te presto todo el dinero que quieras, pero como comprenderás, negocio es negocio y esto no se mezcla con la amistad, en estos momentos tus cosechas están anegadas y lo más probable es que se pierdan, sólo te queda la tierra, ponla a responder, yo te doy un año para que siembres de nuevo y me pagues, pero si la cosecha se te pierde otra vez y no puedes pagarme, la tierra es mía.

Andrés no tenía alternativa, desde luego, él conocía muy bien a Fulgencio, sabía que las sumas que prestaba estaban siempre muy por debajo de lo que costaba la tierra que aceptaba en garantía, sabía también que éste era implacable cuando se trataba de la recuperación de su dinero.

Firmaron el acuerdo y Andrés se marchó con el dinero en sus bolsillos y dispuesto a trabajar duro ese año para pagar la deuda contraída con Fulgencio y liberar así la hipoteca de sus tierras.

Ese año todo había marchado de maravilla, lluvia, sol y viento habían hecho un equilibrio poco frecuente

y se vislumbraban cosechas excelentes. Andrés había decidido jugarse su suerte con sólo tres cultivos, plátanos, arroz y habichuelas.

“Si todo sigue así y si con el arroz y los plátanos me va tan bien como me está yendo con las habichuelas”, pensaba, “podré sin ningún problema pagarle a Fulgencio e incluso financiar la siguiente cosecha”.

Pero, como él mismo usaba decir:

“Las cadenas del devenir subyacen ocultas tras el velo de nuestra ignorancia y por más que tratamos sólo alcanzamos a develar y controlar algunos de sus eslabones, en cuanto al resto, sólo podemos conformarnos con jugar un billete de lotería con la esperanza de sacárnoslo”.

Y así aconteció, una semana ininterrumpida de lluvias intensas, que no estaban en el calendario previsible de Andrés, fue suficiente para impedir la recogida de las habichuelas y para que la cosecha se perdiera casi en su totalidad. Dos meses después, una inundación anegó de nuevo las ciénagas cultivadas de arroz cuando ya era tiempo de cortar la plantación de grandes espigas doradas.

Andrés Guerrero abrió los brazos al cielo y exclamó en un grito de desesperanza y desolación:

“¡Oh vida sin sentido ni esperanza, qué cansado me encuentro en este instante y qué hastiado de andar buscando a tientas un hálito de luz en medio de la oscuridad, en medio de este terrible abandono en el desierto de nuestra finitud. Porque estamos solos, cami-

namos ciegos en la oscuridad de nuestra libertad encadenada a un sueño de cristal, a una quimera de felicidad alucinante, a la deriva en el océano convulso de nuestra efímera aventura temporal!”

Dolores, su mujer, le reprochó duramente esta blasfemia:

—¡No hables así, Andrés, que tú eres un hombre de fe y sabes muy bien que no estamos solos, que en este mundo nada sucede sin la intervención del Supremo Creador!

—¡Mira mujer, no me vengas a estas alturas con semejantes pendejadas! —le respondió molesto Andrés—, sólo en mentes tan limitadas como la tuya puede haber que algún Dios, si lo hubiere, esté siempre moviendo los hilos de todo lo bueno y lo malo que le acontece a todas y cada una de las personas que habitan el planeta. Si nada pasa sin que él intervenga, si es él quien siempre decide lo que nos pasa o no nos pasa, entonces, ¿qué carajo estamos haciendo nosotros aquí, para qué diablos pensamos y tomamos decisiones si no sirven de nada, si no podemos responder por sus consecuencias buenas o malas?

Dolores bajó la cabeza y continuó desgranando la batea de gandules que tenía ante sí.

Ese año, la cosecha de plátanos fue saludable y abundante, pero las deudas contraídas eran muchas y el dinero no alcanzó más que para saldar una tercera parte del préstamo de Fulgencio Romero.

Las mejores tierras de Andrés Guerrero quedaron sin más en manos de Fulgencio Romero, quien se negó rotundamente a concederle un nuevo plazo para saldar su deuda. Allí quedó también sepultada para siempre la amistad que existía desde hacía varios años entre los dos.

—XII—

Su nombre de pila era Francisco, pero desde muy niño su familia le había puesto el apodo de Frank, razón por la cual muy pocas personas le llamaban por su verdadero nombre. Por su costumbre de decir sermones en parques y plazas públicas, la gente de Nueva Matanzas le había encajado últimamente el sobre nombre de El Padre Loco.

Frank era el primero de los hijos de Fulgencio Romero, fruto extemporáneo e indeseado de un breve matrimonio del joven Fulgencio. Un matrimonio tan efímero como el rojo palideciente del crepúsculo; tan fugaz, como lluvia de verano bajo un ardiente sol de media tarde, que no pasó del alboroto familiar y de las apariencias pudorosas del prejuicio de la maternidad fuera de los sagrados lazos conyugales.

En ese momento, Fulgencio era un joven muy entrado en los veinte, pero desorientado e irresponsable. Y aunque pertenecía a una familia trabajadora, de buenas costumbres y económicamente acomodada, éste no sabía aún hacia dónde encaminar sus pasos por la

vida. En Santiago de los Caballeros, donde creció, Fulgencio llevaba una vida bohemia y despreocupada. Amigos, fiestas, bebidas y mujeres ocupaban todo el firmamento de su parasitaria existencia. La escuela había sido para él tan sólo un pasatiempo más, un lugar donde conocer chicas y hacer citas clandestinas con cualquiera que cayera atrapada en sus redes de labia irreverente y lujuriente. Muy en contra de su voluntad aceptó casarse, porque en realidad no tenía otra opción, pero puso en claro que todavía no le había llegado el momento de atar su vida libertina, que no viviría mucho tiempo con esa muchacha tonta por más lazos matrimoniales que existiesen, que lo de él con ella no había sido más que una loca aventura de una noche de luna que ambos disfrutaron en desenfrenada embriaguez sobre la hierba tibia de un potrero con olor a boñiga fresca y a sudor de caballos recién montados.

Ella se llamaba Rebeca y al momento de casarse con Fulgencio acababa de cumplir los dieciséis. Era hermosa, muy hermosa, de ojos negros inmensos, cabello negro ondulado, tez blanca bronceada y labios finos como muñeca de vitrina. Al igual que muchas muchachas santiagueras de su misma edad y abolengo, era vanidosa, coqueta y engreída. A Fulgencio lo conoció en la fiesta de cumpleaños de una amiga suya algo mayor. Rebeca se fijó en él, pero aunque éste ni siquiera pareció reparar en ella, le encantó su físico y, sobre todo, la soltura y la irreverencia con que se refería a todo. Días después lo vio merodeando por la escuela y se le acercó para saludarlo, él la reconoció y

allí comenzó todo. Siguieron viéndose clandestinamente, pues a ella su padre no la dejaba aún formalizar noviazgo y mucho menos con un vago como Fulgencio.

Antonio Santoni, el padre de Rebeca, era un acaudalado comerciante, hijo de un inmigrante italiano del mismo nombre, que se hizo rico en el negocio del calzado en el país. A la alta posición económica de la familia Santoni, se le sumaba un enorme prestigio en los círculos sociales y políticos de la ciudad. Por eso, cuando Antonio se enteró de que su hija estaba embarazada de Fulgencio Romero, averiguó dónde éste vivía, la metió a empujones en un coche y sin darle tiempo de recoger nada se la llevó a los padres del muchacho y les dijo que allí se la dejaba, que desde ese momento ella ya no era más su hija, que la desheredaba por *putana* y vagabunda, que la casaran con el vago de su hijo y que de no hacerlo, lo metería sin tiempo en la cárcel, que para eso él era íntimo amigo del Gobernador Provincial y de las autoridades militares y judiciales de la ciudad.

Cinco días después los casaron y le habilitaron un cuarto de la casa para ellos y la futura criatura. Sin embargo, a pesar de que al inicio disfrutaron tórridos momentos de pasión entre las cuatro paredes de su cuarto, ni Fulgencio ni Rebeca estaban preparados para sobrellevar aquella unión forzada. Ella no resistía la idea de verse embarazada y convertirse en madre y desde que su vientre comenzó a abultarse, pasaba todo el tiempo encerrada porque no quería que la vieran con aquella inmensa barriga que a ella le parecía terriblemente

grotesca que crecía y crecía cada segundo, cada minuto, cada día sin parar, como un globo gigantesco que se infla rápidamente hasta querer reventar. Cuando por fin nació el niño ella estaba anímicamente destrozada, ni siquiera quiso tomarlo entre sus brazos y fue la madre de Fulgencio la que tuvo que ocuparse de cuidarlo. A Fulgencio tampoco le entusiasmó en lo más mínimo el nacimiento de su hijo, no le preocupaba si lloraba o si reía, si comía o si estaba hambriento, se comportaba como si eso no tuviera nada que ver con él.

Después del parto Rebeca pasó varias semanas en una terrible depresión que no le permitía siquiera acercarse a la criatura, luego, poco a poco se fue recuperando pero sin asumir para nada el cuidado del bebé. Así pasaron seis meses, hasta que finalmente se marchó, desapareció un lunes en la mañana sin dejar rastro, teniendo los padres de Fulgencio que hacerse cargo por entero del cuidado y educación del pequeño Francisco. Nunca volvió, nunca escribió, nunca se supo nada de ella, hasta pasados cinco años, cuando una tía suya, Noelia, le dijo a la madre de Fulgencio que ésta había vivido todo ese tiempo en la Capital y que hacía unos días se había ido a vivir a los Estados Unidos, donde unos conocidos suyos le habían ayudado a conseguir un buen trabajo.

Años después, Fulgencio comenzó a dar un giro positivo en su vida, se dedicó al comercio de ganado, negocio en el cual logró rápidamente una buena posición económica. Comenzó comprando ganado en la línea noroeste y revendiéndolo en Santiago a muy bue-

nos precios. Le iba muy bien, ganaba buen dinero y en sus tiempos libres se dedicaba a conquistar a las muchachas más hermosas de la zona, pero sin formalizar relaciones con ninguna en particular, se pasaba con ellas unos meses y luego las dejaba, se les desaparecía de vista sin dejar rastro. Todo marchaba de maravillas, hasta que una noche, no más llegando a su hotel en Montecristi lo fueron a buscar dos hombres para supuestamente hacer un negocio con unas reses. No habían caminado dos cuadras cuando lo encañonaron y le quitaron todo el dinero que llevaba encima, producto de la venta de ganado que había hecho en Santiago días atrás. Se quedó en la inopia, limpio, sin capital para seguir el negocio de compra y venta de ganado. Al otro día volvió a Santiago, vendió algunas cosas que tenía y se marchó al Nordeste. Tomó el tren y llegó hasta Sánchez, desde allí se trasladó a Nueva Matanzas, donde comenzó sus nuevos negocios, hasta llegar a amasar una gran fortuna.

Fulgencio se consideraba a sí mismo un hombre triunfador. “Y cuando eres un triunfador”, solía decir a boca llena en aquellos años rebosantes de éxitos, “no temes perder a un amigo, porque por cada uno que se aleja, se te acercan diez. Para progresar, el país necesita hombres triunfadores, no perdedores, porque con vagos, bohemios y poetas no se hace patria ni se conquista el porvenir”.

Así lo decía con orgullo y jactancia siempre que tenía la oportunidad de lucirse frente a sus amigos:

“En mis años mozos yo fui un total vagabundo, un bohemio empedernido e insensato, capaz de pasarme una semana noche tras noche sin dormir frente a la ventana de una linda muchacha a la que quería conquistar, o durar un mes parrandando en las playas de Puerto Plata en medio de botellas de ron, música y mujeres. ¡Ese era yo, Fulgencio Romero, en aquel tiempo!, pero eso quedó atrás, eso pasó y yo me convertí con el paso de los años en un hombre tenaz, ambicioso, de trabajo, de familia y de fe, porque así creo yo que debe ser el hombre para triunfar en la vida: bohemio y vagabundo en su juventud; tenaz, trabajador y ambicioso en su madurez y; hogareño y devoto en su vejez”.

Esa formulación sintetizaba en sus primeros años de hombre acaudalado toda su filosofía de la vida. En nada más creía, nada más escuchaba, nada más aceptaba y nada más respetaba.

—XIII—

Alto, enjuto, con una abundante cabellera, una larga y espesa barba negra que a sus treinta y tres años lo hacían lucir como si tuviera el doble y enfundado en aquella sotana negra percutida, Francisco Romero era realmente un personaje de figura estrafalaria y fantasmal, chocante para aquel medio rural en donde nada pasaba desapercibido. Según se decía en el lugar, antes de volverse loco, cuando tenía entre quince y veinticinco años, Frank, además de ser un muchacho sumamente

inteligente, era muy apuesto y cuidadoso con su persona. Al igual su padre en esas edades, tenía fama también de parrandero y mujeriego.

Poco antes de terminar la educación intermedia, ya Francisco había definido con claridad que quería ser médico. Justo cuando iba a concluir el octavo grado, Frank le planteó con firmeza a su padre que al terminar la secundaria quería ir a estudiar medicina a la Universidad de Santo Domingo. Pero Fulgencio Romero ya tenía planes para éste, él quería que su primer hijo fuera sacerdote y ya había hecho todos los arreglos con el Padre Alfredo Jiménez, párroco de Nueva Matanzas, para mandarlo en septiembre de ese mismo año al Seminario de la capital a iniciar su educación sacerdotal. Frank se puso frenético, amenazó con huir de la casa pero nunca lo hizo, en dos ocasiones intentó sin éxito suicidarse ingiriendo varios tragos de un insecticida que se vendía en el propio almacén de su padre. Se emborrachaba y salía con cuantas mujeres de la vida fácil se encontraba en su camino para demostrarle a su padre y a todo el mundo que él no era una persona de fe, sino un perdido, un mundano que no había nacido para servir a Dios ni a ninguno de sus allegados celestiales. Todo fue inútil, sin embargo, lo único que consiguió con su conducta promiscua fue que una de aquellas mujeres públicas que frecuentó durante esos días le transmitiera una terrible gonorrea que costó muchísimo que se la curaran. El primero de septiembre, al abrirse el nuevo ciclo lectivo, el propio Fulgencio Ro-

mero lo llevó a la capital y lo dejó en manos del Director del Seminario.

Después de resistirse infructuosamente, Frank se resignó y como era tan inteligente no tardó en descolgar en sus estudios, se graduó de bachiller con honores, luego de dos años en el filosofado los curas le ofrecieron enviarlo a Canadá a continuar allí su formación de cura. Él aceptó y se alegró de irse bien lejos, quería tener tiempo para pensar en su situación, pero más que todo, quería gozar más a plenitud de la vida y conocerse más a sí mismo para estar seguro de la decisión a tomar más adelante. Una cosa sí ya tenía bien clara, el sacerdocio no era su vocación, seguía sin aceptar la idea de tener que pasarse el resto de su vida con una sotana puesta impartiendo misas, oyendo y perdonando los pecados de los demás y, como solía repetir: “Fornicando clandestinamente tras la cortina transparente de la hipocresía anacrónica del celibato”.

Así se lo dijo sin ambages a sus más cercanos amigos en la víspera de su partida a Canadá en la mesa de tragos de una fiesta de despedida organizada en su honor:

—Ustedes saben muy bien, amigos míos, que no tengo vocación sacerdotal, que soy un fanático del placer carnal, que estoy en esta pendejada porque mi padre me lo impuso y yo no tuve el valor y el coraje para enfrentarlo y oponérmele. Pero sobre todo, más tarde me di cuenta, porque tuve miedo de perder la vida cómoda y privilegiada que llevaba amparado en su riqueza.

za. Ahora, sufro las consecuencias de mi cobardía, de mi miedo a enfrentarme a mi padre, de mi temor a quedarme sin la protección de su dinero. Por no asumir la responsabilidad de mi propia vida, tuve que aceptar encadenar mi libertad, tuve que permitir que alguien más decidiera por mí el destino de mi vida. Esta situación me ha degradado, ha vulnerado mi dignidad como persona y siento que tengo que hacer algo al respecto lo antes posible. Hasta ahora, me he refugiado en el estudio como una forma de aturdirme, de escapar a mi realidad, pero la filosofía y la teología me agradan y las disfruto, por lo que no será para mí un sacrificio estudiarlas con mayor profundidad, mas bien, confío en que a través de ellas encontraré respuestas a muchas de mis preguntas existenciales aún sin responder. O tal vez, termine de confundirme mucho mas, no lo sé, de cualquier modo, dentro de unos años, cuando termine mis estudios definiré mi situación.

Levantó su vaso, tomo un trago largo de ron con agua y continuó:

—Cuando regrese de Canadá, lo primero que haré será colgar los hábitos y luego buscaré trabajo como profesor de filosofía, o tal vez termine quedándome por allá, no sé, yo no lo sé, pero por lo menos, eso es lo que hay en estos momentos en mi atolondrada cabeza.

Todos levantaron sus copas y brindaron al unísono por el que partía, por el que dentro de unos años sería libre:

“Libre como el viento que viene y va a todas partes y a todas horas sin pedir permiso; libre de volar y de soñar sin miedos, sin culpas ni arrepentimientos; libre de amar y libre de tener toda la vida que fornicar clandestinamente tras la cortina transparente del celibato hipócrita y anacrónico”, gritaron todos en coro, luego de lo cual, arrojaron simultáneamente sus vasos vacíos contra un muro de ladrillos del patio de la casa.

Dos días después, Frank viajó a Santiago para despedirse de sus abuelos, de allí se trasladó a Estero Viejo para decir adiós a su padre y a sus hermanos.

Dejó el país una mañana soleada de agosto, perdido el pensamiento en las penumbras inciertas de un futuro que no alcanzaba aún a vislumbrar con claridad y en las profundidades de sus dieciocho años de existencia sin mimos ni abrazos maternos, sin fiestas de cumpleaños, sin juegos ni caricias paternas.

—XIV—

Su estadía en Toronto estaba siendo más placentera de lo que se había imaginado que sería. La convivencia en aquella universidad dirigida por curas jesuitas era un verdadero oasis de tolerancia y colaboración, de libre pensamiento y reflexión, contrastante con el pequeño infierno grande que era el Seminario de Ciudad Trujillo, en donde había cursado sus estudios secundarios. Había una inmensa biblioteca, ante cuya majestuosidad, Frank quedó desde el primer día des-

lumbrado. Allí se le encontraba siempre que no estuviera recibiendo lecciones, leía hasta que el recinto se cerraba a las doce de la noche, pero cual si fuera poco, se llevaba a su cuarto varios libros que continuaba leyendo en la quietud de la madrugada. En poco tiempo se leyó a los principales pensadores griegos, a los Padres de la Iglesia, a los renacentistas, a empiristas y racionalistas, a los clásicos alemanes, a los materialistas franceses del siglo dieciocho, a Marx y a los existencialistas franceses y alemanes. Así transcurrían aquellos años, ligeros, sin mayores tensiones, lejos de su pasado de soledad y de las intrínquilis familiares. En todo aquel tiempo sólo viajó al país en dos ocasiones, de las cuales sólo una vez visitó a su padre en Estero Viejo.

Faltaban tan sólo dos meses para la graduación en junio de ese año, cuando a finales de abril, aprovechando que acababan de terminar todos los exámenes y se encontraba totalmente extenuado, aceptó irse un fin de semana a Nueva York con tres compañeros latinos. Eran como él, unos locos aventureros, escépticos e irreverentes, pero sobre todo, jóvenes con ansias de vivir y ser felices a su manera. Juan el Matancero, un mulato cubano que sólo pensaba en volver a Cuba a gozar de la vida en las playas de Varadero, tumbado al sol con chicas, ron y cigarrillos siempre a la par. Julio el Maracucho, un venezolano siempre alegre, dispuesto a buscar el más mínimo motivo para armar la fiesta y divertirse. Y, Manuel el Sanjuanero, otro dominicano oriundo de San Juan de la Maguana, negro como el

azabache y bailador y rumbero hasta cuando estaba soñando. Los cuatro se fueron aquel viernes rebosantes de alegría a Nueva York, dispuestos a olvidarse de la filosofía, de la teología, de las sotanas de los curas y de la abstinencia enloquecedora del centro académico religioso. Iban a divertirse y Manuel conocía el lugar perfecto para ello, se llamaba “El Edén Perdido”, un sofisticado burdel en el bajo Manhattan, con las mujeres latinas más hermosas y exuberantes que joven alguno pudiera imaginar y apetecer. Manuel lo había frecuentado ya un par de veces con un primo suyo que vivía desde hacía años en la Gran Manzana y según él, aquello era realmente como encontrarse en el Edén, sólo que con más Evas que el original. Efectivamente, todas las chicas se llamaban Eva, era obligatorio llevar este nombre de primero, seguido de cualquier otro nombre que quisieran o de un apellido, podía ser su nombre propio, un segundo nombre si lo tenían o su propio apellido, pero también podían usar un nombre ficticio, eso no importaba, con tal de que el nombre inicial fuera Eva y de que este segundo nombre no se repitiera con el de otra Eva. Cubanas, puertorriqueñas, colombianas, dominicanas, brasileñas, venezolanas, y de otros países desfilaban en un improvisado show exhibicionista en donde los hombres las podían observar e invitarlas a su mesa y luego de tomar unos tragos, era decisión de cada quien lo que sucediera de ahí en adelante.

Aquellos inmensos ojos negros de mirada abrasadora se clavaron en los suyos como si quisieran desentrañar en un hechizo fulminante sus más íntimos se-

cretos. Frank se turbó por un instante pero retuvo la mirada, los otros lo notaron y se echaron a reír, el cubano se volvió y le dijo:

—Oye chico, tú si que eres rápido, caballero, eres un Cupido endemoniado, ya flechaste a esa vieja bonita que está allá, ve acércatele enseguida antes de que se te adelanten e invítala a la mesa que a lo mejor te quiera llevar a su casa para terminar de criarte en una cuna de flores del Edén, caballero.

Todos se rieron a carcajadas abiertas, sólo Frank no se rió, hasta podría decirse que ni siquiera escuchó lo que dijo su amigo cubano. Estaba absorto, flechado, cautivado por aquella presencia penetrante que removía todos los cimientos de su ser en ebullición.

—Hola, soy Eva Cristina —dijo la mujer, mientras se sentaba a la mesa junto a otras tres chicas que comenzaron a charlar con el grupo.

Frank la miraba como hipnotizado, las manos le temblaban y el corazón latía estrepitosamente en medio de su ancho pecho. Se le veía muy conservada y aunque se notaba que estaría ya en sus cuarenta y tantos, el maquillaje impecable y aquel juvenil vestido amarillo a la última moda, sin dudas, les reducían generosamente la edad haciéndola aparentar mucho más joven y resaltando su singular belleza.

¿Qué diablos le pasaba?, no lo podía entender, si era sólo una ramera elegante, y él ya no era un novato en aquellos menesteres, conocía de mujeres, de burdeles y de parrandas, había sido su pasatiempo favorito

durante sus años en el Seminario de Ciudad Trujillo, y aunque en menor medida, también en Toronto solía frecuentar con sus amigos algunos sitios de diversión similares

¡Pero esta mujer!, ¿qué demonios tenía esta mujer que lo hechizaba, que trastornaba por completo sus sentidos y su razón, que lo atraía irremediablemente como atrae un oasis a un sediento caminante en medio de la aridez de un inmenso desierto de arenas ígneas?

Después de un rato en el que charlaron y bebieron algunos tragos, ella lo condujo de la mano y él se dejó llevar, manso como un cabritillo detrás de la madre, hasta una lujosa habitación cuyo costo estaba ya incluido en el pago que debieron hacer al entrar al recinto.

—XV—

Cuando interpretó el papel de Edipo en la representación de la tragedia de Sófocles “Edipo Rey” cuyo montaje hiciera su maestra de literatura cuando cursaba el octavo grado en la escuela católica de Nueva Matanzas, Francisco nunca se imaginó que varios años después volvería a jugar el mismo papel de Edipo, solo que en otra tragedia, la suya propia.

Había leído la obra como tarea para su clase de literatura y quedó deslumbrado, tremendamente impresionado. En particular, le maravilló el personaje de Edipo, con el cual se identificó totalmente. Conversando sobre la obra con su maestra, le decía con la

ingenuidad de sus catorce años, que él creía que el autor había sido muy injusto con Edipo, pues éste no había hecho nada que mereciera un castigo tan severo de los dioses como el que le habían impuesto.

Su maestra le argumentó, entre otras cosas, que si bien una obra literaria no es necesariamente una reproducción exacta del acontecer histórico y cultural que vive el autor, éste sin embargo tiende a expresar rasgos o detalles de este acontecer. Que probablemente, la obra de Sófocles quiere hacer referencia a valores y creencias de su época, que de alguna manera, se estaban perdiendo o corrían el peligro de perderse. Pero además, le dijo su maestra:

“En la realidad, ese tipo de tragedia puede perfectamente suceder, pues las personas no controlamos la totalidad de los hilos que entretejen la trama de nuestras vidas particulares y en ocasiones, somos simples juguetes de estos encadenamientos causales. Tal vez por eso, precisamente, esta obra se ha hecho inmortal, porque la vida de los humanos está plagada de tragedias como la de Edipo”.

Al final del curso, la maestra decidió montar en escena de nuevo la obra con sus alumnos para presentarla en el acto de graduación de la promoción de octavo grado. Francisco le pidió que quería hacer otra vez el rol de Edipo y ella aceptó, conociendo la simpatía y la pasión que había despertado en el joven este personaje.

Ensayaron noche y día por espacio de tres meses, hasta que llegó por fin la fiesta de graduación. Luego

de la parte solemne, vino, tras unos minutos que utilizaron para arreglar el escenario, el acto artístico.

Se corrieron las viejas cortinas del salón y comenzó la obra. Sale a escena Edipo Rey, con su impecable túnica blanca y una reluciente media corona de oro ceñida alrededor de su frente. Luego, sale al escenario una nutrida representación de los pobladores de Nueva Matanzas, quienes exponen a su Rey la situación de calamidad en que se encuentran luego de aquel terrible maremoto que anegó una gran parte del lugar y arruinó su economía. Edipo les escucha atentamente y promete hacer todo lo posible para ayudarles a superar a recuperarse.

En el último acto, aparece de nuevo en escena Edipo, quien se arrodilla frente al Coro diciendo:

!Oh gran Dios, Hacedor de todos los confines, de la luz, las tinieblas, de la vida y de la tempestad; ¿por qué si soy tu obra, por qué si como dicen soy de la creación lo más cercano a ti, por qué entonces has dejado la bestia dentro de mí? ¿Por qué me hiciste tan vulnerable, tan frágil, tan desvalido?

El Coro replica:

¡Oh, Edipo, Edipo, qué necio eres! Veo que todavía no has conocido nada de ti mismo. Te hice humano, ni bestia ni Dios. Pero te di la bestia para que pudieras mantener a raya la prepotencia de los Dioses, y te di la razón para que, con la sapiencia que ella da, pudieras defenderte de los excesos primitivos de la bestia.

Edipo:

Entonces, ¿me estás diciendo, ¡Oh gran Dios!, que por más que me esfuerce nunca llegaré a ser como tú, que estoy condenado a esta insoportable ambigüedad por los siglos de los siglos?

Coro:

Así es, tu sabiduría despertará siempre el recelo de la bestia, y tus instintos bestiales serán siempre la envidia de los Dioses. Pero de la tensión entre las dos, nunca lo olvides, brotará siempre renovada tu humanidad.

Edipo:

Pero tu sabes, oh divino Señor, que ya yo estoy perdido, que ya la bestia me ha vencido, que vine al mundo engendrado por quienes no debían haberme dado el ser, contraje relaciones con quienes me estaban prohibidas y que he dado muerte a quién nunca debí matar.

Coro:

Lo sé, Edipo, lo sé y créeme que me apena de veras tu inconmensurable desdicha. Pero debo decirte, que ante tal ignominia sólo te quedan dos únicos caminos posibles: o escapas de la luz de tu conciencia, con lo que pierdes irremediabilmente tu distinción humana conservando tan solo lo común de otros seres naturales; o pones fin no sólo a tu brillante lucidez, sino también a tu corrompida existencia corporal. ¡Tú decides!

Edipo:

Nunca debí llegar a que los mortales me llamaran marido de la que me dio el ser. Pero ahora me veo abando-

nado de los dioses; soy hijo de padres impuros y he participado criminalmente del lecho de los que me engendraron. La desgracia mayor que pueda haber en el mundo me ha tocado en suerte. ¡He sucumbido ante mis más primitivas necesidades, soy un monstruo, me he reducido al reino de lo común! ¡No me merezco el don de la conciencia, no lo merezco!

Coro:

En gran desgracia estás, tienes razón. Dos opciones te quedan, sólo dos. ¡Eliges, tú decides!

Edipo:

¡Escapar, oh gran Dios, escapar, escapar es mi elección! Soy Edipo mortal, divino y bestia. Soy Edipo mortal, Edipo Bestia, Edipo Rey, Edipo Rey, Edipo Rey, Edipo Rey...

Termina la función. Se cierran las cortinas y el público aplaude con fervor y entusiasmo. Se abren de nuevo las cortinas en medio de los aplausos, pero Francisco no reacciona, está aún parado en el escenario en medio de un profundo temblor, repitiendo en voz baja: “Edipo Rey, Edipo Rey, Edipo Rey...”

El público lo aclama:

“¡Bravo, Frank, bravo Edipoooo, bravooo!”.

Luego, sus compañeros lo zarandean:

—¡Frank, Frank! ¿Qué te pasa? —le preguntaban intrigados, luego lo levantan y lo llevan frente al auditorio que en ese momento se pone de pie para aclamarlo.

“¡Bravooo, bravooo Frank, bravo Edipooo!”, le vuelven a gritar.

Se cierran de nuevo las cortinas. Francisco reacciona, todos se abrazan llenos de regocijo y satisfacción. Después, alguien del grupo le pregunta:

—¿Qué te pasó, Frank, parecía como si hubieras entrado en trance?, nos diste un gran susto.

—Es que creo que me metí demasiado en el personaje, por un momento me confundí totalmente, me creí realmente Edipo y me perdí, me extravié en medio de imágenes mías como Frank, de mi madre desconocida y de mi padre, e imágenes mías como Edipo, de Yocasta, la madre de Edipo y de su padre Layo, ¡fue horrible!; luego, lo que vi ante mí fue a una multitud enfurecida que gritaba:

“¡Que muera el parricida, el blasfemo, el irreverente, el incestuoso!”, entonces, me asusté tanto que no podía ni moverme, hasta que llegaron ustedes y me hicieron volver a la realidad.

Después de aquella tarde, Francisco no volvería más a recordar ese episodio, hasta esa noche en Nueva York, en la lujosa habitación del Edén Perdido, en presencia de aquella mujer hermosa con la que había sido febrilmente feliz momentos antes.

—XVI—

Una vez se cerró la puerta tras ellos, la mujer lo tomó entre sus brazos y lo envolvió en su exquisito perfume de flores del Edén.

Él experimentó una sensación que nunca antes había sentido con mujer alguna, tan sublime, tan embriagadora, tan natural que perdió por completo la noción de realidad y navegó con ella por lugares ignotos de placer sin límites, indescifrable, libertino, voraz.

En brazos de aquel joven apuesto, ella volvió a sentirse como si tuviera nuevamente quince años y nadara entre la grama tibia de aquel potrero del suburbio del lejano Santiago de su adolescencia. Cerró los ojos y pretendió que este muchacho que acababa de conocer era su primer amante, aquel joven veinteañero, apuesto y dominante que la hizo mujer, y que ella, era la niña caprichosa y mimada que se entregó al placer enloquecedor de su primera gran pasión adolescente.

Subieron a los cielos en las alas del éxtasis tembloroso de sus cuerpos entrelazados, bajaron y subieron nueva vez, volvieron a subir una y otra vez como adictos insaciables que siempre quieren más y mucho más de la droga alucinante que los eleva hasta los confines del letargo total. Luego, vertiginosamente, las aguas turbulentas de aquel torbellino huracanado se fueron sosegando, lentamente, suavemente, hasta quedar desfallecidos tiernamente abrazados uno al lado del otro,

como duermen sobre las llanuras las aguas de los ríos desbordados cuando cesan las lluvias del trópico pluvial.

Él miraba hacia el techo como hechizado, con una amplia sonrisa de felicidad sobre sus labios.

Ella le dibujaba con sus mágicos dedos perfumados de sexo fresco suaves líneas rectas desde el cuello hasta el vientre que lo hacían de nuevo estremecer.

—Dime, chiquillo, ¿cómo te sientes?, ¿te gustó? —preguntó ella a sus oídos, casi en un susurro.

—¡No me digas chiquillo, que ya hace mucho rato que soy un hombre hecho y derecho! —le reclamó él con total seriedad.

—Está bien —dijo ella sonriéndole—, perdóname, pero es que, como ves, para mí eres aun un chiquillo, yo casi te doblo la edad.

—No exageres, que no eres tan vieja —dijo él.

—Eso te parece a ti porque quieres ser generoso conmigo; en realidad, ¿cuántos años crees que tengo?

—Pues unos treinta y ocho, tal vez.

—Ves lo que te digo, quieres ser generoso, pero te equivocaste, tengo más.

—Pues sí que te conservas bien, porque yo te veo más joven.

—Gracias por el cumplido, dijo ella mientras le daba un beso encima de su ombligo.

—¡Cuéntame un poco de este lugar, Eva Cristina! —le pidió Francisco, cambiando de súbito la conversación.

—Qué quieres que te cuentes —dijo ella.

—Bueno, ¿por qué ese nombre del Edén Perdido?, ¿a quién se le ocurrió?”

Ella se quedó pensando por algunos segundos, luego respondió:

—Pues según me han contado, el que fundó el lugar tenía la idea de que en su origen, el sexo en los humanos era algo natural, franco, puro, espontáneo, limpio, libre y sin malicia alguna, como lo es en todas las demás especies vivientes, pero que con el paso de las distintas civilizaciones, las tradiciones, las costumbres, la ambición, la dominación, pero sobre todo, los prejuicios, la hipocresía y la malicia humana, lo fueron pervirtiendo, convirtiéndolo poco a poco en algo abominable, en un acto bochornoso, aburrido, pecaminoso, esclavizante, grotesco y detestable. Entonces, él decidió crear un sitio en donde el sexo volviera a ser algo natural, puro, espontáneo y libre. Así nació el Edén Perdido. Y para que se asemejara lo más posible a aquel Edén que perdimos cuando la razón y la ambición de saber y poseer se apoderaron del hombre y Dios decidió expulsarnos de allí, su fundador estableció que toda las mujeres que trabajen aquí deben tener como primer nombre Eva, así los hombres que vengan al Edén Perdido podrán elegir cada uno a su Eva y sentirse de nuevo como Adán en el Jardín del Edén

—¡Muy interesante! —dijo él, en tono algo sarcástico, luego agregó—, pero el sexo en los humanos es una relación de dos, por lo que, como acto libre, debe

implicar la libertad de ambos participantes. Sabemos que los hombres vienen al Edén Perdido y escogen a su Eva libremente, además, vienen exclusivamente por el placer del sexo, pero y ellas, ¿son igualmente libres?, ¿lo hacen por sólo placer o por dinero?, ¿y tú, cómo te sientes?, ¿eres realmente libre?

Aquella retahíla de preguntas la dejó algo perpleja.

—Mira niño de manos librescas —dijo ella mientras buscaba sus mejores argumentos para explicar su parecer—, la vida es un drama con múltiples escenarios en donde todos tenemos que actuar, queramos o no. Yo realizo el papel que me toca en cada acto, a veces sale bien y a veces no, pero esto último no es lo importante, porque lo que cuenta realmente es el acto en sí, lo que importa es que el acto se realice, no el desempeño de los actores.

Él la escuchaba atento, maravillado por aquella elocuencia refinada de la mujer.

Ella siguió hablando, como si estuviera recitando un texto aprendido de memoria:

—Venimos aquí voluntariamente, desde luego, a ganar dinero a cambio del placer que ofrecemos a los que nos solicitan, pero nadie nos obliga a venir, ni nos impiden dejarlo si queremos, por ello, creo que hasta ahí somos libres. Luego, podemos elegir dentro de los que frecuentan el lugar al que nos guste y si no nos gusta ninguno en algún momento, nadie nos obliga a ir más allá de dónde queremos llegar, eso también significa que tenemos libertad. En cuanto a cómo me sien-

to yo, te diré que me gusta estar con hombres diferentes todo el tiempo, responde más a mi condición natural y no a las normas artificiales impuestas por la hipocresía moralista de la sociedad. Creo que no hubiera resistido la rutinaria monotonía de tener que hacer el amor toda la vida con el mismo hombre, en ocasiones, probablemente sin desearlo, sólo para complacer su apetito, porque para eso él tendría derechos legales sobre mí. Eso, la verdad, lo considero menos libre y más degradante para una mujer que lo que hago aquí. Desde luego, yo no he dicho que me quiero quedar haciendo esto toda la vida, probablemente me aburra un día y lo deje, y decida quedarme sola por un tiempo o compartir mi vida hasta que quiera con alguien que piense de la misma manera que yo. Tal vez esto te luzca extraño, pero así es como pienso y como actúo. Los golpes de la vida me arrastraron hasta esta posición y me siento bien siendo como soy. Aunque, quizás, en el fondo yo no sea mas que una sombra cautiva en medio de la noche que ni siquiera sabe que es cautiva. Pero para mí, lo más importante es que me siento libre en medio de mi cautiverio.

Después de aquella confesión suya, hubo un silencio largo, en donde ninguno de los dos se animaba a agregar nada más. Él rompió la pausa para decir, sinceramente apenado:

—Perdóname, no debí hacer esas preguntas ni mucho menos, entrometerme en tu vida, creo que tu posición es muy válida y razonable.

Ella lo miró sin rencor, le dio un beso en la frente y le dijo:

—No te preocupes, estamos acostumbradas a esa cochina ambigüedad de los varones, por un lado, vienen aquí hastiados de ese mundo familiar inveterado, hipócrita y esclavizante en el que sobreviven moribundos, a buscar un poco de aliento para seguir viviendo, a ser auténticos aunque sólo sea por un fugaz momento, y luego, nos cuestionan y nos juzgan porque no somos como sus santas mujeres. ¿Quién los entiende?

Aquí su rostro se tornó sombrío y se humedecieron levemente sus hermosos ojos negros.

Él quiso justificarse diciendo:

—Yo, la verdad, no tenía la intención de juzgarte, sino simplemente de saber cómo te sentías viviendo en este ambiente, si eras feliz o si era algo que hacías a disgusto, no más.

—Pues ya ves, digamos que soy feliz con la vida que llevo, es la única que tengo y la única que he vivido, si me pongo a pensar en las cosas que hubiera tenido si hubiese llevado una vida diferente, entonces sí creo que me sentiría infeliz —dijo ella con sincera convicción.

El se quedó pensando en todo lo que había dicho ella y luego le preguntó, realmente intrigado:

—Y dime, Eva Cristina, ¿cómo es que sabes todas esas cosas y tienes esas ideas tan profundas?, ¿es que acaso fuiste a alguna universidad antes deee...?

Aquí su pregunta se cortó de súbito, al percatarse de que iba a cometer otra imprudencia.

—Antes de ser prostituta, vamos, dílo, no hay ningún problema. Desconocer lo que uno es, es muestra de locura o de declinación senil—, le dijo ella, sin inmutarse.

—Pues sí—, dijo él.

—Bien, mira —respondió ella, tratando de nuevo de encontrar sus mejores argumentos— a duras penas y con un gran esfuerzo después de adulta, logré terminar la secundaria. Lo que pasa es, mi pequeño sabiondo, que los grandes temas de la vida no los aprendes necesariamente de los libros, ni en la escuela, ni en la universidad, sino de la propia vida, porque en fin de cuentas, ¿qué son los libros sino tan solo interpretaciones más o menos aproximadas de la vida? Interpretaciones, que por demás, algunos pretenden arrogantemente que sean más verdad que la propia vida

Esto último lo dejó todavía más impresionado y perplejo que antes. “¡Qué mente más brillante tiene esta mujer!”, se decía para sí, al tiempo que prefería guardar silencio para no arruinar la magia del momento.

Ella volvió a inclinarse sobre él y comenzó de nuevo a dibujar sobre su cuerpo de Adán en el Edén suaves líneas verticales que lo hacían de nuevo estremecer, luego exclamó:

—Bueno, dejemos atrás esa ‘profunda’ e inútil conversación y contesta mi pregunta inicial, porque me voy a creer que no te gustó, que no has disfrutado estar conmigo —dijo ella enfáticamente.

—Tú, tan jugada, tan experta en las artes secretas del amor y de la vida, ¿me quieres decir que no sabes cuándo vuelves al revés a un hombre, cuándo lo tienes a tus pies cual triunfante domador al lado de su salvaje fiera ya domada?—, le contestó él.

—Sí, sí, claro que lo sé, pero necesito oírtelo decir para satisfacer mi vanidad de Eva frente al Adán que acaba de comer el fruto del árbol prohibido que le ofrecí—, le respondió ella, con poco disimulada jactancia.

—Pues sí, sí me gustó, disfruté como nunca, fui feliz, deliciosamente feliz y te estoy profundamente agradecido.

—No me agradezcas nada, pues yo lo disfruté tanto como tú. La verdad me recordaste a mi primer amante, en ese entonces, un muchacho tan joven como tú, que me inició en el arte del amor cuando apenas era una niña quinceañera. Ahora quiero saber algo de ti, pues ni siquiera sé cómo te llamas—, agregó ella.

—No seas mentirosa, que al presentarme te dije mi nombre—, le rebatió él.

—¡Ah, sí, es cierto!, pero ya se me olvidó, nunca recuerdo un nombre cuando me lo dicen por primera vez—, dijo ella.

—Me llamo Frank —respondió él, dándole el apodo, en lugar de su nombre real.

—Y dime Frank, ¿a qué te dedicas y dónde vives?, indagó ella.

—Yo estudio para cura en una universidad de Toronto, en Canadá —contestó él con absoluta seriedad.

—¿Bromeas?, dijo ella muerta de risa.

—No, no bromeo, es cierto —dijo él—, precisamente en dos meses termino mis estudios de teología, la última etapa de mi carrera sacerdotal.

—¡Un aprendiz de cura, no lo puedo creer, he estado en la cama nada menos que con un aprendiz de cura!, ¡eso sí que es divertido! —exclamó ella intensificando su sarcástica risa. ¡De modo que el señor Curita estaba tratando de que me confesara y me arrepintiera de mis horribles pecados de la carne! Eso sí que tiene gracia, ¡es el colmo de la hipocresía! —dijo ella con marcado cinismo y enojo.

—Ya te dije que no buscaba nada de eso, debes saber que no tengo ninguna vocación de cura, que estoy allí porque mi padre me lo impuso. Soy el hombre más pervertido del mundo, me gusta el placer, disfruto la vida mundana, entiendo que la existencia humana no tiene ninguna razón de ser sin el goce que nos dan nuestros instintos bestiales.

—¿Y tú por qué carajo te dejaste imponer algo que no deseas, me parece horrible, lo considero humillante; pero además, ¿por qué no lo dejas de una maldita vez?

—Lo dejaré cuando termine mis estudios, dentro de dos meses; me dedicaré a la enseñanza de la filosofía —le contestó él con plena firmeza en sus palabras.

—Mi pobre bebé —dijo ella mientras le acariciaba con ternura los cabellos—, víctima de un padre autoritario y caprichoso, es realmente penoso. Por si te sirve de consuelo, yo también sufrí mucho por el mismo motivo, fruto de ello es que vine a parar a esta parte del mundo. Siendo todavía casi una niña, mi padre me obligó a casarme con un hombre por el que sólo sentía un atractivo físico, pero al que no quería de verdad y quién tampoco me quería a mí, e igual que tú, yo no tuve valor para negarme. Ciertamente que ya estaba embarazada, pero eso no significaba que quisiera casarme con él. Creo que si en lugar de obligarme a casarme con ese hombre me hubieran apoyado con mi hijo, de seguro no hubiera tenido que padecer todo lo que he padecido a partir de entonces.

—¡Ah, pero tienes un hijo! ¿Y dónde está? ¿qué hace? —preguntó él.

—Te parecerá extraño, pero no sé dónde está, ni qué hace —contestó ella con un dejo triste y melancólico en su mirada.

—Pero, ¿cómo es eso, no sabes dónde está tu hijo? —volvió a preguntar él, algo intrigado.

—No sólo eso, a mi hijo ni siquiera lo conozco, lo abandoné cuando tenía seis meses de nacido y no lo he vuelto a ver.

—Pero, ¿por qué no lo has buscado para conocerlo en todo este tiempo? —volvió a preguntar él.

—Es una larga historia que no tiene caso que trate de contarte en este momento, lo intenté desesperada-

mente en varias ocasiones, pero su padre se negó rotundamente, luego me resigné y no lo intenté más. Y para ser te sincera, creo que fue mi último gran error, debí buscarlo para conocerlo costara lo que costara, aunque tuviera que matar al papá o morir yo en el intento, pero no lo hice.

—Bueno, nunca es tarde —dijo él en tono consolador, y luego preguntó—: ¿Y dónde fue eso? ¿Dónde nació tu hijo y dónde crees que pueda estar ahora?

—Bueno, el niño nació en Santiago de los Caballeros, en la República Dominicana, de donde soy yo, sé que durante varios años vivió allí mismo con sus abuelos paternos, pero luego, el papá se lo llevó lejos de ahí, a un paraje llamado Estero Viejo, en Nueva Matanzas.

El rostro de Francisco palideció y sus manos comenzaron a temblar visiblemente, pero en la penumbra de la lámpara del cuarto ella no lo notó de inmediato. Se sentó en la cama, tomó el pantalón que estaba sobre una silla muy cerca de él y comenzó a ponérselo como un autómeta. Un sentimiento de dolor devastador le oprimió de repente el corazón, adueñándose rápidamente de todo su ser. Sin proponérselo, la imagen de Edipo Rey inquiriendo sobre su origen frente a Yocasta, su esposa y madre al mismo tiempo, volvió a adueñarse de su mente. Intentó infructuosamente de dominar y ocultar el ya pronunciado temblor de su voz varonil cuando hizo la pregunta final y definitiva, pero sin poderlo evitar, comenzó a tartamudear:

—Y... diimee, ¿có... cómo se... se llama eee... el padre de tuuu, de tu hijo?

Ella lo miró espantada, sin comprender de momento lo que le pasaba.

—¿Qué te pasa Frank?, Dios mío, dime, ¿qué tienes?

—Sóoo... sólo responde a laaa... la pregunta —insistió él.

Ella comenzó a comprenderlo todo, era demasiado sagaz para no sacar de inmediato la terrible conclusión, se tiró de la cama, tomó su elegante vestido amarillo y se lo puso ligera como gacela en fuga, mientras exclamaba:

—¡Ohoo, santo cielos, esto no puede ser verdad, no puede ser, no me lo digas, no me lo digas! ¡Túuu, eres túuu!, ¡Tú eres el hijo de Fulgencio Romerooo!, Francisco Romero, ¡mi propio hijoo!, ¡Oh Dios mío, qué castigo es éste!, ¡nooo, nooo, ésto es insoportable, oh noo Dios mío!, ¡No lo puedo aguantar, nooo, nooo!

Para entonces ya Francisco parecía no escucharla, parado como idiotizado en medio del cuarto repetía una y otra vez:

“Edipo Rey, Edipo Rey, Edipo Rey...”.

Ella salió corriendo, bajó por la escalera de incendio y se lanzó a la calle en dirección al puente Brooklyn, mientras gritaba y se rasgaba la vestidura como loca.

“¡Esto es insoportable, oh mi Dios, no lo resisto, no lo resisto, no lo puedo resistir! ¿Por qué me has castigado de este modo?, ¡No quiero vivir, noo, no quiero vivir más, no quierooo!”.

Llegó hasta el puente y sin siquiera detenerse, se subió a la baranda y se lanzó al vacío. Algunos transeúntes que la vieron saltar avisaron a los socorristas y narraron a las autoridades policiales lo sucedido.



—XVII—

Dos meses después de ser sometido a largos y cuidadosos exámenes médicos y tras inútiles esfuerzos de los mejores siquiátras de Canadá por devolverle la salud mental, las autoridades de la universidad católica en Toronto donde estudiaba decidieron enviar a Francisco Romero de vuelta a la República Dominicana. Le tocó a Manuel, el Sanjuanero, acompañarlo en el viaje hasta su destino final, la casa de don Fulgencio Romero en Estero Viejo.

Fulgencio apenas si pudo contener las lágrimas cuando lo vio bajarse del viejo tren que lo había traído en compañía de su amigo el Sanjuanero hasta la estación del ferrocarril. Estaba delgado y demacrado, irreconocible con aquella barba negra que no se había afeitado desde el mismo día en que perdió la razón. Lo saludó y luego le dio un abrazo largo que Francisco recibió con total indiferencia. Estaba ausente, completamente enajenado del mundo. En el camino hacia la hacienda de Estero Viejo, el Sanjuanero le contó a don Fulgencio algunos detalles del tratamiento que estaba siguiendo, así como las recomendaciones de los médicos para continuar intentando su recuperación en el país. Le comunicó, que según el criterio de los especialistas que lo atendieron en Canadá, era muy probable que después de un tiempo hubiera una considerable mejoría en su actual estado, pero que no había muchas

esperanzas de que recuperara por completo la razón, que aparentemente, Francisco había recibido un fuerte *shock* por alguna experiencia devastadora, de la cual la única forma de sobrevivir era escapando y él había escapado y luchaba en su subconsciente por jamás ser consciente de lo que vivió.

Más tarde, una vez en la casa, el Sanjuanero llamó aparte a don Fulgencio Romero y le reveló detalles inéditos de los eventos que envolvieron los comienzos de la enfermedad de Francisco en Nueva York y Canadá. Le contó de las tres semanas iniciales cuando Francisco no paró de repetir las palabras “Edipo Rey” y la opinión de los siquiátras en el sentido de que en esas dos palabras podría encontrarse el secreto y la explicación de su estado mental. Le contó también, que al inicio, nadie supo nada de la mujer con quien estaba al momento de enfermarse, que simplemente ésta había desaparecido de la habitación sin dejar rastro, pero que tres días después, su primo que vivía en Nueva York y quien conocía muy bien el lugar donde habían estado, le comunicó que se había enterado de que ésta había muerto el mismo día que ellos estuvieron allí.

Testigos oculares dijeron que esa noche habían visto salir corriendo del lugar desesperada en dirección al puente de Brooklyn a una mujer vestida de amarillo que, como agujoneada por afilados cuchillos invisibles gritaba mientras se rasgaba enloquecida la vestidura:

“¡No, nooo, nooo, Dios mío, no puede ser, no puede ser, noooooo!”.

Luego se supo que las señales dadas por los testigos coincidieron con la mujer que se arrojó del puente minutos después y cuyo cuerpo destrozado rescataron al día siguiente de las aguas del río los socorristas.

Don Fulgencio, desde luego, no tenía la menor idea de lo que podría significar la expresión “Edipo Rey”. Para no mostrar su ignorancia no quiso hacerle la pregunta al Sanjuanero, pero se prometió a sí mismo no descansar hasta averiguarlo y con ello, llegar hasta el fondo de las causas de la enfermedad de su hijo.

Para empezar, fue al otro día muy de mañanita a visitar a don Andrés Guerrero, el Sabio Guerrero, como solía llamar a su otrora amigo íntimo y con quien mantenía desde hacía mucho tiempo una relación bastante fría, desde aquellos desafortunados acontecimientos que llevaron a que finalmente Fulgencio se quedara con la mayor parte de las tierras y otras propiedades de don Andrés y su familia.

“¡Las vueltas de la vida!”, meditaba mientras se dirigía a la casa de Andrés Guerrero, “yo que creía que un amigo era algo que uno simplemente cogía y dejaba de acuerdo a la conveniencia del momento. Nunca me imaginé que iba a volver a él a pedirle un favor, y mucho menos para algo tan banal, seguramente se va a echar a reír cuando le cuente la razón por la cual he venido a verlo”.

Sin que pudiera evitarlo, un hilo de sentimiento en lo profundo de su pecho le apretó con fuerza su acorazado corazón.

“¡Nunca debí perder a este amigo!”, se dijo con hirierte nostalgia. “Ahora comprendo que hay amigos que uno no se puede dar el lujo de perder. Si supiera que devolviéndole sus tierras recuperaría de nuevo su amistad, lo haría sin titubear. Pero este viejo roble principista jamás aceptaría semejante humillación. Además, él sabe que el peor castigo que me puede infligir es haciéndome cargar por siempre esta insondable pena que oculto celosamente a los demás, pero que no puedo esconder de mí mismo. Bien lo decía el muy bribón, con ese convencimiento de sabio centenario cuando me oía hablar con tanta ligereza: ‘Un día aprenderás, Fulgencio, que no es fácil reponer la pérdida de un buen amigo, porque un amigo fiel te acompaña en la lúgubre incertidumbre de la noche; va contigo más allá del verdor y la algarabía de la primavera, a través de la palidez de la brisa otoñal y de la metamorfosis aniquilante del concluyente frío invernal’. Recuerdo aquella vez cuando me dijo, y tenía toda la razón: ‘Fulgencio, nunca permitas que el éxito te nuble la razón, porque cuando te embriagas de éxito, pierdes la lucidez del discernimiento, y entonces, no puedes darte cuenta si el que se te acerca es amigo de lo que eres o de lo que tienes. Los amigos de lo que tienes se alejan sin dejar rastro como víboras escurridizas en las onduladas arenas del desierto cuando la efímera fiesta del éxito ha terminado. En cambio, los amigos de lo que eres, se quedan a tu lado y te acompañan en los dolorosos avatares de las adversidades’”.

Así llegó sin darse cuenta hasta la puerta de la vivienda de don Andrés. Dio un medio rodeo a la casa y fue directamente a la cocina, donde estaba seguro encontraría al anciano preparando el café. Al oír los pasos del caballo en los alrededores de la cocina, Andrés levantó la cabeza y lo vio:

—¡Vaya, vaya!, vean a quién tenemos por acá, nada menos que al hombre que atrapó el cielo entre sus manos y se lo puso en un bolsillo. ¿En qué puedo serte útil, Fulgencio Romero?

—No seas cínico Andrés —le contestó muy serio Fulgencio—, que tú sabes muy bien que respeto tu justificado enojo, que si he venido hasta ti es porque tengo algo muy importante que conversar contigo.

—Pues tú dirás, soy todo oído —le contestó don Andrés, ahora sin ningún sarcasmo, al tiempo que le ofrecía a su antiguo amigo una cordial sonrisa.

—Yo sé que entre tú y yo han pasado cosas que nos han enemistado y distanciado, después de haber sido tan amigos como éramos desde el mismo día en que yo asomé por estas tierras —comenzó diciendo Fulgencio—, pero a pesar de ello, yo vengo a pedirte un pequeño favor, sabiendo que eres una persona muy estudiada, que fuiste cura y que sabes muchas cosas que un ignorante hombre de mundo como yo desconoce por completo. Se trata de que me respondas una simple preguntita.

—Tú dirás, Fulgencio, pregúntame lo que quieras, que yo trataré de responderte si está dentro de mis

posibilidades —le contestó don Andrés, mientras le regalaba otra vez una leve sonrisa de cordialidad.

Fulgencio le contó las extrañas circunstancias en que su hijo había enfermado y luego le pidió que le explicara qué quería decir eso de “Edipo Rey”.

Don Andrés se sonrió al escuchar ese nombre.

—¡Ah, Edipo Rey, la tragedia de Sófocles! —exclamó con alivio al darse cuenta de que podía contestar sin ninguna dificultad la pregunta de Fulgencio. Este se le quedó mirando, todavía sin entender nada. Don Andrés se apuró a hablar para no poner en aprietos a su ex amigo.

—Déjame ver cómo te lo explico de manera que puedas entenderlo fácilmente, dijo en tono afable don Andrés, como si le estuviera hablando a un niño de siete años.

—Edipo Rey es el nombre de una obra literaria, digamos más bien, una obra de teatro del género llamado tragedia, escrita por Sófocles, un escritor que existió muchos años antes de Cristo, en la Grecia Antigua, y en donde el personaje principal es un Rey llamado Edipo...

Cuando terminó de explicarle, Fulgencio estaba tan pálido, que don Andrés se asustó muchísimo y fue corriendo a la tinaja a traerle un jarro de agua fresca. Fulgencio bebió varios tragos de agua y respiró profundo, mientras se decía mentalmente:

“¡Coño, será posible!”. —No te preocupes, Andrés, lo que pasa es que me dio un pequeño mareo

porque por atraparte antes de que te me fueras para el conuco ni siquiera tomé café, y ya tú sabes, estos cuerpos viejos no se sostienen mucho tiempo si uno no los alimenta como se debe, ya se me pasó, trató de justificarse Fulgencio. Dio las gracias a don Andrés y salió apresurado, pero en lugar de devolverse para su casa, enfiló su caballo rumbo al pueblo, lo que desconcertó aun más a don Andrés, que desde luego, no se había tragado el cuento del mareo por falta de alimento de don Fulgencio.

Por el camino, Fulgencio no dejaba de pensar, negándose a dar crédito a lo que su mente irremediablemente elucubraba conforme iba atando poco a poco los cabos sueltos de aquel complicado enigma.

“¡Carajo!, si es lo que estoy pensando, eso sí que es una tragedia, una tragedia que me involucra y me incrimina a mí directamente”, se dijo con sobresalto.

Ahora Fulgencio se lamentaba en el alma por no haber aceptado que Rebeca, la madre de Francisco viniera desde Nueva York a conocer a su hijo cuando se lo pidió en unas tres ocasiones. La última vez que lo hizo fue cuando Francisco tenía ya doce años, en esa ocasión, ella le escribió varias cartas en donde le decía, entre otras cosas, que estaba arrepentida de haber dejado abandonado a su hijo, que entendiera, que cuando sucedió todo aquello, ella era tan solo una niña de dieciséis años, inmadura y llena de prejuicios, que no fuera tan duro con ella y que le permitiera venir verlo, que se acordara que él también había actuado con similar

inmadurez ante su embarazo y el subsiguiente nacimiento de su hijo. Pero él se mostró inflexible, totalmente insensible ante los clamores de Rebelá por conocer a su hijo. Finalmente, le dijo que se olvidara de que había parido ese hijo, que después de todo, madre no es necesariamente la que engendra un nuevo ser, sino quien se sacrifica y se desvela noche y día porque ese nuevo ser tenga cobijo y alimento y que ella no había sabido aportar nada de eso al hijo que trajo al mundo.

Esto la lastimó y la deprimió profundamente, disuadiéndola de continuar insistiendo en que Fulgencio la dejara conocer a su hijo.

“¡Maldita sea!”, se lamentaba ahora Fulgencio, “¿por qué no la dejé que viniera a conocer al muchacho cuando me lo pidió?, ¿por qué tuve que ser tan terco?, si en fin de cuentas, qué hubiera perdido yo con eso, y en cambio, si la hubiera dejado, nada de lo que casi estoy seguro que pasó hubiera acontecido”.

Fulgencio llegó al pueblo y se dirigió directamente a la oficina de correos y telégrafo para poner un telegrama a Noelia, la tía de Rebeca y quien era la única en la familia de ella con quien había conservado alguna comunicación. Le preguntaba en su nota cablegráfica, qué sabía ella de Rebeca, dónde estaba ella y a qué se dedicaba. También le pedía que por favor, le contestara de inmediato, pues era de vital importancia para él tener esta información lo antes posible. Se fue al almacén y pasó todo el día esperando la respuesta, sin embargo, ese día no llegó ningún mensaje para él. Esa

noche no fue a dormir a su casa de Estero Viejo, sino que se quedó en el pueblo, con la esperanza de que el mensaje le llegara durante la noche. Pero no fue sino a las dos de la tarde del día siguiente cuando el mensajero del telégrafo le llevó el telegrama de respuesta de la tía de Rebeca. El pulso le temblaba mientras le firmaba la hoja de recibido al mensajero y su rostro volvió a tornarse pálido, al igual que le había sucedido el día anterior en casa de don Andrés Guerrero. Vaciló por algunos segundos antes de abrir el telegrama, hasta que al fin se decidió.

“Querido Fulgencio, todos aquí muy tristes, Rebeca ha muerto”.

Sólo eso decía el telegrama, nada de cómo ni cuando había ella fallecido.

“¡Mierda!”, se dijo, “Rebeca está muerta, pero eso todavía no me confirma mi sospecha, necesito saber cómo murió y en dónde estaba cuando sucedió”.

Decidido a llegar hasta el fondo de aquel asunto, llamó al chofer de la camioneta del almacén para que lo llevara a la estación del ferrocarril. Una vez allí, tomó el primer tren que salía para Santiago. Llegó como a eso de las diez de la noche, cuando ya Noelia se había ido a dormir. La llamó y ésta se levantó, impresionada porque según le dijo, no se esperaba su aparición en el mundo de los olvidados del pasado a esa hora de la noche.

—Déjate de sarcasmos, Noelia, y cuéntame de una vez todo lo que sabes sobre la muerte de Rebeca, le exigió él con su acostumbrado don de mando.

Ella le explicó que no sabía mucho de las circunstancias en que Rebeca había muerto, que lo único que le mandó a decir la amiga con la que compartía apartamento fue que ésta había tenido un accidente fatal, que mientras caminaba por una calle de Manhattan un vehículo la había atropellado quitándole la vida, pero no le decía exactamente cuándo sucedió, aunque por la fecha de la carta y la referencia al hecho parecía que hacía aproximadamente unos cuatro meses. Tampoco sabía con certeza Noelia en qué trabajaba Rebeca al momento de su fallecimiento, lo que ella le había dicho seis meses atrás en la última carta que escribiera, era que trabajaba con unas amigas en una floristería que tenía un jardín que producía sus propias flores y que les iba muy bien a todas, que durante la mañana trabajaban en el jardín y en la tarde y parte de la noche se dedicaban a vender las flores, que era un trabajo maravilloso y que ganaba muy bien, que en ocasiones los clientes preferían ir directamente al jardín a recoger ellos mismos las flores y que casi siempre dejaban muy buenas propinas a las vendedoras, que aquello parecía realmente el Jardín del Edén.

A Fulgencio aquella extraña historia del lugar de trabajo de Rebeca no lo dejó convencido. ¿Qué carajo era eso de una floristería que producía sus propias flores en su propio jardín, en el mero centro de Manhattan? Esa noche se quedó en un hotel y al otro día de madrugada partió de regreso a Estero Viejo. Era muy poco lo que había logrado averiguar en Santiago, pero estaba decidido a continuar su indagatoria aunque tuviera que

viajar personalmente a Nueva York si era necesario. Esa misma noche volvió a conversar con el Sanjuanero, que había decidido quedarse unos días para acompañar a Francisco en su readaptación al ambiente de Estero Viejo. Le contó de su conversación con Noelia, la tía de Rebeca y en particular, lo relativo a la floristería, pero se le olvidó mencionar aquello que le había contado Rebeca a su tía Noelia de que el lugar se parecía al Jardín del Edén. Fue hasta después de un rato, cuando hablando del burdel de Nueva York donde habían estado aquel día, el Sanjuanero le dijo por primera vez a don Fulgencio que el sitio se llamaba el Edén Perdido.

—¡El Edén Perdido! —exclamó don Fulgencio—, ¡pero, coño, cómo no me habías dicho eso antes! —le reclamó al muchacho.

—No creí que eso fuera importante —se justificó éste.

—¡Claro, eso es! —exclamó don Fulgencio con contradictoria alegría, como un escolar que logra al fin la respuesta a un difícil problema de aritmética.

—¡El Jardín del Edén y el Edén Perdido!, tiene que tratarse del mismo sitio.

Entonces le refirió con mayor lujo de detalles al Sanjuanero lo que decía Rebeca en su carta a la tía Noelia.

—¡El Jardín del Edén y el Edén Perdido!, eso es demasiada coincidencia —dijo intrigado el Sanjuanero—, es muy posible que sea como usted piensa, don Fulgencio.

“Pero, ¿cómo averiguarlo?”, se preguntaba una y otra vez don Fulgencio. La solución se la ofreció sin mucho rodeo el Sanjuanero.

—Mire don Fulgencio, si usted quiere, yo me voy pasado mañana, paso a saludar a mi familia en San Juan de la Maguana y como me quedan aun unas cuantas semanas de vacaciones, puedo detenerme en Nueva York y con la ayuda de mi primo puedo indagar un poco más del asunto. Solo necesito que me averigüe usted el nombre y la dirección de esa amiga de Rebeca en Nueva York.

Don Fulgencio accedió, de todos modos era más práctico que viajar él a esta ciudad. Mientras afinaban detalles de la indagatoria que haría el Sanjuanero, don Fulgencio le preguntó si se acordaba cómo se llamaba la mujer con que había estado Francisco en el Edén Perdido aquella noche.

El Sanjuanero se quedó pensando, pero luego admitió que no se acordaba porque todas se llamaban Eva y era muy difícil en una primera oportunidad recordar el segundo nombre que las distinguía una de otra. De todos modos, le dijo a don Fulgencio, que era importante que tratara de recordar cuál era el nombre de pila completo de Rebeca, así como su apellido, porque era muy posible que en el Edén Perdido ella tuviera uno de sus nombres o su apellido como distintivo.

Don Fulgencio se acordaba perfectamente de que el apellido de Rebeca era Santoni, pero no se acordaba si ésta tenía un segundo nombre. Pensó en que como

de todos modos tenía que ponerle un telegrama a Noelia para pedirle el nombre y dirección de la amiga de Rebeca, aprovecharía para averiguar también aquel otro detalle. Pero en eso el Sanjuanero le preguntó si conservaba en alguna parte una copia del acta de nacimiento de Francisco, a lo que don Fulgencio respondió afirmativamente.

—¡Cierto, cómo no se me había ocurrido!

Entró a su cuarto y luego de rebuscar por todas partes reparó en una vieja maleta colocada sobre un armario y que contenía cosas de Francisco traídas desde Santiago cuando era todavía un niño. La bajó y en medio de un paquete de papeles encontró el acta de nacimiento del muchacho. Leyó detenidamente y encontró que decía: “Hijo legítimo de Fulgencio Romero Jiménez y Rebeca Cristina Santoni Bermúdez.

—¡Ya lo tengo! —le gritó desde adentro al Sanjuanero. Le escribió en un papel el nombre completo y se lo entregó.

Dos días después, luego de que don Fulgencio recibiera desde Santiago la dirección y el nombre de la amiga de Rebeca en Nueva York, el Sanjuanero se marchó, no sin que antes don Fulgencio le dotara de fondos suficientes para poder llevar a cabo la pesquisa que éste le había encomendado. Su compromiso era que tan pronto como completara la información requerida, le enviara un telegrama a don Fulgencio, quien estaría impaciente esperando noticias suyas día tras día.

Pasaron las dos primeras semanas y don Fulgencio no tuvo noticia alguna del Sanjuanero y su averiguación en Nueva York. Finalizaba ya la tercera semana y cuando el viernes a las cinco de la tarde la impaciencia de don Fulgencio estaba ya llevándolo al borde de la desesperación, apareció en el almacén el mensajero de la oficina de Correos y Telégrafo con un telegrama en la mano para don Fulgencio. Él lo recibió con esforzada tranquilidad, pero a pesar de su ansiedad por saber lo que decía, no se atrevió a abrirlo de inmediato. Lo puso sobre el escritorio y se paró de su asiento, salió al patio y aspiró una profunda bocanada de aire húmedo con sabor a salitre, luego, miró al mar y dejó que su mirada se perdiera en la lejanía del horizonte, como si buscara escudriñar entre las olas de la inmensidad del infinito los hilos invisibles de la trama de la vida, los designios ocultos que se enlazan furtivos tras nuestras decisiones para hacer que además de lo que buscamos sucedan cosas que no buscamos y que muchas veces tampoco deseamos. Hasta hacía poco tiempo, él había creído firmemente que el hombre era el único artífice de su propio destino, que las decisiones que tomamos entretejen por entero los hilos de la compleja maraña de nuestro existir. Y aún seguía creyendo que así era, pero ahora se daba cuenta de que su antiguo amigo Andrés Guerrero tenía toda la razón cuando le dijo aquella vez:

“No olvides, Fulgencio, que nuestras decisiones desencadenan una multiplicidad de acciones, reacciones y efectos que se mezclan con las decisiones de otros

y por eso muchas veces se escapan a nuestro control y de nuestra visión, definiendo y redefiniendo no sólo nuestras propias vidas, sino también las vidas y la suerte de personas que tal vez nada tienen que ver con dichas decisiones y que deberían tener derecho a edificar su existencia a partir de sus propias decisiones y no de aquellas que otros tomaron y de las cuales ellos no son en absoluto responsables”.

Al arrancar de sus recuerdos estas palabras de su otrora amigo Andrés Guerrero, no podía evitar pensar en la suerte de Francisco, víctima sin buscarlo de una cadena de decisiones suyas arrogantes, egoístas y desconsideradas; un hijo del placer y la lujuria, fruto de una acción inmadura e irresponsable, pero más que eso, producto de un error que según creyó por mucho tiempo, había sido ya asumido y enmendado como Dios manda. Su pobre hijo, engendrado en el estiércol de su parasitismo juvenil, huérfano por completo de amor y de ternura, devorado implacable antes de despegar su vuelo por la vida por la misma inmundicia que decidió su ser en medio de aquel potrero con olor a boñiga fresca y a sudor de caballo recién montado.

Volvió a su escritorio, se sentó y tomó de nuevo entre sus manos aquel telegrama que estaba seguro confirmaba únicamente lo que ya su corazón, más allá de la evidencia concluyente, había descubierto desde el momento en que don Andrés le explicó el significado de las palabras “Edipo Rey”.

“Don Fulgencio. Confirmado. Edén Perdido es Jardín del Edén. Mujer con Frank es Eva Cristina.

Rebeca Cristina Satoni, Eva Cristina y Mujer se suicidó en Puente Brooklyn la misma persona. Con inmenso dolor. Manuel, el Sanjuanero”. Decía el telegrama.

Fulgencio sabía que él no tendría la misma suerte de Francisco y de Rebeca. Ellos escaparon de inmediato, cada uno por su cuenta y a su manera, de la lucidez devastadora de la conciencia. El, en cambio, sabía que su condena consistía en seguir lúcido, consciente, sintiendo y contemplando con horror, cual Prometeo encadenado, cómo el pico afilado del pasado devoraba día a día el hígado de su conciencia, de su humanidad, precipitándolo inexorablemente hacia la nada.

—XVIII—

“¡Ese vago, sinvergüenza, ahora viene de hipócrita a hablar contra los placeres de la carne después de haberse pasado fornicando y desoyendo los mandatos de Dios y de la Iglesia!”, decían algunas de las mujeres que salían de la misa al oír al Padre Loco en sus largas peroratas en el Parque Central de Nueva Matanzas los sábados a las 9 de la mañana.

Otros, en cambio, como el Dr. Manuel Castro, lo admiraban y se deleitaban escuchándolo.

—Ese hombre —le decía un día a su colega el Dr. Osvaldo Martínez— no tiene nada de loco, o sea, sí está loco, pero es un loco genio, o un genio loco, no sé si tú me entiendes Osvaldo, es una mente ilustradísima, dice grandes verdades, se nota con sólo escucharlo que

es un hombre muy leído, cuando lo oigo comenzar su discurso no puedo evitar dejar todo lo que estoy haciendo para prestarle toda mi atención. Él es brillante, es genial, pero hay mucha gente que no lo entiende, porque no es fácil entender a los genios. Este hombre no ve con los sentidos como la mayoría de la gente, este hombre mira desde lejos, desde lo profundo de su mente, él ve con la razón y por ello, puede ver un mundo mucho más amplio y complejo. Por eso, puede ver cosas que esta masa de ignorantes no puede ver, porque están ciegos, son prisioneros de la cortedad de sus sentidos.

El Dr. Martínez no conocía muy bien al Padre Loco, pero le parecía que el hombre era muy atrevido y desbocado al hablar y eso no era cosa aconsejable en esos tiempos. Por eso, frente al entusiasmo de su colega y amigo se limitó a decir:

—Mire colega, tenga mucho cuidado de no manifestar en público su simpatía por ese hombre, porque usted sabe muy bien cómo son las cosas en este país, no se le olvide dónde y cómo estamos viviendo.

El Dr. Castro pareció minimizar la preocupación de su amigo y le dijo, sin mucha convicción:

—No ombe, colega, ese muchacho no es de nada, es totalmente inofensivo, no creo que nadie se va a poner a darle importancia a lo que él dice.

El Dr. Martínez se encogió de hombros, se despidió de su amigo y se marchó, no sin antes decirle:

—Y si no es importante lo que dice, entonces, ¿por qué le da usted tanto crédito a sus palabras? Hágame caso, colega, aléjese de ese hombre.

El Dr. Castro tenía su clínica justo frente al parque, diagonal a la iglesia. Usualmente, los sábados en la mañana no tenía muchos pacientes que atender, por eso se sentaba al frente de la casa a leer o simplemente a deleitarse viendo pasar a la gente. Conocía a Frank Romero desde que era aún un niño pre-adolescente, cuando Fulgencio lo trajo a Estero Viejo. Él había sido su médico por muchos años, él lo trató de muchas dolencias cuando niño y hasta le curó aquel terrible gonococo que contrajo el muchacho cuando apenas había cumplido los catorce.

Aquel sábado, Frank llegó al parque como de costumbre poco antes de las nueve de la mañana, ataviado con su túnica negra raída de antiguo seminarista. Se instaló en una esquina y comenzó a hablar, pero en esta ocasión, el Dr. Castro notó un giro inesperado en el contenido de su discurso y se preocupó, aunque no habló con nadie del asunto. Tenía la esperanza de poder ver en esos días a Fulgencio y sugerirle que no dejara venir más al muchacho a sermonear al pueblo, pues sus palabras, además de desafiantes, estaban ya aludiendo a gente de mucho poder y esto podría ser peligroso.

Siempre comenzaba su sermón de la misma manera, sin quitar ni poner una sola palabra:

“Hombres de mundo, habitantes de Nueva Matanzas: soy un náufrago de las tinieblas anclado en una

esquina de otro tiempo. Soy un sobreviviente de la noche y de la tempestad y vengo a hablarles de luz, de humanidad, de eternidad”.

Luego de aquel brevísimo preámbulo que parecía ser su credo irrenunciable, el Padre Loco comenzaba a improvisar con frases cortas y pausadas su discurso:

“Prefiero la locura al goce, al placer”, continuó en aquella ocasión con voz sonora y lapidaria.

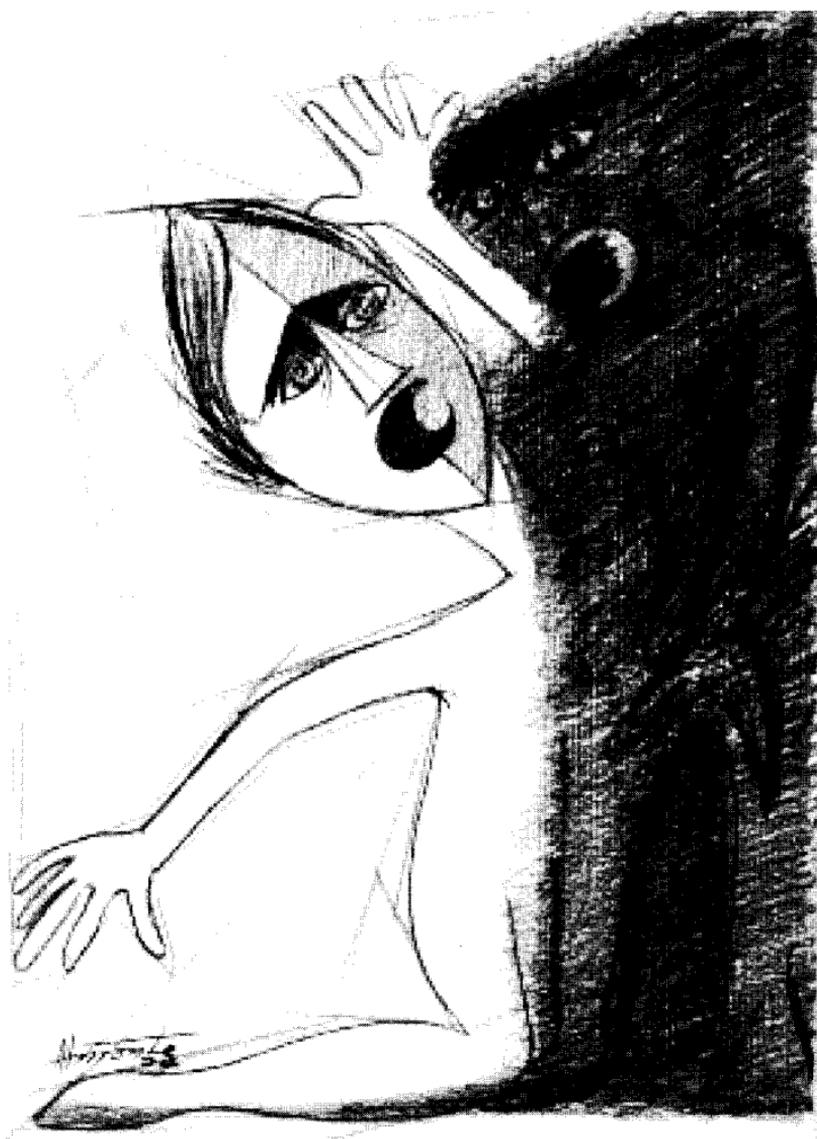
Y prosiguió:

“El placer corrompe, hermanos míos, aniquila la mente y la conciencia; el goce nos aleja del verdadero disfrute de la vida, nos hace esclavos de nuestras pasiones, de nuestros más espurios deseos, nos reduce y degrada, nos devuelve al reino de lo común, de lo biológico, de lo inferior, de lo superficial. Sólo la entrega completa, absoluta a la aventura de la razón, del entendimiento pleno de las verdades más profundas del mundo en que vivimos y de nuestra efímera existencia nos permite renacer y elevarnos al reino de la luz.”

Luego de esos argumentos de coherencia impecable, su mente momentáneamente se extravió y sus ideas deambularon inconexas por los laberintos ignotos de la sinrazón:

“Tumulto y lejanía, ¡oh Rey de los temblores de mis pesadillas de ojos abiertos! Mar de tierra de largo caminar, púlpito sin sombrero en la vereda de la noche, esperanza de horrores en la risa del fuego, luz sin luz de la luz de las luciérnagas, ¿por qué? ¿por qué? ¿qué me

pasa? No sé. Sólo distingo sombras en las sombras
¿Quién soy yo, quién soy yo? ¿En dónde me has dejado
abandonado sin brújula tu barco creador de mis huesos
y mi verbo sin carne?"



De repente calló. Escudriñó con sus ojos profundos de azul del horizonte la distancia, buscaba algo, algo que lo aferrara a su cabeza, algún punto de referencia para dar coherencia a la razón de su razón. Finalmente, se sentó en uno de los bancos del parque y con el rostro entre sus manos lloró su soledad, su vacío de olvido, su doliente extravío. La gente lo miraba distante, indiferente, indolente.

“Saquen a ese loco insolente de este parque —gritó desde un extremo un hombre que miraba—, que se vaya al desierto de las brasas ardientes del infierno y nos deje tranquilos, no queremos oír más sus gritos de purgatorio en penitencia de arrepentimiento”.

Pero el Padre Loco había ido esa mañana a decir su sermón a los mortales de Nueva Matanzas y eso era lo que estaba dispuesto a hacer aun fuera a costa de quedarse sin palabras. Recobró nuevamente el hilo de su argumento y volvió a hablar:

“Desde muy joven vi a mi padre obsesionado por el goce que le producía el dinero y la propiedad, esclavizado por el placer que le daba el aumento desmedido de su riqueza. Tan atrapado estaba por este goce, que no le importó recurrir a medios groseros, desconsiderados e injustos con tal de alcanzar el placer que le daba la acumulación desmedida de riquezas y propiedades. Después, vi a mi madrastra consumirse en el oprobioso placer que le daban el lujo, la lujuria y el consumo extravagante y demencial. Tan esclava era del lujo y del consumo suntuoso, que hacía viajes periódicos a otros

países para recorrer tiendas y comprar cuantas banalidades exóticas encontraba. Mi padre gozaba haciendo dinero a toda costa y ella, por su parte, gozaba gastando este mismo dinero a manos llenas en lujos y superficialidades. ¡Díganme, amigos míos!, ¿Qué sentido puede tener todo eso? ¿Qué valor humano puede haber en una vida esclava de la felicidad efímera del placer y el goce? Cuando entré al Seminario a realizar mis estudios secundarios, vi también allí cosas horribles, bochornosas, abominables. Vi a blancos corderitos moralizantes revolcarse como cerdos obesos en el fango de su inmundicia intrascendente, corrompiendo a la flor antes de ser fruta, seduciendo a la noche antes de ser luz. ¡Y todo por el maldito placer!, por el goce pasajero de los sentidos, que no va más allá de la piel, del estómago y del miembro eréctil. El placer corrompe y deshumaniza, hermanos míos, el hombre tiene que colocarse por encima de las pasiones, tiene que ser humano a plenitud, tiene que superar la bestialidad de su ser inmediato para crecer en la virtud. Muchos hablan a nombre de Cristo Redentor, ¡oh blasfemia insensata!, y hasta nos prometen la salvación de nuestras almas si seguimos sus cantos de sirenas falaces. Pero se olvidan estos nuevos profetas fariseos, que Cristo no era un patán buscador de inmediateces fugaces e insignificantes. Cristo era un demente racional, un símbolo de nuestra humanidad, un loco como yo enamorado de la utopía humana, un soñador de sueños de locura, un visionario buscador de verdades trascendentales, de eternidades liberadoras. “La verdad os hará libres”,

decía el Señor. Verdad y libertad, ¡he ahí la síntesis mágica de lo humano!, ¡he ahí las virtudes más sublimes del hombre! Yo, al estilo del Gran Sabio Griego, prefiero refugiarme en esas virtudes y no en el estiércol del placer temporal y arrogante que dan la riqueza, el poder, la lujuria, la gloria, el deseo, el lujo y la fama. Yo prefiero vivir una vida simple, natural. No necesito lujo para vivir, no necesito abundancia, no necesito manjares exquisitos, ni vestimentas exóticas, ni hembras exuberantes para saciar mis primitivos apetitos biológicos, los puedo satisfacer con lo mínimo. Pero, óiganlo todos, ¡ay de aquellos que amparados en el poder de su riqueza, en el color púrpura de sus vestimentas, o en el verde oliva de sus uniformes, derrochan a escondidas o públicamente placeres e inmundicias pasajeras!; ¡ay de aquellos, porque un día arderán irredentos como gusanos infecundos en la creolina de fuego de su propia conciencia acorralada y corrompida!”.

—XIX—

Ese lunes, el Dr. Castro habló con don Fulgencio sobre Frank, se dio una vuelta por su almacén al caer la tarde y allí lo encontró, frente a una taza de café y repleto el escritorio de facturas recientes por ordenar.

—Pase, pase Doctor, ¿en qué puedo ayudarle? —le recibió de buen modo don Fulgencio.

—Sólo vine a hablar un asuntito muy breve con usted, don Fulgencio.

—Pues usted dirá, estoy a sus órdenes, Doctor.

El Dr. Castro vaciló por un instante, pareciera como si de repente hubiera decidido que aquel diálogo no procedía, que debía dejar las cosas como estaban.

Pero don Fulgencio no era hombre al que se le arrepentía alguien fácilmente después de tenerlo frente a frente.

—Dígame Dr., me tiene usted intrigado, le escucho, demandó don Fulgencio con voz firme y decidida.

—Sabe usted, don Fulgencio, yo vine a hablarle de su hijo, de Frank.

—¿Qué con el muchacho? —preguntó don Fulgencio, frunciendo el ceño y enrareciendo el tono de su voz.

—Me parece que a Frank se le está yendo un poquito la mano en lo que dice en sus sermones al público cuando viene al pueblo y yo vengo a pedirle, por el aprecio que le tengo al muchacho y a usted, que no lo deje venir por un tiempo, hasta que se olviden un poco de él.

Don Fulgencio lo miró por un instante, levantó la taza y tomó un trago largo de café, luego expresó:

—Supe que Frank ha estado últimamente desconsiderándome públicamente, echando a volar a los cuatro vientos cosas íntimas de la familia. Yo no sé por qué mi hijo me está haciendo eso, qué persigue con ello, a dónde quiere llegar con semejante ingrati-

tud. Pero eso no es lo que me preocupa, pues en fin de cuentas ya yo he vivido mi vida, hice lo que creí que tenía que hacer en cada momento, bien o mal, pero lo hecho, hecho está y no hay manera de deshacerlo. Lo que realmente me preocupa es que también me contaron que ha estado diciendo cosas muy feas y comprometedoras de las autoridades y de los ensotados, yo no entiendo qué quiere ese condenado muchacho, pero lo cierto es que está metido en un lío bien feo. Sabe, Doctor, usted no es el primero que se me ha acercado para decirme que detenga al muchacho a cómo dé lugar, ayer domingo tuve nada menos que dos visitas que me refirieron el mismo tema. Una fue la del Padre Alberto, quien me manifestó su hondo pesar por esas cosas tan calumniosas y bochornosas que ha estado diciendo el muchacho sobre la Iglesia y en particular sobre la vida en el Seminario. Definitivamente el Padre Alberto cree que Frank está loco de remate y que es peligroso, por lo cual me sugirió que lo encerrara en el Manicomio de inmediato.

—Perdone que le interrumpa, don Fulgencio —dijo el Dr. Castro—, pero yo no recomendaría esa solución, pues conociendo el espíritu libre de Francisco, no tengo duda de que un encierro en el Manicomio lo mataría en muy poco tiempo.

—Yo lo sé, Doctor, pero créame que esa sugerencia no fue lo que más me inquietó, sino lo que dijo al final el Padre Alberto. Me dijo que pensara seriamente en encerrar al muchacho, porque a él le parecía que

como estaban las cosas, éste estaría mucho más seguro en el Manicomio que en la calle.

—¡Es increíble!, ¿eso dijo el Padre Alberto?— cuestionó incrédulo el Dr. Castro.

—Sí, eso dijo, pero la verdad, eso yo lo relaciono con algo más grave aún que me dijo el Capitán Montalvo, la segunda persona que fue a visitarme ayer. Llegó hasta mi casa con el pretexto de que hacía varios meses que no se tomaba conmigo un cafecito bien caliente. Se pasó como una hora sentado en el patio de la casa hablando de todo y solo al final, cuando ya se estaba montado en el jeep fue que me dijo como el que no quiere la cosa, el muy granuja, que si yo estaba enterado de las cosas horribles que venía hablando mi hijo del Gobierno y de las Fuerzas Armadas, que si no me preocupaba que algo malo le fuera a pasar al pobre muchacho y que de paso salpicara a toda mi familia. Que claro, eso no tenía nada que ver con él, pero que se había enterado que los del Servicio de Inteligencia Nacional, los del SIN, ya le estaban siguiendo los pasos muy de cerca, que lo aguantara a como diera lugar, para que no tuviera que lamentarme. Finalmente, me dijo que eso me lo contaba por la confianza y el aprecio que me tenía, pero que él también corría un gran riesgo al informarme de la situación.

El Dr. Castro se llevó ambas manos a la cabeza al tiempo que exclamaba estupefacto:

—¡Válgame Dios, esto es más serio de lo que yo había pensado!, don Fulgencio, ahora con más razón le

digo que tiene usted que impedir a toda costa que Frank vuelva al pueblo y mucho menos que vuelva a hablar en público.

Fulgencio se quedó pensativo por unos minutos, mientras el Dr. Castro lo contemplaba con impaciencia. Por fin el viejo se rascó la cabeza y dijo:

—Yo no sé Doctor, si al menos el sábado amaneciera manso, porque así sí obedece y se deja llevar dócilmente a donde uno quiera, con decirle que ni siquiera habla, ni se queja ni pide nada. En cambio, cuando amanece de remate no hay quien pueda con él, la locura le agarra por hablar y no hay quien lo detenga, porque según dice,

“No hay mayor poder que la palabra; la palabra puede llenar de luz el oscuro vacío de la desesperanza, puede despertar a las mentes dormidas, puede hacer morir de miedo a los impíos y poner a temblar de impotencia y desesperación a los mediocres y a los cobardes”.

—¡Qué diablos querrá decir el pobre loco con ese juego de palabras, sólo él lo sabrá! Yo la verdad no sé si pueda detenerlo, o más bien, yo podría, eso no es ningún problema, basta con decirle a cuatro o cinco de mis hombres que lo amarren en la enramada y problema resuelto, luego lo mando al Manicomio y san se acabó, pero el caso es que no se si quiera y deba hacer eso, ya le hice tanto daño al pobre muchacho queriéndole imponer mi voluntad que no quisiera más interponerme en su camino. Tal vez sea ésta la primera vez

en su vida en que esté actuando por voluntad y decisión propia. Y tal vez sea ésta la primera vez en que no quiero imponerle mi voluntad. En todo caso, tengo la impresión de que a pesar de su locura él sabe lo que hace, al menos, lo que busca.

Al decir esto último, su rostro se contrajo asolado por un mudo dolor, a su mente llegó como una ráfaga de puñales hirientes el recuerdo de Rosario, sus palabras martillaron su conciencia con un golpe macizo, demoledor:

“Tú lo destruiste, papá, tú y solo tú eres el culpable de su tragedia”, le había enrostrado implacable ella en su última discusión antes de irse de la casa en plena adolescencia.

El Dr. Castro lo miró con ojos compasivos, nunca lo había oído expresarse con tanta tolerancia y respeto hacia ninguna persona, por eso, sus palabras lo conmovieron profundamente.

—Yo lo comprendo, don Fulgencio —dijo el Dr. Castro con evidente sinceridad—, pero al menos intente hablar con él, explíqueme la situación y el peligro en que se encuentra, tal vez decida hacerle caso y quedarse tranquilo aunque solo sea por un tiempo, hasta que se calme un poco todo.

—Está bien, Doctor, hablaré con él y Dios quiera que me haga caso.

Ese día, don Fulgencio llegó tarde a su casa de Estero Viejo y no le fue posible ver a Frank. Al día si-

guiente lo buscó por toda la hacienda, en la playa, en el río y no pudo dar con él en ningún lado. Fue casi al medio día del jueves cuando lo encontró sentado en un tronco frente al mar, contemplando el movimiento de las olas mientras se acariciaba suavemente la espesa barba negra. Tan solo verlo y Fulgencio se dio cuenta que estaba ausente, sereno y manso como un corderito que marcha rumbo al matadero detrás del matarife que habrá de desgarrarle en poco tiempo las entrañas. Se paró frente a él y lo saludó, Frank no contestó el saludo pero le correspondió con una amplia sonrisa al tiempo que lo invitaba con un gesto de su mano derecha a sentarse a su lado. Don Fulgencio se sentó muy cerca de él y al cabo de un par de minutos le preguntó si pensaba ir al pueblo el sábado siguiente. Frank lo miró y le sonrió nuevamente, mientras su mirada volvía a perderse en algún punto lejano del horizonte. No había nada qué hablar, obviamente tenía que posponer su conversación, “si al menos se quedara cuerdo por un buen tiempo, las cosas se facilitarían”, se dijo para sí don Fulgencio sin muchas esperanzas. Se puso de pie e invitó a Frank a que lo acompañara a almorzar. Él se levantó tranquilamente y juntos caminaron hasta la casa donde ya los esperaba la sirvienta con el almuerzo listo sobre la mesa.

—XX—

Pasaron tres semanas y el Padre Loco no apareció por el pueblo, pero el sábado de la cuarta semana luego de su último sermón, se le vio en una esquina del Parque Central, en su habitual túnica negra, raída y mugrienta, la última que había usado en el Seminario de Toronto, dispuesto a expandir a los cuatro vientos la locura de su implacable verdad, con el fervor indomable de un sabio moralista pre-cristiano. Pero esta vez, en un acto evidente de autodestrucción, el Padre Loco fue aun más radical, habló directamente de los que usan el poder de las armas y la posición política para martirizar y humillar a los demás, para despojar a otros de sus bienes, de su dignidad y de su propiedad.

Como de costumbre, comenzó su sermón con las mismas palabras:

“Hombres de mundo, habitantes de Nueva Matanzas: soy un náufrago de las tinieblas anclado en una esquina de otro tiempo. Soy un sobreviviente de la noche y de la tempestad y vengo a hablarles de luz, de humanidad, de eternidad”.

Dicho esto, se secó el sudor de la frente con una manga de su sotana raída y prosiguió:

“Esos mediocres, ignorantes mamarrachos uniformados, enanos infecundos de humanidad, patanes encumbrados a la condición de semidioses omnipotentes por obra y gracia del poder de las armas y del dinero, de la razón de la sinrazón. Esos que matan por el solo

placer de matar, de sentirse temidos y venerados, o por la codicia de la riqueza ajena. Esos que se suben al púlpito como mansos corderos y rezan compungidos de la boca hacia fuera mientras tienen sus mentes soeces en la lujuria y el placer temporal; esos sin dudas las pagarán todas juntas aquí en la tierra, en este mismo mundo de sus pecados, de sus avaricias y sus maldades; aquí las pagarán, no tengo duda. Esos, esos no tienen salvación, pronto serán los reos de su propia conciencia, serán los blancos de su propia metralla demencial, serán cadáveres en sus propias mortajas de grandeza. Un rayo redentor saldrá de las entrañas de la tierra y los hará cenizas en un instante; ¡así será!, estoy seguro, yo lo he visto en mi sueño, me lo ha revelado el Santo Peregrino de los caminos extraviados de los mortales”.

El Dr. Castro se estremeció cuando vio aparecer en el costado opuesto al lugar en donde predicaba el Padre Loco al tenebroso volkswagen amarillo de los del Servicio de Inteligencia Nacional.

Dos hombres altos de espejuelos oscuros, uno moreno y el otro blanco con pelo rojizo, se bajaron del vehículo y caminaron con pasos decididos hasta el Padre Loco. Se le acercaron, lo tomaron de ambos brazos al tiempo que uno de ellos, el pelirrojo y quien parecía el más tenebroso de los dos, le decía con su cara redonda de perro bulldog:

—¡Acompáñanos maldito loco, que ya no estás tan loco como querías hacer creer, porque ya comenzaste

a comerte tu propia mierda y los locos no se comen su mierda, pendejo! ¡Te vamos a enseñar a respetar la autoridad, te vamos a mostrar quién es el que no tiene salvación!

Frank no opuso resistencia, al igual que lo había hecho aquella vez con aquella mujer desconocida y sensual que lo paseó por los jardines del Edén Perdido y lo elevó a los sublimes laberintos del Paraíso Terrenal en donde quedó extraviada para siempre su joven lucidez, se dejó conducir dócilmente hasta el carro encendido donde esperaba al volante un tercer hombre, limitándose a decir:

—Sabía que vendrían, los estaba esperando, hagan lo que tienen que hacer vástagos de la noche, antesala del alba del nuevo amanecer, zarpazo del invierno temeroso del sol primaveral.

—¡Cállate con esos disparates, hijo e' puta loco, o te rompo el hocico! —le conminó el agente cara de bulldog, al tiempo que le enterraba en las costillas el cañón de su pistola cuarenta y cinco, mientras el otro le rompía la nariz de un puñetazo.

Después de molerle los huesos a patadas y culatazos en una pequeña celda de su cuartel general, los del Servicio de Inteligencia lo llevaron a la media noche de ese mismo día a la fortaleza del Ejército Nacional y se lo entregaron al Capitán Montalvo para que sus sabuesos terminaran la tarea.

Al amanecer del lunes lo encontraron a la orilla del mar frente al cementerio los primeros hombres que

salían del pueblo, completamente desnudo, el cuerpo en un solo moretón, comidos los ojos, la lengua y los miembros viriles por los peces y los cangrejos marinos.



El dictamen del médico legista estableció que la causa de la muerte había sido asfixia por inmersión y el parte policial dijo que el occiso, que padecía de demencia traumática desde hacía varios años, se ahogó mientras nadaba en aguas profundas del Océano la noche anterior, como acostumbraba a hacerlo con conocida frecuencia.

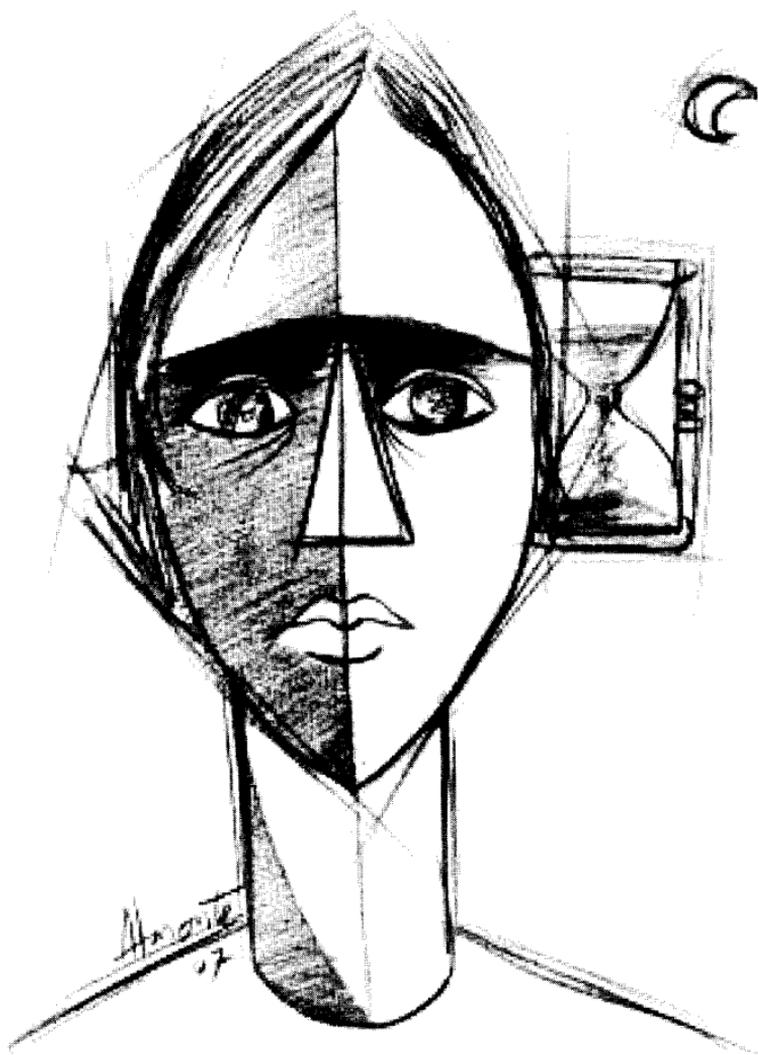
La mañana del martes, cuando ya el cortejo fúnebre se acercaba lentamente al cementerio, se presentó al funeral el Capitán Montalvo, para dar su más sentido pésame a su amigo Fulgencio Romero por la pérdida irreparable de su querido hijo Francisco, mejor conocido como El Padre Loco. Estacionó su vehículo a un costado del cementerio, se acercó con rostro compungido al padre del difunto y en un abrazo que a don Fulgencio le recordó al mítico Judas Iscariote, le susurró al oído:

—Que en paz descanse su desdichado hijo, don Fulgencio.

Este no le contestó el cumplido, una vez concluido aquel abrazo de hielo, se limitó a inclinar ligeramente hacia abajo la cabeza en un movimiento casi imperceptible, pero cuya levedad no pasó inadvertida ni para el Capitán Montalvo ni para el resto de los asistentes al funeral.

Minutos después, el Capitán subió a su jeep y se alejó del lugar sin despedirse, dejando tras de sí una densa polvareda que tornó por un instante en siluetas

casi invisibles al resto de los presentes en las honras fúnebres.



CUARTA PARTE

LA ÚLTIMA ESPERANZA ARREBATADA

—XXI—

Esa noche, un contingente del Ejército Nacional fuertemente armado llegó hasta su hacienda de Estero Viejo como a las dos de la madrugada. Luego de revoltear toda la casa y sus alrededores, lo subieron a empujones a la parte trasera de uno de los ocho camiones repletos de guardias que habían ido a buscarlo.

Fulgencio no entendía de qué se trataba todo aquel aparataje, preguntaba y preguntaba a los uniformados qué pasaba, por qué lo trataban de esa manera si él era un amigo leal del régimen del Generalísimo.

—Metete al camión y espera llegar a la fortaleza para que le explique al Comandante cómo fue que te enredaste con los comunistas esos, viejo avaro, le gritó el oficial al mando de la operación.

Al oír aquella terrible acusación Fulgencio sintió un escalofrío que le heló hasta los símbolos más íntimos de su masculinidad. ¿Qué diablos estaba pasando?, se decía, esta gente está loca de remate, ¡miren que acusarme a mí de comunista!, la verdad no había escuchado nunca nada más ridículo y absurdo.

Hacia ya varios días que circulaban de boca en boca los rumores de una invasión y de que se peleaba fieramente en las lomas del centro del país. Se decía que grupos de hombres barbudos provenientes de Cuba habían venido con la intención de derrocar el gobierno de Trujillo. Pero, ¿qué tenía él que ver con esa supuesta invasión y con esos hombres? Él había oído los rumores, pero jamás se imaginó que lo pudieran involucrar en nada semejante. En fin, pensó, es cuestión de llegar a la fortaleza para que todo quede felizmente aclarado. ¡Todo esto debe ser sin duda una desafortunada confusión!, se dijo convencido.

Extrañamente, notó Fulgencio, la caravana de camiones militares no se detuvo en Nueva Matanzas, sino que siguió la carretera en dirección a San Francisco de Macorís. ¡Esto está raro, muy raro!, pensó de nuevo Fulgencio Romero.

Llegaron a San Francisco casi al amanecer. Siguieron directo hacia la fortaleza central de la ciudad.

En medio del patio del recinto, Fulgencio pudo ver decenas de cuerpos tendidos a lo largo en el pavimento, evidentemente muertos. Pero todavía no alcanzaba a comprender qué tenía que ver todo aquello con él.

Lo llevaron hasta la oficina del Comandante de las tropas que combatían en la región, un general que intercambiaba de un momento a otro su cara de amable sonrisa con otra de perro rabioso, intimidante y despótica.

—Usted es Fulgencio Romero, le preguntó el general, con su mejor sonrisa a flor de labio.

—Si señor, yo soy Fulgencio Romero, le contestó él con muy buen humor, como para devolverle el cumplido de su sonrisa.

—Y dígame, Fulgencio, ¿desde cuándo comenzó usted a relacionarse con estos comunistas invasores y desde cuándo sabía que iban a desembarcar?

—Perdone Señor, pero no sé de qué me está usted hablando, yo...

—¡Cállese civil!, le interrumpió en un grito el general, cambiando de súbito a su otra cara, ¡aquí soy yo el único que tiene derecho a hablar!, usted es un preso y el preso es la cosa más parecida a un cadáver, ¿me entendió?

Fulgencio quedó desconcertado con aquella actitud del general, ¿por qué le preguntaba si no tenía interés en oír su respuesta?

En un rincón de la oficina, un cabo escribía a máquina, aparentemente los resultados del interrogatorio.



—Dígame, Fulgencio, volvió a preguntar calmada y amablemente el general, ¿desde cuándo viene contribuyendo con los mercenarios y cuántos les dio para que prepararan la invasión?

Esta vez Fulgencio prefirió guardar silencio para ver qué pasaba. Al no responder, el general volvió a salirse de sus casillas, gritándole:

—¡Conteste, carajo, si no quiere sumarse a los que están tendidos ahí en el patio!

Fulgencio comenzó a hablar:

—Señor, no he colaborado con esta gente ni creo que conozca a ninguno de...

—¡Cállese, viejo mentiroso! —le gritó de nuevo el militar—, no escupa para arriba porque le va a caer la saliva en la cara, ahora mismo le voy a demostrar que está usted mintiendo, pero se va a arrepentir de ello, se lo aseguro.

Dicho esto último, el general salió de su oficina mientras le gritaba a sus subalternos:

—¡Tráiganlo, para ver si tiene cara para seguir mintiendo!

Dos guardias lo llevaron casi alzado hasta el patio, caminaron despacio por el medio de dos filas de cuerpos tendidos hasta que un guardia que iba delante exclamó:

—Aquí está, éste es el cuerpo, mi General.

Lo acercaron al cadáver indicado mientras el General le gritaba:

—Díganos ahora, ¿quién es ese hombre?, ¿lo conoce?, ¿me va a decir que no lo conoce o tendré que afeitarme la barba con mi puñal para ver si así lo reconoce?

Por un momento, Fulgencio no reconoció aquel cuerpo escuálido, con el rostro tostado por la larga insolación. Pero luego notó aquella inconfundible cicatriz en su cara, justamente donde se junta la frente con el cuero cabelludo. La misma cicatriz de la ancha herida que se hizo al caerse de un caballo cuanto tenía tan solo cinco años y él lo estaba enseñando a montar.



Volvió fugaz a su memoria declinante aquel momento lejano, aquel episodio angustioso cuando el manso caballo que montaba el niño se asustó con los súbitos ladridos de uno de los perros de la hacienda y echó a correr, tirándolo al suelo sin que fuera posible contener el ímpetu del noble animal. Él corrió a socorrerlo, pero cuando llegó hasta su lado lo vio tendido inmóvil, como ahora, bañado el rostro de sangre y la mirada estática como escudriñando atenta el firmamento. Por un instante creyó que estaba muerto, hasta que le tomó el pulso y se dio cuenta de que aún vivía. Como en aquella ocasión, su primera intención fue tomarle el pulso a ver si estaba muerto, pero se contuvo.

—¡Enrique!, exclamó, sin poderse contener. ¡Santo cielos, si es mi hijo Enrique! ¿Cómo vino a parar aquí, dígame General?

—¡Dígame usted, Fulgencio, no se haga el pen-dejo!, le respondió implacable el General. Y prosiguió, ensayando de nuevo su mejor sonrisa:

—¿No es mucha coincidencia, Fulgencio Romero, que su otro hijo, aquel que fingía estar loco, fuera también un declarado enemigo del gobierno del Benefactor? ¿De quién heredaron sus hijos su antitrujillismo? ¿Cómo se hicieron comunistas? ¡Dígame usted Fulgencio Romero, carajo!, dijo el General subiendo estrepitosamente el tono de su voz y volviendo a su rostro de perro rabioso.

Lo arrastraron de vuelta al centro de la fortaleza mientras el General le gritaba a los guardias que lo sostenían:

—¡Tránquenlo tres días en la solitaria sin comida ni agua y si no confiesa, ya saben lo que tienen que hacer! Lo desnudaron y lo empujaron de cabeza en un oscuro y húmedo calabozo. Cuando abrieron la puerta al tercer día, lo encontraron sentado en un rincón, sin fuerzas para moverse y ardiendo en fiebre.

—Mi comandante, este hombre se muere si no le dan atención médica de inmediato, dijo al Oficial del día uno de los guardias que lo sacó de la celda.

Duró cinco días interno en el hospital, al cabo de los cuales lo regresaron a la cárcel. Antes de encerrarlo en su celda, lo llevaron de nuevo ante el General para interrogarlo.

—A ver si esta vez está usted dispuesto a confesar, si no, le juro que sus ojos no llegarán a ver la luz del día de mañana.

Fulgencio no habló, en realidad no tenía nada que confesar, se limitó a decirle al irritado militar:

—General, máteme si usted quiere de una vez, porque yo la verdad, tampoco sé cómo llegó este hijo mío a hacerse comunista y enemigo del gobierno. Créame o no me crea, pero en realidad hacía muchos años que no lo veía ni sabía nada de él.

El General era un hombre inteligente y se dio cuenta de que Fulgencio decía la verdad, pero había que dar un escarmiento, por ello, era necesario seguir hasta el final la comedia brutal del miedo y la intimidación.

—¡Méтанlo de nuevo en la solitaria y al amanecer ya saben lo que tienen que hacer con él!— ordenó el General a los guardias que vigilaban a Fulgencio.

Allí esperó Fulgencio, en la oscuridad de aquella celda inmundada, sin poder conseguir ni una gota de sueño, a que llegara inexorable la madrugada de su final. Pensaba en sus hijos, todos malogrados en plena juventud.

“Pobres retoños marchitos antes de llegar a ser ramas”, murmuró.

La muerte a destiempo de sus hijos le dolía más que la suya. Le apenaba, que a éste ni siquiera pudiera darle cristiana sepultura.

Enrique había sido en secreto su última esperanza. Muchas veces se lo había imaginado retornando a Estero Viejo convertido por fin en un hombre juicioso, sonriente y feliz, listo para asumir las riendas de todos sus negocios y propiedades. Pero, ¡oh puñalada artera del destino!, esa última esperanza también le había sido arrebatada, también había sido asesinada. Y lo peor de todo, ni siquiera le habían permitido colocarlo en la tierra para que se fundiera con el polvo eterno unguado de su paterna bendición.

El primer cantío de los gallos lo sobresaltó, los ojos les ardían hasta el martirio y los mosquitos vampiros hacían fiesta con su sangre enlutada:

“Deben ser las dos de la madrugada”, se dijo y siguió esperando.

Al rato, los gallos volvieron a cantar en la lejanía de los suburbios de la ciudad.

“Ya deben ser las tres, en cualquier momento van a llegar por mí esos esbirros. ¡Vaya forma tan pendeja de irse de este mundo!”, pensó.

Ya lo vencía el sueño cuando, antes de que cantaran los gallos por tercera vez, sonó el candado de la puerta de su celda, eran casi las cuatro de la madrugada.

—¡Sal de ahí viejo granuja, que te llegó la hora!—, le gritó el oficial a cargo de la patrulla de cinco hombres que lo fue a buscar.

Le vendaron los ojos, lo subieron a un camión y se lo llevaron. Recorrieron como media hora por un camino empedrado y subieron finalmente por una colina hacia el borde de un desfiladero. Lo bajaron, le quitaron la venda como para que observara por última vez el paisaje en penumbras de la verde cordillera donde le había tocado morir. Le iban a colocar de nuevo la venda negra sobre sus ojos pero él le pidió que no, que quería morir de cara a la vida, mirando sereno la última aurora de su anochecer.

“¡Qué lástima que no hay sol!”, pensó. “Me hubiera gustado morir contemplando su luz, pero uno no elige la forma de morir, le toca y nada más”.

Se formó el pelotón, los hombres apuntaron y el jefe de la patrulla dio la orden de disparar. Descargaron sus armas, una bandada de cotorras que dormía en lo alto de una palmera se despertó sobresaltada y echó a volar despavorida en todas direcciones.



Ocho buitres carroñeros se asomaron golosos revoloteando ansiosos por los alrededores.

Luego de disparar, los hombres bajaron sus armas y subieron silenciosos al camión, de regreso a su fortaleza.

Fulgencio seguía allí, impávido, mirando atónito aquel espectáculo donde él era el protagonista principal.

“¡Qué coño de broma macabra es ésta!”, se decía sin poder entender los reales motivos de aquel simulacro aterrador.

Pero en fin, no estaba muerto y ello significaba que tenía que seguir cargando con sus huesos hasta que la muerte se dejara por fin de bromear con él y se lo llevara de verdad.

Echó a andar como un niño que se para por primera vez y comienza a esparcir indeciso sus primeros pasos por el mundo.

—XXII—

Cinco años llevaba ya Enrique Romero por aquellas tierras después de haber viajado y vivido en varios países. Había hecho de todo, desde limpiar pisos hasta vender revistas por las calles de Caracas. Estaba sentado en un bar bebiendo tragos con cuatro dominicanos más cuando uno de ellos, Carlos Jiménez, apodado el Teórico, quién había estudiado Derecho en la universidad y se pasaba leyendo libros marxistas, comenzó a hablar:

—Muchachos, nosotros somos jóvenes todavía, llenos de sueños, con una vida por delante que vivir. Pero qué carajo de vida es esta que llevamos en el exilio, soñando con volver a la patria pero sin ninguna posibilidad de hacerlo.

—Te equivocas amigo, yo no soy un exiliado —le rebatió sin titubeo Enrique—, no me confundas con ustedes, yo vine aquí por mí cuenta, porque se me pegó la real gana.

—El que se equivoca eres tú —le ripostó el Teórico—, eso es lo que tú quieres creer, eso es lo que te dices a ti mismo, pero en el fondo, tu sabes muy bien que eres tan exiliado como nosotros, que no puedes vivir en el espacio que dejaste atrás, que para poder volver tienes que construirte otra patria nueva, libre de tiranos, de avaros y explotadores del trabajo ajeno, que tu mismo padre te echó de su lado porque no quería compartir su riqueza con sus propios hijos.

—Deja a mi padre tranquilo —protestó Enrique—, que tú no sabes nada de él, ni siquiera sabes cómo tuvo que partirse el hígado para edificar su fortuna.

—No seas ingenuo, amigo, que nadie se hace rico trabajando, la propiedad se crea y reproduce de la explotación del trabajo ajeno, eso lo dijo y demostró hace cien años el viejo Marx.

—Al diablo con Marx, deja tu comunismo de academia, que nuestro problema es derrocar al tirano y no la implantación del comunismo —le salió al paso al Teórico otro del grupo.

—Ustedes no entienden nada de nada, no se logra gran cosa con eliminar al sátrapa si no es para que la gente sea libre de todos los tiranos de la tierra y de la explotación del capital. ¡Si hemos de jugarnos nues-

tras vidas, que sea de una vez para construir una patria mejor, una sociedad nueva, justa e igualitaria!

En esas estaban cuando se acercó al grupo un hombre como de unos cuarenta años que había estado escuchando la conversación desde una mesa cercana. Habló muy bajo como para que sólo ellos pudieran escucharlo:

—Muchachos, los he estado oyendo desde hace rato y me parece que pierden ustedes un tiempo precioso discutiendo sobre lo que no están de acuerdo, cuando debían estar discutiendo sobre como lograr aquello en lo que todos están de acuerdo. Me di cuenta por lo que oí, que todos coinciden en que el primero y más urgente problema de la patria en este momento es el dictador, con él no están seguros ni tranquilos por igual ni los ricos ni los pobres, él asesina a unos y otros sin ninguna distinción, es un monstruo abominable que hay que destruir cuanto antes porque es el principal obstáculo para cualquier proyecto de reconstrucción de la patria.

Todos le miraban y escuchaban atentos, el hombre era cautivante y hablaba fluido, con ideas claras y cargadas de firmeza. Al finalizar sus argumentos, les extendió un papelito con una dirección y les dijo:

—El que quiera llenarse de gloria en lo que le resta de vida puede asistir mañana a esta dirección, allí habrá una reunión que podría cambiar para siempre sus miserables vidas de despatriados.

Dicho ésto, el hombre se despidió y se marchó ligero. Todos volvieron a mirarse dubitativos, como esperando que alguno del grupo diera una buena razón para asistir o no asistir a aquella reunión. Finalmente, fue Enrique el primero en decidirse:

—No sé ustedes, pero yo sí iré, veré de qué se trata, si me convencen me les uno, si no, sigo tranquilo mi vida bohemia y anónima por las calles de Caracas. Diez días después, Enrique partía hacia Cuba para recibir el riguroso entrenamiento militar que le calificaría como miembro del ejercito de patriotas dominicanos que vendrían en unos meses a liberar el suelo patrio de la tiranía trujillista.

Durante cuatro meses Enrique experimentó la dureza y el rigor de la disciplina militar, algo desconocido e inimaginable para él hasta ese momento. Pero allí conoció también a un puñado de hombres asombrosos, admirables, hechos de un material que él tampoco conocía, con un temple y unas ansias de libertad inquebrantables. Era imposible no contagiarse con el entusiasmo de aquel ejército de soñadores de futuro. Mientras más los conocía y compartía con ellos más los admiraba y más se identificaba con su ideal. Al llegar el día de abordar el pequeño avión que lo llevaría a las montañas de su país, ya Enrique no tenía la menor duda de que había tomado la decisión correcta. ¡Al fin su vida tenía sentido! ¡Al fin su padre ya no lo consideraría un paria perdedor! Cuando todo terminara, lo buscaría y le diría: “padre, estoy listo para ocuparme de las cosas serias y ser digno de tu aprecio y tu confianza”.

QUINTA PARTE

LA FACTURA DEL TIEMPO

—XXIII—

EL carcelero abrió con aparatosos movimientos la celda de la prisión y llamó por su nombre con voz de mando inapelable al presidiario con el número ocho en la espalda de la camisa de su uniforme color azul arino.

—¡Olegario Ramírez! —dijo—, ¡salga!, que se le ha concedido el indulto por orden expresa del Señor Presidente de la República.

Eran exactamente las tres y treinta de la tarde, lo sabía porque a esa hora sin fallar llegaba de su almuerzo el Capitán Montalvo y él siempre lo veía desde su celda cuando subía al segundo piso de la fortaleza donde quedaba su oficina.



Ese día también lo vio subir, en el preciso momento en que el centinela lo llamaba para que abandonara la prisión. Solo que esta vez lo notó subir apresuradamente, para luego llamar con voz estrepitosa al oficial de guardia a que se apersonara de inmediato a su ofici-

na. Pocos minutos después, el oficial bajó la escalera disparado como una bala, se montó en su jeep y salió del mismo modo con rumbo desconocido.

Olegario Ramírez no podía creer lo que estaba escuchando, se quedó como petrificado en cucullas en un rincón de la celda con olor a orine que compartía con tres reclusos más, hasta que el carcelero volvió a repetir, esta vez con poco disimulado disgusto, la orden que acababa de impartir.

—¡Olegario Ramírez!, ¿usted es sordo o es que se acostumbró tanto a la buena vida de esta cárcel que ya no se quiere ir a su casa?

El hombre se levantó como sonámbulo y dio dos pasos inciertos hacia la puerta mientras sus compañeros le alcanzaban una arrugada funda de papel donde guardaba las pocas pertenencias que se les permitía tener en el lugar.

—Sepa que esta libertad es condicional, si vuelve a cometer algún delito por pequeño que sea se le volverá a apresar y entonces tendrá que completar la condena de ahora más la que se le imponga por el nuevo delito —sentenció el guardia, con vociferante arrogancia.

—¿Entendido?, recluso, carajo —siguió vociferando el militar.

Olegario Ramírez no respondió, miró al carcelero y se limitó a asentir un par de veces con la cabeza, mientras dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos color de la floresta y rodaban furtivas por sus mejillas, bañando

de sal los pronunciados pliegues de sus párpados transparentes.

Había pasado diez años y tres meses en la cárcel, algo más de las dos terceras partes de la condena de quince años que le impusieron por el asesinato de Camilo Guerrero y Rosario Romero.

Durante todo ese tiempo, sólo había salido de su celda para ir a trabajar en forma forzosa a las fincas del comandante de la fortaleza del Ejército Nacional, Capitán Elías Montalvo. Allí llevaban en forma intercalada a grupos de presidiarios en tiempos de cosecha de arroz, de acondicionamiento de los terrenos y de desyerbe de los sembradíos.

Las condiciones de trabajo en aquellas fincas eran deplorables, pero más deplorables aún eran los excesos y abusos que cometían a diario contra los reclusos los guardias a cargo de la vigilancia mientras laboraban en las tierras del jerarca militar. El grupo de hombres era llevado al campo a las seis de la mañana, en un viejo camión del ejército al cual le habían puesto un techo de gruesas barras de hierro para evitar la fuga de los reclusos. Como alimento se les daba, a las ocho de la mañana, un pan de agua con un jarro de café claro y a la una de la tarde, un plato de arroz con habichuelas, acompañado de un pedazo de plátano o yuca sancochado. A veces, el almuerzo consistía en una sopa de arroz y gandules con aguacate, manjar que injerían con gran avidez, pues a la hora que lo servían, estos obreros agrícolas forzosos sin salarios, mas bien esclavos

vos, ya estaban que se desmayaban de hambre. Los regresaban a la cárcel mucho después de la puesta del sol, cuando las tinieblas ya no permitían distinguir entre malezas y cultivos y los zancudos atacaban como manadas de vampiros asesinos, sedientos del salobre líquido escarlata.

Una vez de regreso a la cárcel, le suministraban su último alimento, la cena, que consistía, de nuevo, en un pan de agua y un jarro de agua endulzada con miel de abeja o melao de caña.

Cuando cualquiera de los presos cometía alguna falta por leve que esta fuera durante la jornada de trabajo en la finca, o simplemente, si alguno de los guardias consideraba que alguien no se estaba esforzando lo suficiente, entonces era sometido a castigos severos, como desnudarlo y amarrarlo en el tronco de un árbol a merced de los mosquitos y otros insectos hasta caer la tarde; dejarlo sin comer todo el santo día esposado de pies y manos, justo al lado del improvisado rancho techado de yaguas de palma que fungía de cocina y comedor para que disfrutara viendo a los otros reclusos y a los guardias comer; ponerlo boca abajo completamente desnudo sobre un panal de hormigas caribes mientras el guardia torturador se fumaba tranquilamente un cigarrillo y con la bota derecha pisándole la nuca para que no pudiera levantar la cabeza; obligarlo a trepar descalzo y con el pecho descubierto a alguno de los jabillos de filosas espinas que abundaban como cercas vivas en los alrededores de las fincas.

Pero de todos los castigos, el favorito de los guardias, y también el más temido por todos los presidiarios, era la “Operación Submarino”.

Cuando un recluso oía que algún oficial decía:

“¡Aplíquele la operación submarino a ese cabrón para que aprenda a respetar la autoridad!”, y no se orinaba y defecaba al mismo tiempo en los pantalones, era porque posiblemente ya estaba muerto o profundamente inconsciente, o porque era extremadamente valiente.

El castigo era tan cruel e insoportable, que algunos presos morían allí mismo o caían en *schock*, enloqueciendo de por vida.

Cuando algún preso moría a causa de aquel brutal atropello, o por cualquier otra tortura, entonces lo arrojaban al mar desde una lancha militar en horas de la madrugada para que sirviera de desayuno a los tiburones, justo al frente del cementerio municipal ubicado en las afueras de la ciudad en el camino hacia Estero Viejo.

A veces, el mar se adelantaba a los tiburones y antes de que éstos pudieran darse su banquete con las carnes del difunto, lo arrojaba a la orilla como para evadir ser cómplice silente de tan macabro festín. Allí, al amanecer, desnudo y mordidos los miembros viriles y comidos los ojos por los cangrejos marinos y los peces pequeños, era encontrado el infeliz por alguna persona madrugadora que pasaba por el angosto camino

que bordeaba aquella playa de arenas blancas, centinela de las estrellas y las madrugadas, testigo mudo de aquel oprobio de lesa humanidad.

Como quedaba muy cerca del cementerio, allí mismo lo sepultaba el enterrador, sin rezos, sin plegarias, sin cruces y sin dolientes, porque muchos de estos presos ni siquiera eran del lugar y por ello, nadie los conocía fuera de la cárcel ni nadie los buscaba o los reclamaba. Eran parte de los desaparecidos de la Satrapía Trujillista.

En tres ocasiones, y por puro milagro, o por simple suerte o casualidad, como solía él mismo contar a algunos amigos dentro de la prisión, porque no era hombre que creyera en los milagros, se había salvado Olegario Ramírez de ser sometido a la Operación Submarino.

La primera vez fue dos años después de haber ingresado a la cárcel. Estaba arrancando malezas en una plantación de arroz en un área fangosa cuando de repente pisó una rama seca que se quebró con el peso de su cuerpo. Se hundió en el fango y perdió el equilibrio cayendo boca abajo en el lodazal. Al querer amortiguar la caída con sus dos manos salpicó de lodo el uniforme del guardia que lo vigilaba. Esto fue suficiente para que el militar se enfureciera y lo sentenciara de inmediato a la Operación Submarino.

Ya estaba pidiendo a otro compañero que lo asistiera para llevar adelante su macabro castigo cuando se acercó un cabo que había contemplado lo sucedido. Se aproximó lentamente con una sonrisita pícaro dibu-

jada en su medio bigote negro y su gorra de caqui de medio lado y le dijo al guardia:

—¡Déjese de eso raso!, póngalo mejor a trepar en ese jabillo, que tengo ganas de reírme un rato.

El soldado raso no se atrevió a contrariar al cabo, pues esto hubiera sido lamentable para él, siendo que se trataba de un superior en la jerarquía militar. Le quitaron las botas, lo desnudaron de la cintura para arriba y lo obligaron a escalar como lagarto sin pellejo el asesino tronco del jabillo. Cuando bajó de allí la sangre brotaba a borbotones de sus pies, brazos y pecho. Le echaron agua y le pusieron creolina para que no le cayeran gusanos, luego lo dejaron tendido allí por todo el resto de la tarde hasta que llegó la hora de regresar a la prisión, entonces, los guardias ordenaron a dos reclusos que lo arrastraran hasta el camión. Con coágulos de sangre ennegrecidos por todo el cuerpo lo retornaron a la cárcel. Nadie hizo preguntas ni se lamentó por lo sucedido, era un presidiario, se vivía al filo de la muerte, y como los propios militares solían decir:

“Un preso es un cadáver que respira”.

A la mañana siguiente, el enfermero de la prisión le curó las heridas y debido a su deplorable estado no lo llevaron a trabajar por unos cuantos días.

—¡Olegario! —le gritó desde adentro uno de sus ex-compañeros de celda.

—Anja —respondió él, regresando de golpe de la inmensa lejanía de sus recuerdos en que se había sumergido por un momento.

—¿Me puedes hacer el favor de ir a casa de mi madre a decirle que venga a verme el domingo, que la espero? Aquí esta la dirección, tómala.

Se volvió y sin decir palabra, tomó el arrugado papelito que le ofrecía la mano derecha de su compañero de celda. Luego, caminó lentamente hacia la puerta de salida. Ya estaba fuera del recinto carcelario, pero no sabía hacia dónde dirigir sus pasos, no estaba preparado para salir libre, como aún le faltaban cinco años para cumplir su condena no tenía un plan inmediato para su nueva vida en libertad.

“¿Qué haré ahora? ¿Adónde iré?, si no tengo casa ni tengo a nadie”, se dijo como si de repente lo hubieran abandonado en un mundo desconocido, sin pan, sin trabajo y sin abrigo.

Se sentó en el segundo peldaño de la escalinata que subía desde la calle a la entrada de la fortaleza a pensar en qué hacer, del mismo modo que cuando dejó la hacienda de Fulgencio Romero aquella mañana de domingo en Estero Viejo ya perdida en los intersticios de su memoria.

La cabeza le daba vueltas, ya no tenía amigos, ni familiar alguno a quien recurrir. ¿Adónde ir sin un solo chele en los bolsillos?, pensaba apesadumbrado.

“¡Caramba!, salir de la cárcel después de tantos años es como estar recién nacido, desnudo frente a sí mismo y mirando como idiota la cara de la comadrona que lo ayudó a uno a venir al mundo, con la diferencia de que allí no tienes que preocuparte de hacia dónde ir ni

cómo te vas a alimentar”, se dijo a sí mismo, mientras se acariciaba la copiosa barba con los dos únicos dedos que le quedaban de su mano izquierda.

Mientras pensaba en qué hacer, los recuerdos se le agolpaban y confundían en la mente. Aquel rencor ardiente en sus entrañas lo atormentaba y lo retornaba una y otra vez sin proponérselo a esos años tortuosos perdidos en la cárcel, a los abusos recibidos por parte de aquellos verdugos semianalfabetos, pobres diablos deshumanizados con uniformes caqui, campesinos sin estirpe ni abolengo como él, convertidos en fieras sanguinarias bajo el amparo de aquel poder omnímodo que parecía eterno e inmovible.

“¡Y pensar que alguna vez intenté ser uno de ellos!”, pensó.

¡De repente!, una pregunta sin respuesta le pasó por la mente como flecha envenenada, envenenando su sangre y su conciencia atormentada.

“¿Qué haré si algún día, uno de esos esbirros uniformados, perdida ya la gracia del cielo acorazado que hoy los cobija, se atravesara inerte en mi camino? ¿O si armados por igual nos encontráramos frente a frente alguna vez?”

Sólo en ese momento se dio cuenta Olegario de lo grande que era su rencor, un rencor que ya no era rencor, sino odio profundo, remolino creciente a punto de convertirse en huracán devastador. Se asustó, ¡nunca, salvo contra sus progenitores y su padrastro en su adolescencia, había albergado tanto odio contra nadie, ni

siquiera contra aquel hombre que lo había acusado injustamente y a quien en su propia defensa había tenido que arrancarle la vida! Sólo entonces comprendió cuánto la adversidad lo había cambiado, ya no era ni sombra del joven tímido y apacible que agachaba la cabeza cuando hablaba con alguien, ya no era aquel hombre de mirada huidiza que se apareció en la hacienda de don Fulgencio Romero a pedir trabajo un lejano domingo de sus recuerdos y de donde saliera cabizbajo y humillado. En la cárcel había tenido que aprender a defenderse y a mirar de frente, era obligatorio para los reclusos mirar a los militares a los ojos cuando éstos les hablaban, o de lo contrario se exponían a severos castigos.

“¡Mire de frente presidiario, carajo, cuando le habla la autoridad!”, le solían gritar los guardias cuando él agachaba la cabeza al dirigirle éstos la palabra.

¡Cuánto tuvo que sufrir a causa de su maldita timidez! Esa estúpida timidez, impuesta por la dureza de su padre adoptivo, quien nunca permitía que lo mirara a los ojos cuando le hablaba, porque según él, tenía ojos verdes de marica y no quería que su mirada tropezara con esos ojos de mujer en la cara de un hombre.

¡Su padrastro! ¡Cuánto lo había odiado, sobre todo, en los confusos y tormentosos años de su adolescencia temprana! Fue precisamente por él que huyó de Montecristi, su pueblo natal, cuando tenía trece años. Pero más que a su padrastro, odiaba con todas sus fuerzas al padre que nunca había conocido, a ese padre que nunca lo buscó, que nunca se interesó por su existencia.

Odió también a su madre por haberlo abandonado y dejado a merced de aquel hombre cruel, del que ni siquiera llevaba su sangre. ¡Ah, su madre! ¡Cómo le hizo falta el calor y el cariño de su madre, más que todo, durante los últimos años de la efímera y lúgubre noche de su infancia!

Sin embargo, después que se hizo adulto dejó de odiarlos, no sentía por ellos ni odio ni cariño, comenzó a considerarlos como un evento más de los tantos en los que se había visto envuelto, incluyendo el de su propio nacimiento. En su prematuro y acelerado proceso de maduración, llegó a comprender rápidamente, que uno no puede pasarse culpando por siempre a aquellos que lo engendraron por los vacíos de su existencia. Que esos vacíos hay que asumirlos y tratar de convivir con ellos. Después de todo, se daba cuenta, los padres también habrán tenido que luchar, con mayor o menor éxito, por sobreponerse a sus propios vacíos existenciales.

“Así es la vida”, se decía, “y eso no se puede remediar”.

Lo cierto es, que desde muy temprano se encontró sólo frente al mundo, como el avecilla apenas emplumada que es arrojada al vacío por su madre para que aprenda a volar volando.

¡O vuelas o pereces!, es la ley de la vida. Y él voló, encontró las fuerzas necesarias y alzó el vuelo en busca de su libertad hasta entonces encadenada. Se fue bien lejos, al otro extremo del país como para que no se encontraran sus pasos nunca más con los de aquellos

que hasta entonces habían tenido que ver con su vida. Se fue al Nordeste, a un remoto lugar en San Francisco de Macorís. Allí, en La Bajada, trabajó varios años como jornalero en la finca de un terrateniente. Luego, fue ordeñador por más de tres años en otra hacienda del lugar. Durante su estadía en este último sitio se hizo amigo de Juan Carlos y Ernesto Morales, hijos del dueño de la finca. Ellos estaban terminando la escuela secundaria y habían decidido irse a la academia militar el siguiente año. Entusiasmados a Olegario para que se fuera con ellos y se enganchara a la guardia como raso, prometiéndole que ellos lo iban a ayudar en todos los trámites.

Y así fue, llegado el momento los dos jóvenes prepararon su viaje para la capital y se llevaron consigo a Olegario. Pero Olegario no era hombre de ciudad ni de disciplina militar, su vida al lado de su padre adoptivo había sido ruda, severa, opresiva y al entrar al ejército como recluta, el fantasma de la opresión de aquellos desafortunados años de su niñez le hizo desistir rápidamente de su intención de convertirse en militar. No era allí donde estaba su sueño de libertad, todo lo contrario, aquellos días como recluta sólo sirvieron para exacerbar su rechazo casi visceral a los excesos y la arbitrariedad de la autoridad. Renunció y volvió a la Bajada, a la hacienda del padre de sus amigos. Pero éstos no habían quedado muy contentos con su decisión de renunciar del ejército y convencieron a su padre para que no le diera trabajo nuevamente en su hacienda.

Siguió buscando trabajo hasta que se colocó como peón en una finca de cacao. Allí permaneció algunos años, hasta que se le ocurrió enamorarse de Marcela, la hija menor del capataz de la hacienda de apenas dieciséis años. Se enamoraron, con esa pasión devastadora, hormonal y silvestre de la temprana juventud que suele ser casi irracional.

Todas las tardes, ella salía de la casa con algún pretexto y con la complicidad de sus dos hermanas mayores arreglaba todo para verse con Olegario en las afueras del poblado. Se veían en un potrero abandonado donde charlaban horas muertas, soñaron despiertos mil sueños alocados y se amaron en desbordantes torrentes de pasión alucinante. Así permanecieron por espacio de seis meses, viéndose a escondidas, viviendo con intensidad delirante la aventura de lo prohibido, de lo oculto; la emoción deliciosamente angustiante de la incertidumbre, hasta que el padre se dio cuenta y lo echó a empellones de la hacienda. Esa misma noche Olegario se acercó sigiloso a la casa de Marcela y pudo hablarle, convenciéndola de que se escapara con él esa madrugada.

Y fue así como Olegario vino a parar a Nueva Matanzas, en ese entonces un pequeño poblado de la costa nordestana de sólo seis calles, con un parque central de una manzana con la estatua del Benefactor en el centro y que tenía en uno de sus frentes la iglesia católica, en otro el edificio del Partido Dominicano, en el tercero el Palacio Municipal y en el cuarto el local del Club Social Amigos de la Mar.

Con los ahorros que tenía se pudo instalar en un modesto ranchito de tablas de palma que le alquiló a don Moisés Genao, un pequeño comerciante del lugar. Pero los ahorros de sus últimos dos años trabajando como peón en la finca de cacao de la Bajada no le alcanzaron para mucho y Olegario y Marcela se vieron pronto sin nada de dinero y en la más absoluta indigencia. Él recorría día a día las calles del pueblo buscando algo que hacer, pero aquel era un pueblo con muy pocos espacios de trabajo, que vivía mayormente del comercio y la producción agrícola. Entonces decidió recorrer los parajes aledaños buscando colocarse como peón en alguna finca. Fue en uno de estos recorridos que llegó hasta Estero Viejo, a la hacienda de don Fulgencio Romero, enterado por un conocido suyo sobre las posibilidades de trabajo en la finca de aquel acaudalado señor.

—XXIV—

La segunda vez en que estuvo a punto de ser sometido a la Operación Submarino fue al quinto año de su cautiverio, cuando lo acusaron de haberse robado el reloj de uno de los oficiales que lo custodiaban mientras realizaba labores agrícolas junto a otros reclusos. Sucedió unos diez minutos después de terminar de comer bajo la sombra de un frondoso algarrobo, al lado de la improvisada cocina al aire libre.

El sargento Estévez había estado charlando animadamente con los presos y otros compañeros suyos muy cerca de donde Olegario Ramírez estaba comiendo. Súbitamente, el sargento dejó de hablar y comenzó a buscar afanosamente algo a su alrededor. Lo revolcó todo, escarbó entre las hojas, removió el tronco de guácimo sobre el que había estado sentado junto a otros dos guardias, hundió sus manos en dos cuevas de cangrejos que vio a su alrededor y no encontró nada.

—¡Me han robado mi reloj suizo! —exclamó entonces, casi en un grito histérico—, y yo sospecho quién fue —prosiguió, mientras seguía buscando y removiendo cosas a diestra y siniestra. De repente se volvió hacia donde estaba Olegario y le dijo:

—¡Tú eras el que estaba más cerca del reloj cuando lo dejé ahí para ir a buscar agua, no recuerdo haberlo visto después que regresé, tu me lo robaste! Además —continuó vociferando el guardia—, sé muy bien que además de asesino, a ti te metieron a la cárcel también por ladrón, porque el hombre y la mujer que asesinaste te habían acusado de haberle robado, una semana antes de que los mandaras al infierno. Y a seguidas añadió:

—¡Pero conmigo te jodiste, ladronazo de mierda, porque yo sí te voy a enseñar a respetar lo ajeno!

De inmediato ordenó a uno de los guardias que lo registrara para ver si tenía el reloj suizo escondido en sus bolsillos y al no encontrarle nada le dieron un puntapié en la boca del estómago que le hizo expulsar de una sola arcada todos los alimentos que acababa de ingerir.

—¡Debes haberlo ocultado en algún lugar y más te vale que lo busques porque de lo contrario de ésta no sales vivo, pedazo de maricón! —dijo el agraviado.

Olegario intentó hablar para defenderse, pero antes de que pudiera abrir la boca el guardia le gritó:

—¡Cállese, coño, buena mierda, granuja, pedazo de pendejo, que los presos no son gente ni tienen derecho a hablar! ¡Te llevó el Diablo, mariconazo de ladrón, más te vale que comiences a rezarle a todos tus muertos para que te protejan, porque ahora mismo te vamos a aplicar la Operación Submarino!

Y dicho esto último comenzaron a patearlo sin piedad y a quitarle la ropa, mientras lo arrastraban hacia una ciénaga cercana repleta de sanguinarias sanguijuelas.

Ya lo iban a arrojar al agua atado de pies y manos cuando se oyó la voz del cocinero que gritaba:

—¡Dejen a ese hombre, por Dios Sargento, que aquí apareció su reloj suizo! Efectivamente, el guardia se lo había quitado y lo había puesto a su lado, en el tronco donde estaba sentado, pero al pararse para ir a buscar agua lo tomó y se lo llevó consigo, antes de sacar el agua de la vieja tinaja, lo colgó en una pequeña rama seca muy cerca del recipiente. Luego, regresó a donde había estado sentado y se olvidó por completo del reloj, hasta que se dio cuenta que no lo tenía a su lado, pero nunca se percató de que lo había dejado junto a la tinaja de agua.

Sin aparente remordimiento de conciencia, el sargento Estévez ordenó que desataran a Olegario y que

lo llevaran de regreso al corte, con el cuerpo lleno de moretones y el hígado hinchado por las brutales patadas recibidas.

En el cielo, el sol parecía haber acelerado su declinación, tal vez entristecido o avergonzado por haber servido de cobijo a tan bochornoso acto de injusticia entre los mortales.

En lo alto de una palmera cercana, ajenas por entero al drama de Olegario Ramírez, las ciguas palmeras celebraban jubilosas la terminación exitosa de un gigantesco nido, fabricado con miles de pequeñas ramas secas y flecos de yerbas de distintas especies. Habían edificado su casa, la casa de todas, pero sobre todo, de sus crías, el puente entre el presente y el futuro, construida en forma colectiva por toda la bandada, sin hegemonías racionales, sin privilegios ni canibalismos sociales, sin odios ni rencores, siguiendo solamente el necesario y armonioso ciclo de la vida natural.

Los días en la cárcel eran todos iguales, cinco días de trabajo en las fincas del Capitán Montalvo desde las seis de la mañana hasta más allá de la puesta de sol, un día, el sábado, para limpieza dentro del precinto carcelario y el domingo para salir al patio a improvisar algún juego o entretenimiento entre los reclusos y recibir visitas en la tarde. Hacía tiempo que Olegario sólo recibía la visita de Moisés Genao, el hombre que le había alquilado aquel modesto ranchito de tablas de palma cuando llegó a Nueva Matanzas. Al principio, Marcela iba a verlo cada domingo, siempre se esforzaba por

llevarle algo de comer que él sabía era fruto de lo que ganaba en su trabajo como sirvienta en la casa del Doctor Castro.

Ese domingo, un año después de su encarcelamiento, Moisés llegó a visitarlo en lugar de Marcela, su mujer. Se le veía impaciente, daba rodeos sobre sus propias palabras como queriendo buscar los términos apropiados para comunicar a Olegario un mensaje muy importante, pero no le salían más que frases retorcidas e inconexas.

Olegario, que ya lo conocía muy bien, lo tomó del brazo suavemente indicándole que parara de dar vueltas de un lado para otro diciendo incoherencias, que él sabía que estaba tratando de decirle algo importante, tal vez muy trágico y devastador para él y que no se atrevía, que se lo dijera de una vez, que para él, ¿qué podía ser más trágico que estar muriendo en vida en aquella inmunda prisión, llena de mierda y orines por todas partes y rodeado de sabuesos uniformados que hacían de la vida en la cárcel un verdadero infierno en la tierra?

A Moisés se le humedecieron los ojos, pero se armó de valor y se lo dijo.

Olegario bajó la cabeza y presionó su puño derecho contra sus dientes apretados.

—¡Carajo, me cago en el Diablo! —brotaron como trueno en la noche sus palabras preñadas de dolor—, el hombre preso lo pierde todo, amigos, bienes y hasta la mujer.

Tragó profundo un trago largo de amargura y luego de unos dos minutos exclamó:

—¡Tantas lágrimas, tantas promesas de esperar, para tan solo un año después salirte con esta pendejada!



Moisés lo miraba compasivo y sin decir palabra se le acercó y acarició con su mano derecha su cabellera negra que ya comenzaba a teñirse inexorablemente de gris. Así permaneció por algunos minutos hasta que Olegario le dio un abrazo fuerte y le pidió que se marchara, que quería estar un rato a solas consigo mismo.

Pasaron más de tres años después del percance con el reloj suizo, sin que Olegario volviera a tener ningún otro contratiempo con los militares. Parecía que ya todos los guardias se habían acostumbrado a él y lo trataban más que como a un prisionero como un compañero de trabajo.

Un domingo, durante las horas de entretenimiento en el patio de la prisión, un grupo de cinco reclusos, entre ellos dos de los compañeros de celda de Olegario, comenzaron a tramar su huida de la cárcel.

Todos cumplían condenas de treinta años y eran ya personas entradas en edad cuando ingresaron a la cárcel. Dos de ellos tenían cincuenta años y habían cumplido sólo cinco, les quedaban aún veinticinco años tras los barrotes antes de que pudieran salir, lo que significaba que al cumplir la condena tendrían setenta y cinco. Los otros tres ya habían completado ocho años en la cárcel, pero eran hombres de más de cincuenta cuando ingresaron, lo que significaba que al salir tendrían todos más de ochenta años de edad.

—Vale la pena intentarlo —se dijeron—, de todos modos qué haremos al salir, seremos hombres acabados, ancianos y probablemente enfermos, sin familias,

porque el hombre preso lo pierde todo, hasta la familia. No ombe, mejor arriesguémonos a vivir libres por lo menos hasta que nos atrapen de nuevo o nos revienten los sesos a tiros en alguna emboscada en un amanecer cualquiera.

Ese fue el pacto, definieron fecha y lugar y comenzaron a calcular y coordinar todo para la fuga. Los dos compañeros de celda de Olegario le contaron del plan y le propusieron que se escapara con ellos, él rechazó de buena manera la oferta, realmente su situación era totalmente distinta a la de este grupo de escapistas. Él era aun muy joven, lo que quería decir que al cumplir su condena tendría tiempo todavía para reiniciar su vida nuevamente. Ellos entendieron y siguieron adelante con su plan. No le habían revelado a nadie la fecha y el lugar exactos del escape, hasta aquella mañana cuando regresaban de tomar el desayuno en uno de los arrozales del Capitán Montalvo. Uno de los hombres se acercó a Olegario y le dijo disimuladamente:

—Hasta la vista hermano, deséanos suerte, que hoy es el día y éste es el lugar. Olegario sintió que le temblaron las rodillas, un guardia vio de reojo cuando el compañero de celda le secreteaba, pero no dijo nada porque tampoco sospechaba nada. Ese fue el inicio de su nuevo calvario.

Lo habían previsto todo, una y otra vez habían repasado el plan de fuga. ¡No podía fallar!, todo estaba cuidadosa y minuciosamente calculado. Mientras estaban en plena faena en medio del arrozal, Olegario los

veía intercambiarse miradas, gestos y hasta algunas palabras.

Al fin llegó el ansiado momento, fue inmediatamente después del almuerzo, cuando a causa del intenso calor y el bochornoso sopor provocado por los carbohidratos ingeridos, todos y particularmente los guardias, estaban soñolientos, abotagados y perezosos. Comieron poco, podría decirse que poquísimo, pues querían tener este factor a su favor a la hora de correr y escabullirse por entre las malezas y los arrozales. Luego de comer, se fueron uno a uno a buscar agua a la vieja tinaja que quedaba al lado de la improvisada cocina. Muy cerca de allí habían altos matorrales que colindaban con un área de bosque denso pantanoso. Aprovechando que los guardas dormitaban, se fueron deslizándose sigilosamente por entre los matorrales hasta alcanzar el bosque.

No habían transcurrido diez minutos cuando los guardias notaron su ausencia y sonaron la alarma de hombres en fuga. Los buscaron como sabuesos por todos lados, pero de momento no dieron con ellos. Después de haber buscado por varias horas regresaron cansados y malhumorados y comenzaron a indagar quiénes del grupo eran cómplices de los fugados. Allí fue donde intervino el guardia que esa mañana había visto cuando uno de los escapados le secreteaba algo a Olegario, lo que ahora él concluía era sobre la fuga.

—¡Ese es cómplice —dijo sin más el guardia—, yo lo vi secreteando con uno de ellos esta mañana, seguro

que estaba combinado con ellos para escapar y si no lo hizo debió ser porque cogió miedo a última hora.

Se ensañaron contra él, después de patearlo inmisericordemente, lo obligaron a trepar sin camisa a un jabillo, luego, lo sentaron desnudo sobre un hormiguero mientras el sargento Juan Estévez, a cargo de la brigada de guardias que atendía al grupo de presos se fumaba tranquilamente un cigarrillo. Finalmente, lo sentenciaron a la Operación Submarino.

Ordenaron a cuatro presos que lo llevaran arrastrado hasta la ciénaga cercana repleta de sanguijuelas hambrientas. Allí lo sumergieron, desnudo en el agua pantanosa, atado de pies y manos, mientras el sargento Estévez le ponía su pesada bota de goma sobre la nuca.

Así estaba fumándose un segundo cigarrillo cuando se divisó a lo lejos una inmensa polvareda que se acercaba por el camino.

Un teniente y dos sargentos bajaron del vehículo con premura, ordenando al sargento Estévez detener de inmediato su diversión y acercarse hasta ellos.

—Sargento Estévez —exclamó el teniente—, lamentamos muchísimo estropearle su entretenimiento, pero el Capitán Montalvo dice que necesita a sus mejores hombres acuartelados a partir de este mismo instante, estamos siendo invadidos desde Cuba por mercenarios castristas y hay que estar listos para el momento en que se nos solicite marchar al frente de batalla. ¡Recoja a sus hombres y a estos presos y vámonos enseguida!

Olegario respiraba con dificultad, había tragado una gran cantidad de agua fangosa por boca y nariz y las sanguijuelas le habían penetrado por todos los orificios de su maltrecho cuerpo. A duras penas logró quitárselas de encima, ayudado por los otros reclusos, que esta vez se portaron como verdaderos compañeros de infortunio. Uno de ellos tuvo la genial idea de buscar un par de naranjas agrias y exprimírselas sobre las partes donde chupaban la sangre con avidez los abominables animalitos. Las sanguijuelas se desplomaron moribundas, fulminado su viscoso cuerpo por el ácido letal de las naranjas.

Un mes tardó Olegario en recuperarse de las laceraciones sufridas por las crueles torturas recibidas. El sargento Estévez, junto a otros de los más experimentados soldados fueron enviados al frente de batalla de Constanza. Las noticias que llegaban desde el frente daban cuenta del arrojo y valentía del Sargento Juan Estévez. Se le atribuye haber eliminado al menos a cinco barbudos y herido a otros tantos. Una mañana, su escuadrón cayó en una emboscada, y aunque pudieron rescatarlo y llevarlo a un hospital, el sargento Estévez quedó muy mal herido, una granada lanzada por los guerrilleros le reventó muy cerca lanzándolo a volar como una pluma errante por los aires. La noticia se regó como pólvora y llegó hasta la misma celda de Olegario Ramírez, uno de los presos le dijo jubiloso ese atardecer:

—Cayó mal herido el verdugo Estévez, parece que de esta no se salva.

Olegario no se alegró, pensó simplemente en sus adentros:

“¡Las vainas que tiene la vida, que te sube y te baja, que te aprieta y te suelta, que te lleva y te trae como le da la gana!”

Sin embargo, el Sargento Estévez, aunque maltrecha toda su corpulenta anatomía sobrevivió. Además de haber perdido su ojo derecho, hubo que amputarle las dos piernas y también el brazo derecho. Quedó irreconocible, Olegario no podía creer lo que sus ojos veían aquella tarde cuando lo llevó un tío suyo a la fortaleza a recoger sus pertenencias. Iba en una silla de ruedas en su uniforme de oficial repleto de medallas y con las barras de capitán, rango otorgado por el mismísimo Benefactor por su valentía frente al enemigo y por sus imponderables servicios a la patria. No quiso mirar de frente a nadie ni se detuvo a conversar con ninguno de sus antiguos compañeros, fue directamente a la casa de guardias en donde su tío le ayudó a recoger lo que allí tenía y se marchó, destrozado, además del cuerpo, el orgullo, la autoestima y la esperanza.

—XXV—

Una noche, a pocos días de haber ingresado en la prisión, Olegario soñó que el hijo de Camilo y Rosario, ya hecho hombre, lo abordaba en medio de un estre-

cho camino sembrado a ambos lados de rosas moradas y sin darle tiempo de defenderse, lo atacaba mutilando implacable su cuerpo a machetazos. Pero lo extraño de todo era que, a pocos metros de allí estaba él mismo contemplando atónito cómo sucedía todo sin entender cómo era que él estaba peleando con el hijo de Camilo y a la vez, observando cómo éste lo picoteaba a machetazos.

Se despertó sobresaltado en medio de la madrugada, y al palpase el cuerpo se encontró bañado en sangre de pies a cabeza. En la oscuridad de su celda trataba desesperadamente de encontrarse las heridas pero todo era inútil, sólo lograba palpar aquel líquido viscoso que aunque no veía estaba seguro de que era sangre.

“¡Coño, estoy muerto!” , se dijo con espanto.

Estaba boca arriba en su cama cuando le cayó de la parte alta del camarote una gruesa gota en medio de la frente. La tocó con el pulgar de su mano derecha y sospechó que el charco de sangre en que chapaleaba había llegado de arriba, de la parte alta del camarote que compartía con otro recluso. Temiendo lo peor, llamó al guardia de turno quien alumbró con un foco hacia dentro de la celda. Entonces pudieron ver el cuerpo pálido como una momia de cera del hombre que yacía en la parte superior del camarote. Lo bajaron y descubrieron que se había cortado las venas de ambos brazos con un pedazo de vidrio.

La noche siguiente, dormitando boca arriba en su cama, Olegario volvió sin quererlo a recrear el sueño

de la noche anterior. Vio de nuevo a Andresito Guerrero mutilando su cuerpo a machetazos mientras una corriente de aire frío helaba sus huesos adoloridos por la dura jornada del día en la finca del Capitán Montalvo.

Fue aquella la segunda ocasión en que tuvo el presentimiento de que al salir de la cárcel, el hijo de Camilo y Rosario lo buscaría para vengarse. Esta voluntad de venganza la pudo también percibir en la aguerrida determinación del muchacho al atacarlo en el preciso instante en que acababa de darle el último machetazo mortal a su madre. En ese momento, ligero como un lince, Andresito tomó el colín ensangrentado de su madre y de un solo salto se le puso al frente desafiante, cortándole la retirada, sin decir palabra, con la mirada fija en su oponente, dispuesto a derramar en la batalla hasta la última gota de su sangre infantil. Él trató de apartarlo con un gesto disuasivo, implorante, casi paternal, pero Andresito respondió lanzándole dos estocadas a la altura del ombligo que lo obligaron a saltar hacia atrás para evitar ser alcanzado por la punta desgastada y filosa de aquel machete que ya le había mutilado tres dedos de la mano izquierda instantes antes cuando peleaba con Rosario y ocasionado una ancha herida en pleno vientre. Al retroceder, Olegario se retorció de dolor al sentir en su espalda las punzadas lacerantes de las espinas de los jericoses que le cortaban nuevamente la retaguardia. No tuvo tiempo de reaccionar cuando ya tenía de nuevo rozando su piel amenazante el machete del niño vengador. Por un instante pensó que tendría que matarlo también, pues estaba aco-

rralado, con las púas de los jericoses penetrando su espalda y el colín afilado del pequeño guerrero a escasos milímetros de su estómago. Él levantó su machete y cuando se disponía a descargar un golpe mortal contra el muchacho alguien del grupo de espectadores saltó y detuvo a Andresito, justo cuando éste deslizaba hacia atrás su brazo derecho para clavar el agudo filo del colín en el estómago del matador de sus progenitores. Ambas armas quedaron suspendidas en el aire en su ruta mortífera hacia sus respectivos blancos. Fue en ese instante cuando sus miradas se cruzaron y Olegario pudo oír claramente una voz que le decía insistente al oído:

“Cuando crezca, este niño se vengará de ti y no hay nada que puedas hacer o idear para evitarlo, tu destino final está irremediabilmente ligado al suyo”.

Olegario palideció por un instante al oír aquel misterioso susurro premonitorio que parecía venir no desde fuera sino desde el interior de sí mismo, desde lo más profundo de su propia conciencia atribulada. Entonces, emulando al Herodes del pasaje bíblico del exterminio de los inocentes, le asaltó de repente la macabra intención de asesinarlo allí mismo para que nunca se cumpliera aquel escalofriante presagio. Enloquecido, intentó arrebatarse al niño de brazos del hombre que lo sujetaba, pero otros hombres del grupo intervinieron y Olegario no tuvo más remedio que escapar rápidamente del lugar.

“Qué me pasó, Dios mío, se me metió el Demonio en la cabeza, esa voz que oí debió provenir del mismo



Diablo, sí, debió ser él para que siga asesinando, pero yo no quiero matar a nadie más, yo no ideé matar a nadie, mi Dios, créeme, yo no lo planeé”, se disculpaba horrorizado y a la vez avergonzado por aquel comportamiento asesino frente al niño.

Fue entonces la primera vez en que presintió que esa familia no descansaría hasta darle muerte.

“¡Qué carajo!”, pensó luego de unos minutos, “eso debió ser producto de mi imaginación, lo que tengo que hacer es olvidarme de todo y entregarme a las autoridades, sí, eso es lo que haré”.

Y como para tranquilizarse a sí mismo, comenzó a cavilar sobre su futuro:

“Ahora iré a la cárcel y cuando me condenen lo más probable es que me echen de quince a veinte años, al cabo de ese tiempo ya todo se habrá olvidado por completo y en cuanto a este niño, quién sabe qué pasará con él ahora que se ha quedado huérfano, a lo mejor nunca llegue a hacerse hombre y muera de tristeza, o tal vez se vuelva loco o se suicide después de lo que acaba de presenciar”.

Sumido en esas cavilaciones fue precisamente cuando se encontró de sopetón con Fulgencio Romero, a cuya hija Rosario acababa de asesinar.

“Este es mi fin, hasta aquí me la prestó el de arriba”, se dijo mientras palidecía y le temblaban las rodillas y los labios. Volvió a la vida cuando después de haberlo interrogado sin ningún resultado, Fulgencio aguijoneó a su caballo y continuó a todo galope hacia el caserío de Estero Viejo. Comprendiendo de inmediato que al averiguar lo sucedido Fulgencio regresaría para matarlo, Olegario analizó rápidamente cuáles eran sus posibilidades de escapar con vida de aquel inminente enfrentamiento con el padre de Rosario.

“Ninguna”, se dijo resignado, “no es posible que con este machete pueda yo vencer a Fulgencio Rome-

ro, él tiene un revólver y una escopeta, no hay manera en que pueda yo ganarle”.

Correr por el camino no era cosa aconsejable, pues no había duda de que rápidamente lo alcanzaría en su caballo. Abandonar el camino real e internarse en el monte era una posibilidad, pero también era riesgoso, porque sabía que Fulgencio conocía palmo a palmo aquel terreno y lo podía encontrar sin dificultad. Pensó en tenderle una emboscada, derribarlo del caballo y eliminarlo a machetazos, pero rechazó esta nueva idea homicida, realmente no quería pelear más ni deseaba seguir matando. Estaba cansado, débil por toda la sangre perdida, totalmente exhausto y de repente pensó que no estaba mal sentarse simplemente a orillas del camino, esperar por el regreso de Fulgencio y terminar allí, después de todo, su vida ya estaba acabada, pronto sería un presidiario y el hombre preso no es nadie, es en realidad un muerto en vida. Miró al mar buscando aprobación a esta última idea en el ir y venir de las suaves olas de marea baja que disimulaban su presencia como para no perturbar sus pensamientos atribulados. Vio los arrecifes imponentes totalmente al descubierto al alejarse las aguas de la orilla que solían cubrirlos casi totalmente y entonces, como una luz enviada por su Ángel de la Guarda para iluminarle el camino se acordó de la caverna, de aquella inmensa caverna entre los arrecifes que quedaba a la vista durante la marea baja y que él había descubierto accidentalmente meses atrás mientras caminaba una tarde por aquel lugar. No lo pensó mucho, procurando no dejar rastros de sangre

sobre sus huellas, se deslizó como serpiente sigilosa tras una presa huidiza por aquel orificio natural en busca de su salvación. Allí esperó con los músculos tensos, hasta que pudo oír claramente las pisadas del caballo de Fulgencio recorrer el lugar una y otra vez, buscándolo como se busca una aguja en un pajal. Finalmente, oyó tres disparos del revólver de Fulgencio y a seguidas sus gritos de rabia e impotencia conminándolo a salir de su escondite y enfrentarse a él para que peleara como un hombre con otro hombre, no con una mujer. “¡Olegario, cobarde, sal de tu escondite, ven a pelear con un hombre, asesino de mujeres, asesino, asesino, carajo!”. Olegario sintió lástima por el dolor y la desolación de aquel hombre, de aquel hombre que sin que él entendiese por qué lo odió desde el primer día en que lo conoció y al cual aun así no le deseaba ningún mal, de aquel hombre de cuyo drama familiar se había enterado con lujos de detalles sin proponérselo minutos después de dejar su hacienda aquella mañana de domingo meses atrás cuando fue a pedirle trabajo. Sintió una profunda lástima por aquel hombre porque sabía que no sólo había multiplicado su dolor, sino que al matar a su hija desheredada, le había matado también la esperanza del perdón y la reconciliación. Una esperanza que Fulgencio siempre escondió celosamente detrás de una impenetrable coraza de orgullo, de indiferencia y arrogancia. Una coraza cuya vulnerabilidad la propia Rosario había descubierto en varias ocasiones cuando al pasar éste en su caballo frente a su casa lo había sorprendido buscándola furtivamente con la

mirada y también, cuando lo vio repetidas veces parar a cierta distancia su caballo para contemplar a Andresito, su nieto, jugando frente a la casa. Ella veía cómo su rostro se encendía de alegría al ver al niño y adivinaba que se moría de ganas de abrazarlo, cargarlo y tirarlo para arriba como lo hacía con ella cuando era una niña. Por aquel maldito orgullo y su arrogancia era obvio que no le permitían dar el primer paso hacia el perdón y la reconciliación. La quería humillada frente a él, ella lo sabía, él mismo se lo había dicho en aquella última discusión previo a su huida de la casa con Camilo:

—Un día te veré de rodillas ante esa puerta, mocosa malcriada, pidiéndome, rogándome que te deje entrar porque ya no soportas más la miseria y la necesidad.

—¡Qué iluso eres Papá y qué inconsistente! —le respondió ella con altivez—, ¿no te das cuenta de que has sembrado en mí tu propia simiente, tu misma forma de ver y tratar a los demás y de que es absurdo que esperes de mi parte un trato diferente; no te das cuenta de que soy tu obra, que soy tu hija y que soy tan orgullosa como tú, que nunca me tendrás humillada a tus pies, que primero prefiero morirme que ponerme de rodillas ante nadie! Y es más, ¡hoy puedo asegurarte, que la única forma en que me podrás ver de nuevo atravesar esa puerta después de que me vaya será muerta, Papá, de ninguna otra forma, no lo olvides!

Aquellas eran las últimas palabras que había escuchado de labios de su hija y ahora, al perseguir a su asesino, retumbaban implacables en sus oídos como

truenos de tormenta ensordecedores. Más de una vez había sentido deseos de buscarla, de abrazarla y decirle:

“Hija mía, te quiero y no resisto más este tormento, vive tu vida como quieras, pero volvamos a tratarnos como padre e hija, volvamos a ser una familia”, pero eso se lo decía su parte afectiva, sentimental, porque la otra parte, la de la lógica de sus estructuras mentales le decía todo lo contrario:

“No, tengo que mantener mi palabra, esa niña tonta y desagradecida tiene que aprender su lección, no puede andar por ahí haciendo lo que le da la gana, yo soy su padre y tiene que oírme y obedecerme, si no viene y me pide perdón que se olvide de mí”.

En medio de tal ambigüedad fue pasando el tiempo, hasta que la vida cerró su ciclo y las circunstancias resolvieron la situación a su manera, porque como él mismo solía decir:

“Allí donde el hombre no toma decisión, las cosas se suceden de todos modos a su manera, pero en fin de cuentas, nunca dejan de suceder”.

—XXVI—

Después de aquel escalofriante sueño al comienzo de su cautiverio, Olegario no volvió jamás a acordarse de Andresito, el hijo de Camilo y Rosario, lo había olvidado por entero, o tal vez había preferido que así fuera. Hasta ahora que lo tenía tan cerca, mucho más cerca

de lo que lo tuvo aquella vez, volvía Olegario a presentir por tercera vez que su destino final estaba irremediablemente ligado al de Fulgencio Romero y su familia. Se había olvidado también de aquella voz premonitoria que le había dicho desde sus propios adentros que aquel niño que tenía al frente sería algún día la causa de su final y que eso era algo que él no podría evitar. También se había olvidado que cuando estaba escondido en la cueva de los arrecifes luego de haber dado muerte a Camilo y Rosario, una de las cosas que Fulgencio le gritaba era que su sangre tarde o temprano se vengaría.

“No importa que te escondas y te escapes de mí ahora, Olegario Ramírez, tarde o temprano mi sangre se vengará, mi sangre te buscará hasta el fin del mundo y te destruirá, porque mi sangre es una sangre que no olvida ni perdona”.

Pero en esa ocasión él no le dio mayor importancia a esas palabras, porque era entendible que el hombre estaba herido, con rabia y rencor en su alma adolorida.

Después de caminar un largo rato sin rumbo por las calles del pueblo y de cavilar sobre su nueva situación, Olegario fue a entregar la nota a la madre de su ex compañero de celda. En diez años, Nueva Matanzas había crecido enormemente, a duras penas pudo reconocer el lugar donde vivía con Marcela. Ya su amigo Moisés Genao había muerto y nadie le supo dar noticia de los remanentes de la familia de éste. En el local de la pulpería de Genao ahora había una cafetería atendi-

da por gente que él desconocía. Había tendido eléctrico por todos lados, heladerías, muchas más tiendas y almacenes, bancos, un nuevo mercado y hasta una radioemisora. El ruido de carros y motores era notorio y el bullicio de la tarde le revelaba que su vida se había detenido diez años, pero que la vida de la ciudad había seguido su curso sin él, que ya no pertenecía a esas calles, que ya el corazón de la ciudad palpitaba en otro punto, muy distante al que él conocía. Llegó hasta el Parque Central y se dio cuenta de que era lo único que continuaba igual. Miró el lugar en donde muchas veces había visto predicar al Padre Loco en su raída sotana negra de seminarista fracasado y no pudo evitar que llegara a su memoria la última vez que lo vio en la cárcel, momentos antes de que lo asesinaran. “Pobre desdichado, él, hijo de cuna rica y yo, hijo de nadie, en fin de cuentas el mismo miserable final, ¿dónde está entonces la diferencia?”, se dijo mientras proseguía su incierto deambular por aquellas calles desconocidas.

—XXVII—

A las tres de la madrugada de aquel domingo, los esbirros del Servicio de Inteligencia Nacional vestidos de civil tiraron el cuerpo en el patio de la cárcel. Parecía que estaba muerto, uno de los hombres se acercó al oficial de turno y le secreteó algo en el oído.

Esa noche, Olegario no había podido conciliar el sueño y sentado en el piso frente a la puerta de su celda



contemplaba sin querer el trajín de los guardias y los hombres del Servicio de Inteligencia con el cuerpo que acababan de arrojar en el pavimento.

El oficial abrió la puerta de la celda y le ordenó a Olegario traer un cubo de agua para revivir al hombre que yacía tirado en el polvo del patio del recinto carcelario.

Con su larga cabellera y esa abundante barba negra, su raída sotana negra desgarrada y sus sangrantes pies descalzos, más que un simple mortal, parecía un Cristo desolado listo a ser crucificado luego de haber sido azotado por sus implacables verdugos fariseos. Se le veía muy mal, fue necesario arrojarle tres cubos de agua para que pudiera recobrar el sentido.

Fue solo cuando lo vio sacudir la cabeza con el tercer cubo de agua que Olegario pudo reconocerlo. Con el pretexto de zarandearlo para que despertara se le acercó, lo tomó por los hombros y lo sacudió al tiempo que le decía:

—Oye, amigo, yo te conozco, eres el hijo de Fulgencio Romero, ¿por qué te han hecho ésto?, casi te matan estos salvajes.

El hombre lo miró con sus ojos azules profundos, luego le dijo con voz entrecortada:

—Hermano, no sé quién eres tú, pero ni eso ni por qué estoy aquí tiene en estos momentos la más mínima importancia, sé que de aquí no saldré vivo. Lo que quiero es que de alguna manera le hagas llegar este mensaje a mi padre, dile, que quiero que me perdone

por mi cobardía, por no haber sabido enfrentar con valentía mi destino, por haber renunciado a la lucidez de mi conciencia cuando lo que correspondía era recurrir a esta misma lucidez para hacer frente a la adversidad y tratar de ser humano a cabalidad, pero no pude hacerlo, era todo tan duro, era una realidad aniquilante, no tenía la fortaleza y la voluntad de mi padre, ¡demonios, nunca la tuve!, era muy débil mi base de afectividad, mi autoestima, mi existencia fue siempre un inmenso vacío, un abismo insondable de miedo y soledad.

Una tos profunda ahogó por un momento sus palabras, luego, una arcada de sangre ennegrecida brotó desde sus pulmones destrozados y se asomó a su boca reseca y sedienta.

Olegario le pidió que no hablara más, que aquel esfuerzo le estaba haciendo daño.

—No, no, amigo, todavía no termino —insistió Francisco—, dile a mi padre, que por mucho tiempo lo maldije a él y a mi madre, que los odié a los dos con toda mi alma, pero que en este momento los perdono. Dile también, que me cansé de huir de mí mismo, de escapar de la vida y recobré la razón, pero que no tuve valor para retornar a vivir, que moriré tranquilo, con suficiente lucidez para enfrentar serenamente mi desaparición, para experimentar con resignación el tránsito inevitable de mi miserable ser temporal a la nada eterna y reconfortante de la muerte.

Olegario no tuvo tiempo de agregar nada más, los sabuesos del Capitán Montalvo lo alejaron de allí y se aba-

lanzaron sobre el hombre tan pronto se percataron de que había revivido. Antes de alejarse, Olegario pudo advertir en sus ojos azules como el cielo una gran serenidad.

Lo ataron con una cuerda por los pies y lo colgaron de cabeza de la rama de un árbol en un extremo del patio de la cárcel. Allí le terminaron de desgarrar la vestimenta dejándolo únicamente en un raído calzoncillo negro, le pusieron cigarrillos encendidos en el pecho, lo apalearon, le gritaron oprobiosas obscenidades, le escupieron la cara y finalmente, le metieron una varilla de hierro oxidada por el ano.

Pero todavía no murió, pasó el resto del domingo tirado agonizante en una celda solitaria. Como a la media noche de ese mismo día Olegario vio que lo sacaron de la celda y lo subieron en un camión militar que partió presuroso con rumbo desconocido.

Esa misma noche, después de que se lo llevaron, Olegario escribió una escueta nota anónima que hizo llegar al día siguiente a don Fulgencio, cuidándose de que éste jamás se enterara de quién la había escrito.

“Señor Fulgencio, su hijo enfrentó con coraje incomparable las torturas de sus verdugos. Me pidió que le dijera que lo perdona, que él ya lo perdonó. ¡Siéntase orgulloso de él, porque en el momento final, ante el rostro implacable de la muerte, se comportó como un valiente!”

Al recordar aquel episodio Olegario se detuvo por un momento a pensar sobre las extrañas coincidencias que lo precipitaban al encuentro con aquella familia.

No estaba seguro, pero tenía sobrada razón para creer que no importaba lo que uno hiciera o dejara de hacer, algunas cosas estaban escritas en alguna página invisible del libro de la vida y pasan porque tienen que pasar. Sin saber por qué, recordó que de niño su madre siempre le decía que no importaban las vueltas que diera el mundo, algún día conocería a su verdadero padre, que ella haría todo lo posible por ponerlo en su camino. Pero su madre lo abandonó cuando era muy niño y aquello nunca sucedió. ¿Por qué lo habría dejado su madre en manos de aquel hombre cruel que ni siquiera era su padre y de cuyo lado tuvo que huir tan pronto se le presentó la oportunidad? ¿Qué razones tan poderosas tuvo aquella mujer para escapar sin dejar rastro dejándolo a la deriva en el turbulento océano de su temprana niñez? ¿Quién era y dónde estaría su padre y por qué nunca lo buscó? Con resignación concluía que ya era demasiado tarde para obtener la respuesta a esas tormentosas interrogantes.

—XXVIII—

Sin darse cuenta, sus pasos lo llevaron hasta el borde del pueblo, justo a la salida, en dirección a Estero Viejo. Se estremeció y volvió sobre sus pasos apresurado, lo que menos quería era retornar a su pasado volviendo a aquel lugar. A dos cuadras de allí vio aquella peluquería y decidió poner fin de una vez a su apariencia de expresidiario, echando abajo su abundante bar-

ba y su crecida cabellera. Ya iba a entrar cuando se percató de que no tenía nada de dinero, fue entonces cuando se acordó que aún conservaba su anillo de matrimonio. Entró a una pulpería y le ofreció al pulpero aquel eslabón doliente de sus recuerdos. El pulpero la examinó cuidadosamente y luego le ofreció unas cuantas monedas que él aceptó de buena gana.

Más optimista, entró a la peluquería y le indicó al joven peluquero:

—Por favor, muchacho, haz un milagro, desaparece a este hombre del pasado y pon en su lugar a un hombre nuevo, hazme diez años más joven quitándome todos estos pelos de la cabeza y la cara.

—Como usted diga señor, aunque si lo desea, además de diez le quito treinta y cinco más, le respondió en tono jocosamente serio el muchacho.

Olegario se sorprendió con esa propuesta, pero prefirió no darle importancia y se limitó a decir:

—No, no muchacho, tantos años no, porque entonces me quitas toda mi edad y eso significa que me borras del mapa y no creo que quieras hacer eso.

El joven no respondió y comenzó a hacer su trabajo. Era obvio que no era de mucho hablar, ni mucho menos de intimar con los clientes, sobre todo, si se trataba de personas totalmente desconocidas. Olegario tampoco era hombre de mucho hablar, por lo que la conversación llegó hasta ahí.

Ya el peluquero le había cortado el pelo y comenzaba a rasurarle la copiosa barba negra cuando alguien entró al salón exclamando con gran desparpajo:

—¡Olegario Ramírez, mi caro amigo Oleg, no lo puedo creer, no me digas que ya te soltaron de la cárcel!

Al decir esto último, a Rosalío se le helaron de súbito la sangre y las palabras, ambos al mismo tiempo. Para entonces, ya el joven peluquero le apretaba la cabeza contra el filo de la navaja, colocada justo sobre la tráquea de Olegario.

—¡Oh, Dios mío!, qué he hecho —reaccionó desesperado Rosalío—, siempre me pasa por hablar antes de pensar, ¡por favor Andresito, no vayas a cometer una estupidez, no desgracies tu vida, eres tan joven, ese hombre ya cumplió su condena!

Pero aquella súplica, Andresito ni siquiera la escuchó, no le había importado su vida al enfrentarse a Olegario cuando tenía tan sólo siete años, ahora le importaba menos, ese hombre ya le había desgraciado la vida diez años atrás en su plena niñez, le había arrebatado lo más querido cuando más lo necesitaba, su padre y su madre, por eso, este hombre, a su entender malvado y despiadado, tenía que morir por lo que había hecho.

Mientras sudaba inerte bajo la navaja del barbero enemigo, Olegario no pudo evitar que desfilaran nuevamente por su memoria en trágica caravana las veces en que había estado a punto de morir a manos de algún miembro de aquella familia.

La primera vez fue con Camilo, el mismo día en que para defenderse no le quedó otro camino que matarlo. Había llegado de Nueva Matanzas, feliz de haber estado varios días con Marcela, su joven mujer. Ya tenía como una hora esperando a que llegara Camilo, con quien deseaba conversar, porque quería reiniciar al día siguiente los trabajos que realizaba para éste. Totalmente sereno y despreocupado pelaba una caña bajo la sombra de un almendro a orilla del camino, muy cerca de la casa de Camilo, cuando vio que éste se acercaba en su caballo a todo galope. Camilo se tiró del caballo y sin darle tiempo a explicar nada, sacó el machete de la baqueta y le gritó:

—¡Defiéndete!, pedazo de sinvergüenza, porque te voy a matar como a un perro por haberme robado y por haber faltado al compromiso de trabajo que asumimos de común acuerdo y para lo cual te adelanté una parte del dinero. Olegario apenas tuvo tiempo para desenvainar su colín, cuando ya Camilo le había asestado un golpe fuerte sobre el oído derecho que le provocó una profunda herida. Acto seguido, le dirigió otro machetazo que él pudo esquivar alcanzándolo solamente sobre la parte superior del ojo izquierdo con la punta del filoso machete. Fue en el momento en que Camilo iba a darle el golpe mortal, después de varios minutos de intercambios de golpes infructuosos, cuando Olegario, en una ágil maniobra, logró asestarle a Camilo un fuerte machetazo sobre su hombro izquierdo que lo puso a sangrar copiosamente, pero que no le impidió a éste continuar luchando con valentía. Luego

siguió un largo intercambio de golpes que no alcanzaron a infligir mayores daños en ambos contrincantes. Ajenos por completo a los gritos de las personas que iban llegando al lugar, los dos guerreros continuaron luchando como titanes enfurecidos en fiero combate de destrucción total. Ambos hombres sangraban profusamente y se notaba ya que hacían esfuerzos sobrehumanos cada uno por dar al otro el golpe definitivo. Camilo logró asestar otro gran golpe a Olegario en el costado izquierdo pero sin afectarle ningún órgano vital. Olegario se recobró rápidamente y en un ágil movimiento logró darle a su enemigo un machetazo que le rompió la clavícula derecha y penetró a lo profundo de su caja torácica y a seguidas, antes de que cayera, le propinó en medio de la frente el golpe de gracia poniéndolo fuera de combate.

La segunda ocasión en que estuvo a punto de ser aniquilado fue con Rosario, la mujer de Camilo, apenas minutos después de haber dejado a aquel agonizando sobre el polvo del camino. Con Rosario la pelea fue más breve, pero mucho más dura. La mujer se batió con admirable arrojo y valentía hasta el final, causándole heridas mucho más peligrosas que las que le ocasionó Camilo.

La tercera vez que se vio amenazado fue por parte de Andresito, el niño ahora hecho hombre que tomó el machete de la madre moribunda y la emprendió contra él a estocadas limpias y que estuvo a punto de cercenarle los intestinos.

La cuarta ocasión fue aquel mismo día por parte de Fulgencio Romero, padre de Rosario.

Por quinta vez se volvía a enfrentar en duelo de muerte con un miembro de la misma familia. En esta oportunidad, sin embargo, presentía que no escaparía, algo muy en lo profundo le decía que ahora sí le había llegado su hora, era como si hubiera retrocedido de golpe diez años al pasado para caer en la continuación del mismo día en que había dado muerte a Camilo y a Rosario.

¡De repente!, la navaja que hasta hacía unos instantes se deslizaba suave y amigablemente por su rostro, ahora se clavaba en su carne amenazando con cortarle la garganta. Sin proponérselo, Olegario volvió a recordar el momento cuando después de dejar moribundo a Camilo Guerrero, miró su machete ensangrentado y horrorizado por el impacto de haber matado por primera vez a una persona quiso desprenderse de éste y lanzarlo entre las malezas que bordeaban el camino. Cuando ya lo iba a arrojar al monte, un sentimiento de nostalgia lo detuvo bruscamente.

“No entiendo qué me pasa”, pensó, “pero este machete homicida no sólo acaba de salvarme la vida, sino que me ha permitido ganarme el pan de cada día durante varios años y todavía me puede ser muy útil”.

Nunca más había querido acordarse de aquel machete que finalmente, después de salir de su escondite en la cueva del arrecife, una vez Fulgencio Romero se hubo alejado del lugar terminó arrojando con fuerza

entre las olas del mar. Nunca más había retornado a aquellos pensamientos en torno a la extraña y contradictoria naturaleza del machete que empuñado por las mismas manos pasaba de repente de herramienta de trabajo a arma letal y homicida. Había preferido olvidarlo, tal vez porque ello significaba volver a rememorar aquellos lamentables sucesos, o porque sencillamente las respuestas a esas preguntas les parecían muy complicadas para su escasa formación intelectual. Lo cierto es que ahora, sin proponérselo, las mismas preguntas volvían nuevamente a su pensamiento, pero igual que diez años atrás, aun no alcanzaba a comprender por qué pasaba esto:

“Debe haber algo misterioso en estos aparatos que usamos para trabajar que hace que uno pierda la cabeza y los convierta de un momento a otro en arma asesina”, se dijo resignado.

En esas estaba cuando sintió, inexplicablemente, que la mano que apretaba su cabeza contra el filo de la navaja se iba aflojando lentamente, mientras la otra mano retiraba poco a poco el instrumento amenazante de su garganta ya sangrante.

—XXIX—

Cuando murieron sus padres, Andresito se quedó con su bisabuelo Andrés. Durante cinco años el anciano cuidó de él y trató con esmero de que el muchacho se recuperara del fuerte trauma que había sufrido con

la muerte de Camilo y Rosario. Pero don Andrés ya estaba muy mayor, noventa y ocho años era mucho más tiempo del que él siempre había pensado que iba a vivir. Murió una mañana después de tomar café, fumando su pipa en una vieja mecedora de madera labrada, tragó dos bocanadas de humo de su mejor tabaco y expiró livianamente, como un frágil goricillo que ya ha cumplido su ciclo natural entre los vivos. La noche anterior, como presintiendo su inminente final, llamó a Andresito y le dijo:

—Hijo, la venganza es legítima, pero inútil. Es tan humana como el amor y el odio, como el perdón, como el olvido, pero no te resuelve nada, ni te devuelve lo que te han arrebatado. Es uno de esos sentimientos, que como el aguardiente, te provocan una euforia efímera, un triunfalismo fugaz, pero que al final, pasada la borrachera del momento, sólo te dejan una terrible resaca moral.

Volvió a fumar su pipa parsimoniosamente, sin prisa, luego lo miró fijamente a los ojos, como tratando de escudriñar lo que pasaba por la mente del muchacho. Nada pudo descubrir, Andresito era impenetrable, inexpresivo como su padre.

—Ten en cuenta también —continuó el anciano—, que matar a un hombre desarmado e indefenso es un acto cobarde y humanamente degradante, no para el que muere, sino para el que lo comete, es un suicidio moral, y morir moralmente es peor que morir físicamente, porque con la muerte física el dolor y el sufri-

miento terminan de golpe, pero con la muerte moral, el dolor y el sufrimiento no sólo no terminan, sino que tienden a agigantarse con los años y acaban por devorarte el alma. Recuerda esto toda tu vida, porque sé que tienes una tarea inconclusa que tarde o temprano tendrás que terminar. Si lo vas a hacer hazlo bien, hazlo limpiamente, de manera que lo que consigas no sea hacerte más daño del que ya has recibido.

Al morir su bisabuelo, su tío Alfredo le pidió que se fuera a vivir con él a San Francisco de Macorís, donde residía desde hacía muchos años con su esposa e hijos. Sin embargo, Andresito dijo que no, que prefería irse a vivir con su abuelo Fulgencio, porque no quería irse de Nueva Matanzas.

Cuando murió su hija Rosario, don Fulgencio quiso llevarse a Andresito a vivir con él, pero en ese momento, el niño se negó rotundamente y don Fulgencio no quiso llevárselo en contra de su voluntad, pero eso sí, le dijo que las puertas de su casa estarían abiertas para que llegara en el momento en que así lo deseara.

En la hacienda de su abuelo Fulgencio, Andresito aprendió a lidiar con caballos y vacas, y aprendió también las labores de siembra y cosecha. Pero no era esa su vocación, ni era eso lo que quería hacer toda su vida, él quería estudiar, por ello, al pasar a la secundaria prefirió quedarse en el pueblo. Por las tardes, después de clases, ayudaba en el almacén de su abuelo y éste le daba una paga moderada que le servía para pasear y divertirse con sus amigos los fines de semana. Un día

en que estaba cortándose el pelo en el salón de Rosalío, éste le dijo que quería ampliar el negocio, pero que iba a necesitar otro peluquero, que si quería él lo entrenaba para que se empleara con él para trabajar durante las tardes y fines de semana. A Andresito le pareció interesante la oferta y esa misma tarde habló con su abuelo. Extrañamente, don Fulgencio no se opuso, y Andresito comenzó a aprender su nuevo oficio de peluquero y barbero. Aprendió rápido, en poco tiempo ya era el favorito de los jóvenes del pueblo para hacerse los cortes de pelo de moda entre la juventud de la época. Las mujeres, por su parte, y también algunos hombres, seguían prefiriendo a Rosalío.

—XXX—

Andresito no había querido asesinar a sangre fría a Olegario, luego de pensarlo mejor, decidió batirse con él de igual a igual, limpiamente. Retiró la navaja de la garganta del ex—presidiario y le ordenó:

—¡Ni se te ocurra moverte de ahí!, voy por dos machetes para que nos matemos frente a frente, como dos perros.

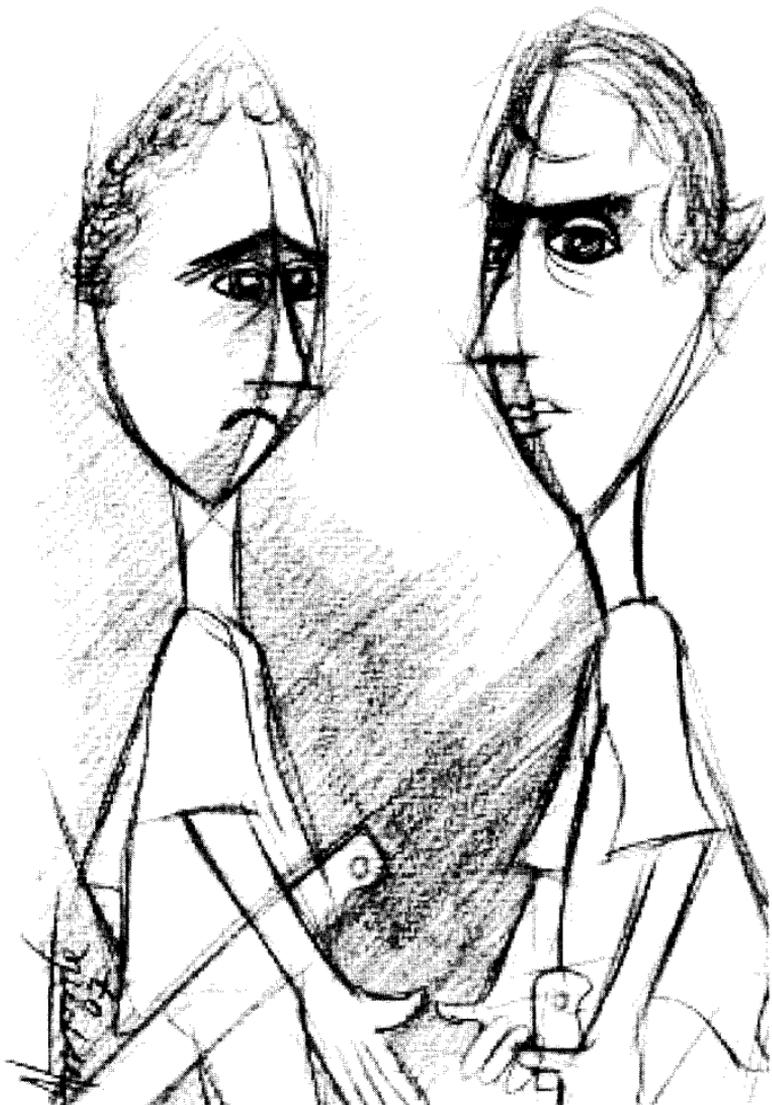
Estaban en la calle a pocos metros uno del otro, machete en mano, los curiosos comenzaban a llegar formando un círculo como si fueran a presenciar una pelea de gallos. Olegario no pudo evitar que volviera a su memoria aquel momento, diez años atrás, en que Camilo se tiró de su caballo y sin darle tiempo a enten-

der qué sucedía le gritó machete en mano: “¡Defiéndete, pedazo de sinvergüenza, porque te voy a matar como a un perro por haberme robado...”

Tenía la mirada perdida en la distancia, parecía completamente indiferente a lo que estaba pasando. Y contrario a la actitud defensiva que adoptó en la pelea con Camilo, esta vez había apoyado la punta del machete en la tierra frente a él sosteniéndolo con sus dos manos, bajada la guardia por completo. Mientras caminaba hacia su oponente con su machete en alto, Andresito le gritaba:

—¡Defiéndete!, cobarde, a ver si esta vez eres tan hombre como lo fuiste con mi madre hace diez años.

Olegario lo seguía contemplando con la mirada ausente, pero no acababa de ponerse en posición de pelea, era como si un deseo de muerte lo hubiera poseído de repente. El hombre que había luchado tenazmente por su vida, por sobrevivir contra vientos y tempestades ahora lucía rendido, resignado, agotado y con una visible expresión de autodestrucción dibujada en su rostro demacrado. Como a metro y medio de distancia, cuando Andresito se disponía a descargar su primer golpe sobre su enemigo, su machete se detuvo como si una fuerza sobrehumana lo hubiera empujado en sentido opuesto a la dirección que llevaba. El muchacho palideció, mientras un escalofrío misterioso congelaba su fornido cuerpo adolescente. Nunca había visto los ojos de aquel hombre, ni siquiera su rostro completo, salvo aquella tarde cuando se enfrentó a él



luego de que asesinara a su madre, por eso más que todo no lo había reconocido al entrar a la peluquería. Ahora, en el preciso instante en que se aprestaba a destrozar su cuello había visto sus ojos:

“¡Esos ojos, Dios mío, los he visto antes en otro rostro, sí, sí, son los mismos ojos verdes de mi madre!

¡Oh, no, qué horror, cómo voy a destruir los ojos de mi madre!”, pensó súbitamente.

“¡Qué tontería!”, se dijo de inmediato, “cualquiera puede tener los ojos verdes y eso nada significa”.

Recuperado de aquel instante de turbación, volvió a tomar impulso y orientó de nuevo su machete en pos de su enemigo que lo seguía mirando a los ojos sin mostrar ningún indicio de atacar. Fue en ese preciso momento cuando se escuchó un disparo ensordecedor que salió de un costado de la multitud. Olegario se llevó las manos al pecho y palpó el inmenso agujero de la bala que le había atravesado el corazón, entonces sintió el torrente de sangre que inundaba su cuerpo como río crecido en busca de su desembocadura. Sus ojos miraron a su alrededor y sus brazos se movieron haciendo un garabato indescriptible, buscaba instintivamente un punto de apoyo para no caer. No encontró a qué aferrarse, pero todavía tuvo tiempo para exclamar antes de caer boca abajo en el pavimento:

“¡Al fin se acabó esta mierda a la que llaman vida!”

Todos quedaron paralizados, del gentío estático emergió cual Poseidón de entre las aguas convulsas del inmenso océano un corpulento anciano con una escopeta humeante en su mano derecha.

—Perdona hijo, esto debí haberlo hecho diez años atrás, pero entonces no tuve la oportunidad. Es lo menos que podía hacer por mi hija, por tu madre, y me alegra ver que esta vez no llegué demasiado tarde y evi-

té que mi nieto arruinara su temprana vida en el umbral de su dieciocho primavera.

Fulgencio Romero abrazó a su nieto y se sentó a su lado a esperar tranquilo la llegada de quienes lo conducirían a lo que él ya sabía sería su final. Se palpó los bolsillos del pantalón buscando fósforos para encender un cigarro y se encontró con aquel sobre curtido sin remitente que había rescatado del viejo baúl que le llegó de Santiago. Hacía seis meses que había muerto su única hermana, quién se había quedado con las pertenencias de su madre al morir ésta. En este baúl, entre muchos otros recuerdos de la familia, Fulgencio encontró aquella carta dirigida a él. Aunque el sobre estaba cerrado, era obvio que había sido abierto y vuelto a cerrar. El caso es que nunca se la entregaron, quizás por omisión involuntaria o tal vez intencionalmente. Esa tarde, se disponía a abrir aquel sobre para ver qué decía cuando alguien irrumpió en su almacén para decirle que su nieto Andresito se iba a matar con Olegario Ramírez frente a la peluquería de Rosalío, a cuatro cuerdas de allí. Automáticamente se echó el sobre en un bolsillo del pantalón, tomó su escopeta cargada y se dirigió al lugar del enfrentamiento.

Fulgencio había aprendido, desde mucho tiempo atrás, con la desaparición trágica de sus tres hijos, que lo único que podía derrotarlo era el pasado, por eso trataba de evitarlo, de no retornar a él aun fuera para rememorar momentos placenteros. Ante el presente se sentía seguro, amo y señor, daba órdenes, tomaba

decisiones, dominaba. El futuro también lo podía manejar sin mucha dificultad, sólo había que saber esperar y tomar las previsiones de lugar. En cambio, el pasado, “¿cómo luchar contra el pasado?”, se preguntaba sin ánimo de encontrar respuesta, “si está y no está, si queda pero se fue”.

No tenía duda, allí se sentía perdido, acorralado, batallando contra fantasmas vencidos que siempre se tornan invencibles. Ya no hablaba de “no cobrar ni pagar deudas al pasado”, porque entendió en carne propia, que las deudas del pasado no se cobran ni se pagan, se disfrutan o se sufren y en ocasiones hasta te devoran.

“Lo terrible de enfrentarte al pasado”, solía decir, “es que tú estas allí, solo, contemplando como idiota una realidad que ya no existe, sin poder tomar ninguna decisión porque ya las tomaste y lo que tienes al frente son las secuelas de decisiones ya tomadas que no puedes cambiar, y además, porque de nada serviría, porque a ninguno de los que ya se fueron afectaría”.

Aquella tarde, había tropezado de nuevo con aquel baúl decrepito, herencia de su madre. No quería abrirlo, temía encontrarse con algún recuerdo desagradable, de esos que aniquilan. Pero era la segunda vez que lo encontraba, la primera vez lo desapareció intencionalmente en un rincón del almacén, entre cajas y un montón de cachivaches en desuso, pero alguien, probablemente el hombre que hacía la limpieza del local tres veces por semana, lo había puesto otra vez a la

vista. Ese viejo baúl le había llegado hacía más de cuatro meses desde Santiago, pero no tenía intención de rebuscar en él. Se acercó con la intención de volverlo a desaparecer, pero al levantarlo notó que el viejo candado que lo mantenía cerrado estaba abierto. Entonces tuvo la gran debilidad de levantar la tapa para echar un vistazo al contenido enclaustrado. Allí, de primera, como si alguien lo hubiera dispuesto así, estaba aquel sobre amarillo dirigido a él. Por el matasello sobre los timbres se dio cuenta de que había llegado por correo. Le limpió un poco el polvo y pudo leer claramente la fecha de entrega.

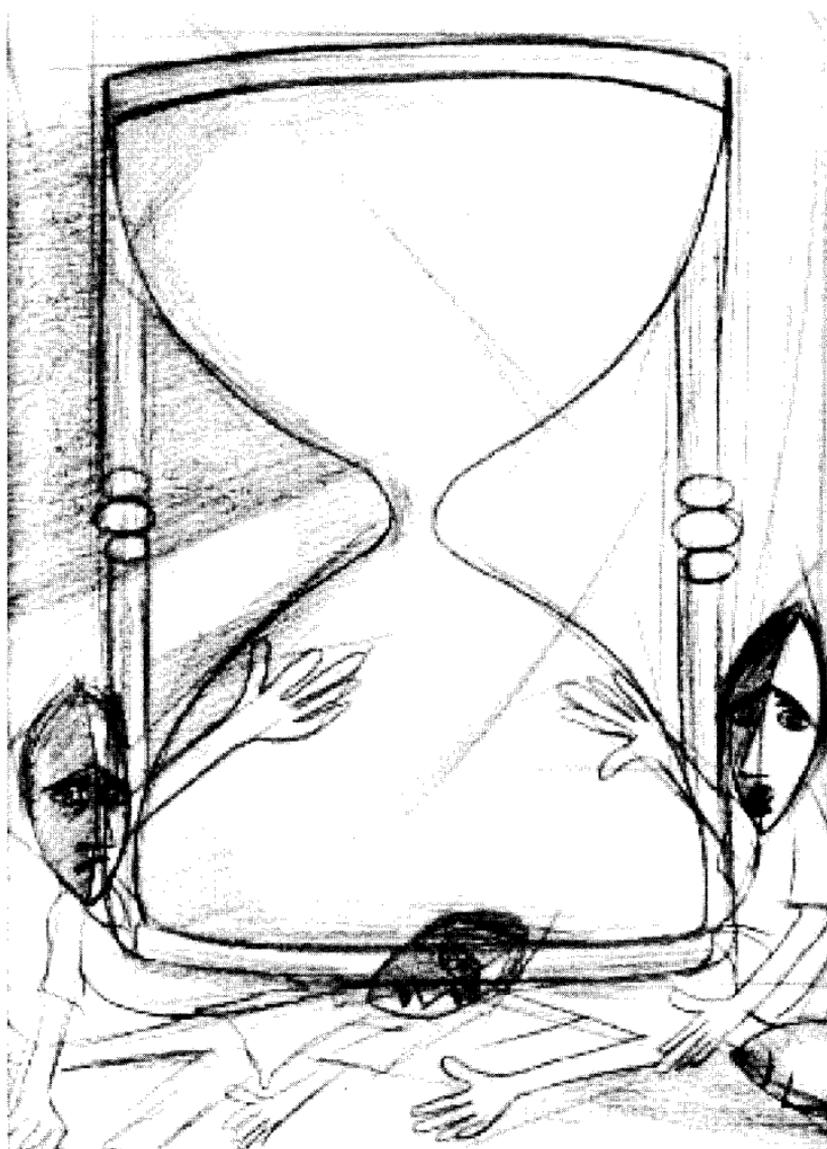
Ahora, al sostener entre sus manos de nuevo el viejo sobre, el corazón comenzó a palparle con fuerza inusitada, como le sucedía cada vez que se enfrentaba a expectativas del pasado. “Este sobre tiene casi la mitad de mi edad, ¿qué carajo dirá la carta que tiene adentro?”, murmuró.

“¿Qué nuevo secreto habrá encerrado en este sobre?”, se preguntaba con inquietud.

Tal vez no era aconsejable leer a esas alturas una carta conteniendo quizás una noticia fuera de época, pensó. Pero la curiosidad terminó por seducirlo, pero además, a sus años, ¿qué podría ya ser tan revelador que él no pudiera manejarlo? Rasgó el sobre y antes de leer lo que decía el texto de la carta, su mirada se deslizó casi furtivamente hasta la firma: Te recuerda y te extraña mucho, Adela Vargas.

“¡Adela, Adela! Ese nombre me suena, pero no lo
gro establecer claramente quién será esa mujer”, se
cuestionaba.

Entonces comenzó a leer. Conforme leía su rostro
se iba crispando, mientras los ciclos de su respiración



se hacían más cortos y forzados. Al terminar de leer, Fulgencio sintió como si una afilada daga le atravesara a sangre fría el corazón. Se llevó la mano izquierda al pecho y colapsó. En su efímera agonía sólo pudo balbucir un:

“¡No puede ser, esto no es posible!”

Andresito le preguntó angustiada:

—¿Qué te pasa abuelo, qué sucede?

Lo tomó entre sus brazos para evitar que se desplomara, luego, lo acostó suavemente sobre el pavimento y recogió la carta amarillenta de entre las manos del anciano y la leyó:

“Mi muy querido y recordado Fulgencio:

Sé que probablemente no te acuerdas de mí, porque desapareciste de mi vida del mismo modo que apareciste. Un buen día te fui a buscar a tu hotel y ya no estabas. Sin embargo, esas cuatro semanas contigo en Montecristi me hicieron feliz y cambiaron por completo mi existencia. Perdona que hasta ahora te lo diga, pero me costó mucho encontrarte, pues nunca me dijiste de dónde venías ni hacia dónde ibas, solo supe por un empleado del hotel que vivías en Santiago y nada más. Te cuento, que de aquel romance loco entre los dos quedó un retoño, un hijo de los dos, un hermoso mulatito de ojos verdes que decidí tener y que intenté criar a pesar de las adversidades. Todo fue muy duro para mí, mi familia no me apoyó y entonces, dos años después de nacer el niño, decidí juntarme con un hombre que siempre estuvo enamorado de mí pero a quién nunca acepté porque no lo quería. Fue en

medio de la desesperación que decidí unirme a él, porque prometió ayudarme con la crianza de mi hijo y darle su apellido. Pero la vida al lado de ese hombre fue un verdadero infierno, me maltrataba y maltrataba también al pequeño. Un día decidí no aguantar más y me marché, sencillamente desaparecí dejando atrás a mi hijo. Mi idea era trabajar y ganar algún dinero para alquilar lo antes posible un lugar donde vivir y regresar a recoger a mi hijo. Pero las cosas no me salieron como yo pensaba, un año después de salir de Montecristi me enfermé y ya llevo seis meses interna en este hospital, estoy muriendo, una enfermedad incurable me devora día a día y lo más trágico de todo esto es que no se nada de mi hijo ni él sabe nada de mí. ¡Mi pobre muchacho, cómo debe estar sufriendo! Cuando lo dejé tenía seis años cumplidos, ahora ya va a cumplir los ocho. Por favor, Fulgencio, búscalos y protégelos, él te necesita, es tu hijo y no tiene la culpa de nada, además, no es bueno tener hijos por ahí sin conocerlos, cualquier cosa puede pasar. Su nombre es Olegario y lleva el apellido del padrastro, Olegario Ramírez Vargas. Te recuerda y te extraña mucho, Adela Vargas”.

“¡Coño!, ¡pero qué clase de broma es ésta!”, exclamó Andresito, sin poder dar crédito a lo que acababa de leer.

Un olor a flores de tardes de abril inundó las calles de Nueva Matanzas, desvaneciendo como incienso mágico el fuerte olor a pólvora y a sangre fresca prevaliente hasta ese momento en el ambiente. Un anciano revuelto en la multitud murmuró mientras escudriñaba el firmamento en busca de respuesta:

“¡Qué raro, éste es el olor inicial de la primavera, pero ya se fue mayo y ahora es que se viene a sentir, a decir verdad, ya no entiendo los tiempos, todo está tan cambiado, tan cambiado...!”, repetía una y otra vez mientras se alejaba lerdamente del lugar.



COLOFÓN

Esta primera edición del libro “Saturno devorado por el padre tiempo” se terminó de imprimir en el mes de enero de 2008 en los talleres gráficos de la Editora Publiguías, calle Gerardo Jansen N.º 11, San Carlos. Santo Domingo, D. N. República Dominicana.

La edición consta de 500 ejemplares



Rico y Repúb
y otros medic
y del país. En
algunos poen